UN THRILLER DE TERROR APOCALÍPTICO



BAJO EL CIELO ROTO

LIBRO 7

NICK CLAUSEN

CONTENIDO

PREFACIO
1. PATRICK
2. MARK
3. PATRICK
4. CAMILLA
5. Patrick
6. Tommy
7. Patrick
8. Lisa
9. PATRICK
10. GINA
11. PATRICK
12. TOMMY
13. PATRICK
14. TOMMY
15. PATRICK

16. TOMMY
17. VICTOR
18. PATRICK
19. TOMMY
20. GINA
21. OTTO
22. JOHN
23. GINA
24. TOMMY
25. GINA
26. FRITZ
27. NICK
28. CAMILLA
29. ANTON
30. CAMILLA
31. JOHN
32. MARK
33. GINA
34. MARK

PREFACIO

No hay peor ciego que aquel que se niega a ver.
—Autor desconocido

1

PATRICK

Patrick se detiene en seco al encontrarse, de repente, cara a cara con el cañón de un rifle de caza. Instintivamente levanta las manos para mostrar que están vacías.

—Eh, eh, no hace falta llegar a eso…

El arma la sostiene un adolescente que, a juzgar por su tez pálida y su complexión delgada, parece mucho más habituado a los videojuegos que a cualquier actividad en la vida real. Sin embargo, demuestra estar lo bastante familiarizado con el manejo de un arma de fuego, y Patrick ni siquiera intenta ir a por su propia pistola.

—¿Thomas? —llama el chico—. ¿Puerta cerrada?

—Cerrada —confirma el tipo gordo desde atrás, medio segundo antes de que una serie de golpes estrepitosos retumben contra la puerta, como si los ciegos hubieran empezado a lanzarse contra ella.

Patrick gira la cabeza para ver cómo las puertas dobles se tambalean sobre sus bisagras. Además del cierre habitual, hay una viga gruesa colocada posteriormente de forma transversal, que parece requerir una excavadora para partirla en dos. Las puertas en sí son bastante robustas y, aunque quienes están fuera las están atacando ahora con lo que suena a patadas, cabezazos, uñas y dientes, Patrick está bastante seguro de que resistirán.

—No te preocupes —le dice el gordo, dándole una palmada en el hombro y quitándole discretamente la pistola del cinturón mientras

pasa junto a él—. Han aguantado hasta ahora.

Patrick ve una linterna colgada de una escalera junto a la puerta, pero no alcanza a ver adónde ha ido la mujer de pelo oscuro. Además de las puertas principales, hay otro par de puertas dobles que conducen a la iglesia propiamente dicha. En una esquina hay otra puerta más pequeña con la inscripción ESCALERAS. Patrick mira hacia el adolescente armado, y ahora el chico ya no está solo.

Tras él hay un hombre alto, calvo, de piel bronceada y aspecto saludable, vestido impecablemente con camisa y pantalones planchados, que observa a Patrick con las manos a la espalda y una sonrisa en los labios.

—Hola, joven —dice—. Y bienvenido a la Iglesia de San Olai. Soy el pastor Wulff, puedes llamarme Ib.

—Me… alegra estar aquí —responde Patrick con cautela, mirando alternativamente al pastor y al cañón del arma—. Me llamo Patrick. Gracias por salvarme la vida.

—No hay de qué —dice el pastor con amabilidad—. Son tiempos difíciles, sin duda, y necesitamos ayudarnos más que nunca. ¿No estás de acuerdo?

—Claro —dice Patrick, asintiendo—. Por eso estoy aquí. Esperaba que pudiéramos… ayudarnos mutuamente.

Aparta la mirada del pastor y contempla el interior principal de la iglesia. Desde que sus padres lo bautizaron, Patrick no recuerda haber vuelto a poner un pie en una. Esta no se parece a las iglesias tradicionales de toda la vida, sino que presenta una decoración y un interiorismo mucho más actualizados. La iluminación, por ejemplo, es más suave, incluso con la mitad inferior de las ventanas protegidas con rejas. Todo parece de madera: las paredes, el suelo, incluso los bancos. El altar debe de estar a la izquierda, ya que Patrick no lo alcanza a ver a través de las puertas dobles abiertas, pero los asientos están orientados en esa dirección.

—Qué bien —prosigue el pastor, aún sonriendo—. Dime, Patrick, ¿eres inmune al efecto de mirar al cielo?

—Lo soy.

—Bien. Muy bien. Ahora…

—Perdone, ¿pero es realmente necesario el arma?

El adolescente cambia el peso de un pie al otro.

—Lo es. Por ahora.

—Me temo que Arthur tiene razón —dice el pastor, encogiéndose de hombros—. Hasta que nos conozcamos mejor.

—Mire, como decía, solo estoy aquí porque creo que podemos ayudarnos mutuamente. Cuantos más seamos, más fuertes seremos. Vengo de un lugar muy seguro, donde hay más personas inmunes, y tenemos suministros para mucho tiempo. Pero si queremos sobrevivir a largo plazo, necesitamos encontrar sistemas para conseguir alimentos y otras cosas. Apostaría a que ustedes están en una situación similar, ¿verdad?

El pastor asiente.

—Ciertamente, en algún momento se nos acabará la comida.

—Exacto. Lo que significa que necesitamos más manos. Así que, si uniéramos fuerzas…

—Estaremos encantados de saber más sobre ti y lo que puedes aportar a nuestra pequeña congregación —le interrumpe el pastor—. Pero antes que nada. ¿Te importaría acercarte aquí, Patrick?

El pastor señala el extremo opuesto del vestíbulo. Allí no hay nada, salvo un cuadrado en el suelo marcado con cinta adhesiva roja.

Patrick da unos pasos, luego se detiene y mira al pastor.

—¿Qué es esto?

—No te preocupes. Si te colocas dentro del área marcada durante unos segundos, terminamos enseguida con esto.

—¿Qué es "esto" exactamente?

La sonrisa del pastor se convierte en un gesto triste.

—Lamentablemente, nos vemos obligados a confiar en pruebas burdas y pragmáticas en lugar de en la palabra de nuestros hermanos y hermanas. No es de mi agrado, ni lo más mínimo, pero con todo lo que está ocurriendo, hay demasiado en juego como para fiarnos de desconocidos.

Patrick lo observa con atención. El pastor no le parece un psicópata ni alguien con malas intenciones. Pero sí le parece alguien dispuesto a hacer lo que sea necesario para mantener a salvo a su rebaño.

Vuelve a mirar el cuadrado y luego al techo. Justo encima hay una claraboya.

—Oh —resopla—. Quieren comprobar si soy realmente inmune…

—Esa es la idea, sí. Así que, si no te importa. Una mirada rápida bastará.

—Claro. Supongo que es justo…

Patrick entra en el cuadrado y mira hacia el cielo roto. Luego vuelve a mirar al pastor.

—¿Ves? Aún tengo el iris y todo.

El pastor deja escapar un suspiro de alivio, y el adolescente baja el rifle.

—Perdón —dice el chico, tendiéndole una mano alargada—. Teníamos que asegurarnos, ¿sabes?

Patrick le choca la mano con un gesto relajado. El pastor también le ofrece la suya, y Patrick se la estrecha.

—Gracias por colaborar —dice el pastor con una sonrisa—. ¿Sin resentimientos?

—Sin resentimientos —responde Patrick, encogiéndose de hombros—. Tu casa, tus reglas.

—Estupendo. Ahora, por favor, ven a saludar al resto.

2

MARK

Oye el disparo.

Siente el retroceso en el brazo.

Incluso siente cómo la bala le atraviesa la boca y le perfora el cerebro.

Después llega la sensación de caída libre y, de pronto, está sentado sobre su trasero. Parpadea. Mira a su alrededor. Desorientado.

—¿Qué… demonios?

Está sentado frente a la puerta. Le retumba el cráneo, pero por lo demás se siente extrañamente normal. Desde luego, no parece que se haya volado los sesos. Una espesa niebla parece haberse disipado de su mente.

Como si el disparo la hubiera hecho desaparecer.

Lleva la mano a la barbilla, buscando la herida donde acaba de dispararse. No hay ninguna. Mira la otra mano, la que sostenía el arma de Erika. Está vacía. Sin sangre. El suelo a su alrededor también está limpio. Esperaba ver al menos algo de sangre.

—¿Mark? ¿Estás bien?

Se oye la voz de Camilla, tensa y asustada.

Mark alza la vista hacia la puerta.

—Sí… creo que sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has tropezado o algo?

—No… no lo sé.

Se frota la frente. Tiene la mente extrañamente en blanco. Como si se hubiera reiniciado de alguna manera.

—¿Me oyes, Camilla?

—Claro que te oigo, Mark. ¿Seguro que estás bien?

«Entonces no estoy muerto.»

Se pone en pie, despacio, con cuidado, como si moviera las extremidades por primera vez. Y, en cierto modo, lo es.

«Así que esto es lo que se siente al renacer.»

Mark no sabe de dónde le viene el pensamiento. Es lo bastante ridículo como para hacerle reír. Pero, al mismo tiempo, encierra algo de verdad. Mark nunca creyó en ninguna estupidez religiosa o espiritual. Siempre le parecieron unos idiotas esos iluminados que iban por ahí proclamando que habían encontrado a Jesús.

Y sin embargo, esto debe de ser a lo que se referían. Si pasaron por algo parecido, no es de extrañar que se volvieran predicadores.

Mira alrededor del vestíbulo, asegurándose de que Erika no esté allí. No lo está. Pero ya lo sabía. Puede sentir que se ha ido. Para siempre.

«He ganado. La he dejado marchar.»

De pronto, y de forma totalmente inesperada, Mark rompe a llorar. Se cubre la boca con ambas manos, intentando contener el sonido, pero no puede frenar las lágrimas. Las rodillas le flaquean por la descarga emocional, y tiene que apoyarse en la puerta para no volver a derrumbarse.

—¿Mark? ¿Estás… llorando?

—Joder… —murmura Mark, secándose los ojos como puede, pero las lágrimas no paran.

No lloraba así desde que era un niño.

—¿Puedes dejarme entrar, por favor, Mark?

Y Mark descubre que puede. De algún modo, sabe que la puerta ya no está cerrada con llave. En realidad, nunca lo estuvo.

Y efectivamente, cuando gira el pomo, se abre sin resistencia. Camilla está allí, con Danny en brazos, mirando a Mark con una mezcla de confusión, preocupación y alivio.

—¿Qué ha pasado aquí dentro? —pregunta, mirando alrededor—. Pensaba que ibas a… hacer algo malo.

—Sí —asiente Mark, sorbiéndose la nariz—. Yo también lo pensaba. Pasa, por favor.

Camilla cruza la puerta, y Mark la cierra tras ella. Esta vez, gira el pestillo y oye cómo encaja.

Camilla observa el apartamento y luego vuelve a mirar a Mark.

—Este es el piso de Erika, ¿verdad?

—Lo era —responde él—. Pero ella… se ha ido. De verdad.

Camilla le estudia el rostro.

—Nunca te había visto llorar.

—Pues haz una foto, que dura más —gruñe Mark.

Camilla sonríe, y al verlo, Mark no puede evitar sonreír también. Tampoco recuerda cuándo fue la última vez que lo hizo.

—Dios, me alegro de veros —dice con voz ronca, apenas conteniendo otro ataque de llanto—. ¿Y el pequeño…?

—Está perfectamente —responde Camilla, mirando al bebé en sus brazos—. Durmiendo como si el apocalipsis no fuera con él. Haría falta una bomba nuclear para despertarlo. Igualito que su padre.

Mark se acerca, se inclina y besa la frente del niño. Su piel es cálida y suave, y aún tiene ese olor inconfundible de recién nacido. Rodeando a Camilla con los brazos, Mark se rinde otra vez al llanto. Esta vez llora aún más profundamente. Lágrimas de felicidad. De alivio. De gratitud.

Cuando se aparta del recuerdo que ha estado repitiéndose una y otra vez en su mente, Mark se encuentra de pie junto a las ventanas del salón de Erika, contemplando el atardecer.

Allí arriba, el cielo ya no está roto. La grieta ha desaparecido. Sigue esperando que reaparezca, pero hasta ahora, no lo ha hecho.

Mark contempla los bellos tonos anaranjados que arden tras el perfil de los edificios. Con Danny en brazos, balanceándolo suavemente de un lado a otro, vuelve a sentir una profunda paz y gratitud brotar de su pecho. Le ha pasado varias veces en los últimos días, esas oleadas de emoción que lo desbordan, haciéndole llorar o sonreír como un idiota.

El mundo exterior puede seguir desmoronándose, pero para Mark ya no importa tanto. Lo que importa es la paz que siente. Estar con las personas que más significan para él. Que estén a salvo y felices. ¿Qué más se puede pedir? Suena cursi, pero es verdad.

Gruñe y sacude la cabeza.

—Mierda, mis pensamientos parecen de Gandhi ahora.

En ese momento, Camilla entra en la habitación.

—¿Qué decías?

Él se da la vuelta y la ve dejando un enorme plato de pasta con abundante kétchup y trozos de cecina sobre la mesa.

—Nada —murmura—. Hablaba solo. Mira, ya te lo he dicho, no tengo hambre.

Ella lo mira mientras se sienta y coge el tenedor.

—Ah, no. No vas a comer nada de esto.

Mark alza las cejas.

—¿En serio? ¿Te vas a zampar todo eso tú sola?

—Ya lo verás —dice ella sin el menor atisbo de vergüenza, y empieza a comer.

—No hay nada más sexy que una mujer con apetito —sonríe Mark, acercándose a la mesa. Se sienta frente a ella.

Danny suspira, pero no se despierta.

Camilla lo mira entre bocado y bocado.

—Entonces, ¿estás listo para hablar de ello?

Mark se encoge de hombros.

—Aún no sé qué pasó. No del todo.

La observa pensativo.

—¿Seguro que no oíste un disparo?

Camilla niega con la cabeza.

—Me lo has preguntado como diez veces, Mark. Creo que habría sido difícil no notarlo. Ya te lo dije, hubo un golpe, pero sonó más como si alguien se cayera.

—Sí, ese era yo —murmura Mark, mordiéndose el labio—. Supongo que… que tal vez el hecho de estar dispuesto a matarme fue lo que marcó la diferencia… No lo sé.

Camilla deja de comer para mirarle.

—¿Ya no estás pensando en suicidarte, verdad?

Él niega con la cabeza.

—En absoluto. Tampoco lo estaba antes. Solo que… era la única opción.

—¿Cómo que la única opción?

Mark se muerde el labio.

—Vale, esto es lo que creo. Erika… o esa cosa que se hacía pasar por ella… quería que matara a una de las dos. A ella o a ti. Dijo que hacerlo resolvería la situación. Podía elegir entre una vida contigo y Danny o con ella.

—No parecía una decisión difícil —comenta Camilla, reanudando la comida. Al ver que Mark no responde de inmediato, vuelve a mirarle —. ¿Qué? ¿Lo era?

Mark se encoge de hombros.

—Estaba tan confundido… Ella estaba en mi cabeza.

Camilla se inclina hacia delante.

—Lo siento, Mark. No quería dar a entender… Sé que no debió de ser fácil.

Mark suspira profundamente.

—La verdadera razón por la que no quería hablar de esto es que… me acosté con ella, Camilla. Lo siento mucho. Te he vuelto a engañar.

Camilla deja el tenedor.

—Mark, no fue real. Ni siquiera era Erika. Acabas de decirlo tú mismo.

Mark se señala la sien.

—Pero creo que mi mente lo hizo real. Creo que todo fue real porque yo creí que lo era… porque quería que lo fuera.

La mira y susurra:

—Lo siento. Espero que puedas perdonarme.

Ella niega con la cabeza.

—No, Mark. No puedo perdonarte.

—Pero…

—No puedo perdonarte porque nunca te culpé. Sabía que estabas luchando contigo mismo. Pero también sabía dónde estaba tu corazón, en el fondo.

Él asiente, apretando los labios. Luego baja la mirada hacia Danny y susurra:

—Estuve a punto de perderos a los dos.

—¿Por qué te apuntaste a ti mismo? ¿Por qué no intentaste dispararle a ella? Ya sé que solo era un fantasma, pero…

Mark traga saliva.

—Intuí que la elección que me ofrecía era una trampa. Diera el paso que diera, estaría mal. Me estaba acorralando. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Pensé que, si me mataba a mí mismo, al menos tú y Danny no saldríais heridos.

Camilla reflexiona unos instantes.

—Así que, en cierto modo —dice, hablando despacio—, fue el sacrificio definitivo. Estabas dispuesto a morir por nosotros.

Mark se lo piensa.

—Supongo.

—Y Erika… tu fantasma… no pudo sobrevivir a un gesto así. Aunque no llegaste a matarte de verdad, estabas dispuesto a hacerlo. Como dijiste, en tu mente era absolutamente real. Por eso funcionó.

Extiende las manos.

—Eres como Harry Potter.

Mark parpadea.

—¿Eh, qué? ¿Estás diciendo que soy un mago?

—No. Él también tuvo que morir para liberarse de su destino. Para librar su alma de la parte que estaba unida a su enemigo: Voldemort. ¿No te acuerdas? Vimos las pelis juntos.

—Creo que me quedé dormido en esa parte —murmura Mark.

Camilla suspira.

—Era el clímax, imbécil.

—Oh. Lo siento, no me acuerdo.

Ella sonríe.

—No importa. Lo que importa es que funcionó, Mark.

Mark respira hondo.

—Espero que tengas razón. Desde luego, no fue nada fácil. Si esta es la prueba que nos espera a todos, no tengo muchas esperanzas para la humanidad.

Camilla no responde. También ha dejado de comer. Se limita a mirar fijamente su plato en silencio.

Mark frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

Entonces lo comprende.

Ella también ha visto a su fantasma.

La idea de que Camilla estuviera acosada por su propio demonio ni siquiera se le había pasado por la cabeza a Mark. No podía imaginarla arrastrando ningún lastre. No está dañada ni emocionalmente trastornada como él. De hecho, es una de las personas más estables que conoce. Esa fue una de las cosas que más le atrajo de ella.

Y sin embargo.

Pensándolo bien, probablemente Camilla no esté tan equilibrada como él suponía. Lo más probable es que solo tuviera a sí mismo como punto de comparación, y en ese juego, ella salía claramente ganando.

Pero le había confiado cosas de su pasado que la inquietaban. En particular, detalles sobre su madre fallecida. Algo relacionado con que era muy exigente. Un «agujero negro emocional», así lo expresó Camilla, si Mark lo recuerda bien. Hubo una ocasión en la que Mark mantuvo una breve conversación sincera con el padre de Camilla. Fue cuando su relación aún era reciente. Acababan de ver la final del Mundial, en la que Dinamarca perdió por poco el oro. Él y Robert se tomaron una cerveza y, por primera vez, conectaron. Camilla se había ido a la cama. Y entonces Robert —probablemente animado por el alcohol— se abrió de pronto con Mark: le habló de lo mucho que le agradaba como yerno, de cómo esperaba que él y Camilla fueran una buena pareja, y de que ella merecía estar con alguien que no solo tomara y tomara.

Mark pensó que se refería a uno de los exnovios de Camilla, pero conforme Robert le hablaba de cómo perdió a su esposa, y especialmente de los últimos y dolorosos años para la familia, Mark comprendió que la persona que siempre tomó en el pasado de Camilla fue su madre.

Mark mira a Camilla, que sigue sentada allí, pensativa frente al plato.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta en voz baja.

—No realmente, pero… supongo que debería contártelo.

—¿Es tu madre?

Ella alza la vista, aparentemente sorprendida.

—No —dice, negando con la cabeza—. Ojalá lo fuera.

3

PATRICK

La sala principal de la iglesia es bastante impresionante. La acústica la hace parecer aún más majestuosa.

Algunos de los bancos han sido retirados para dejar espacio a una larga mesa de comedor. Una mujer mayor está ocupada poniendo la mesa. Al verles entrar, alza la vista y le sonríe a Patrick.

—Oh, hola. Me llamo Beate. Encantada de conocerte, joven.

—Hola —murmura Patrick.

—Beate es mi esposa —le informa el pastor con una sonrisa—. Hasta ahora, somos la única pareja que conocemos en la que ambos han sido bendecidos con la inmunidad al cielo. Toda una coincidencia, ¿no te parece?

—Supongo.

—Olivia, allí al fondo, tiene un parentesco lejano con Thomas, pero podría ser casualidad.

Señala hacia el otro extremo de la sala, donde Patrick ve a una chica de más o menos la misma edad que los mellizos, observándole. Sin embargo, no ve por ninguna parte a la mujer de pelo oscuro.

El pastor le coloca una mano suave sobre el hombro.

—Por favor, prestad atención todos. Este es Patrick.

Asienten, sonríen y murmuran:

—Hola.

—Buenas —dice Patrick—. Encantado de conoceros.

Un movimiento en lo alto le hace alzar la vista hacia el techo. Está cubierto de tragaluces que dejan entrar una suave luz natural y permiten ver el cielo roto en todo su esplendor. Una corneja planea en silencio por el firmamento.

—Joder —murmura—. Ahora entiendo por qué no queréis que entre nadie que no sea inmune.

Wulff se ríe.

—¿Verdad? Sería una catástrofe. Intentamos buscar una forma de bloquear la vista, pero no tenemos ni los materiales ni las herramientas necesarias. Así que tuvimos que hacer de nuestro pequeño santuario un lugar exclusivo, por mucho que vaya en contra de mis creencias excluir a nadie. —Niega con la cabeza, frunciendo el ceño—. Hemos tenido que rechazar a decenas de personas que no aceptaban someterse a la prueba. Me parte un poco el corazón cada vez que tenemos que echar a alguien, pero ¿qué puedo hacer? —Suspira, recuperando la sonrisa—. Eso solo hace que la alegría de encontrar a otro bendecido sea aún mayor.

Los demás se han ido acercando, formando un círculo a su alrededor.

—Como decía, en nuestro refugio hay más como nosotros. Y lo bueno es que podemos bloquear todas las ventanas con facilidad, así que no hay riesgo de que nadie no inmune mire afuera por accidente.

Beate contiene la respiración.

—¿Quieres decir que…? ¿Vivís con personas no bendecidas?

—Sí. Y hasta ahora ha funcionado muy bien. Como decía…

—¿Pero y si salen al exterior? —pregunta otra mujer, abrazándose los codos—. Podrían mirar hacia arriba con suma facilidad. La grieta está ahí todo el tiempo, ahora.

—Bueno, o llevan gorras, o directamente no salen.

—Vivir así suena arriesgado —dice el pastor, chasqueando la lengua—. Me gusta que adoptes un enfoque inclusivo, pero si queremos sobrevivir como especie, no podemos depender de soluciones a corto plazo como contraventanas y gorras. Estamos viviendo el final de los tiempos, y está claro que solo los bendecidos

están destinados a habitar el nuevo mundo que Dios ha preparado para nosotros…

«Joder, ya estamos», piensa Patrick mientras el pastor sigue hablando. «Tenía que haberme largado.»

No sabe en qué estaba pensando cuando decidió venir a una iglesia. Por supuesto que iba a estar llena de fanáticos religiosos.

—Vale, escuche —dice Patrick, interrumpiendo a Wulff—. Está claro que vemos las cosas de manera diferente, así que iré al grano. No estoy aquí para que cambien de opinión. Son libres de creer que son el pueblo elegido de Dios, y que esto es otra jodida versión del diluvio universal, o lo que sea. —Señala en dirección a la casa segura—. Pero nosotros tenemos un lugar estupendo. Una casa construida para proteger y para sobrevivir a largo plazo. Es muy segura. Mucho más que este sitio. Claro que pueden mantener a raya a los ciegos con ese pedazo de cerilla gigante de ahí fuera, pero ¿cuánto tardará alguien con buena vista en subirse a una escalera y romper una de las cien ventanas que tienen? —Asiente hacia el cielo —. Sería muy fácil entrar aquí si alguien realmente se lo propusiera. En nuestro refugio no es así. Y tenemos espacio para todos ustedes. Después de eso, ya veremos cómo ampliarlo, pero estamos en ello.

Mira a cada uno de ellos.

—Así que están todos muy invitados a unirse a nosotros. La única condición es que deben estar de acuerdo con vivir junto a personas no inmunes. Y no me refiero solo a estar dispuestos a correr ese riesgo; tampoco deben causarles problemas ni tratarlos como si valieran menos, ni soltarles la mierda que diga su gran libro sagrado. En lo que a mí respecta, todos estamos hechos de lo mismo, y tenemos que tratarnos como iguales.

Finalmente mira al pastor.

—Esas son nuestras normas.

Deja de hablar y espera mientras sus últimas palabras resuenan unos segundos entre ellos.

El primero en hablar es Wulff.

—Tienes una forma de expresarte, amigo mío. Habrías sido un gran predicador.

Patrick resopla.

—Quizá en otra vida.

—Ese lugar del que hablas —pregunta el gordo, Thomas—, ¿qué le habéis hecho para que sea tan seguro, como dices?

—Nada —responde Patrick—. Fue construido así. Diseñado para proteger al primer ministro o a otros políticos importantes en caso de guerra. Tiene un sótano con protección contra radiación y todo. Y lo mejor es que desde fuera parece una casa cualquiera, así que no llama la atención.

—¿Y cuántas personas sois?

—Ocho. Cuatro de nosotros somos inmunes.

—Entonces, cuatro no bendi… quiero decir, no inmunes —dice Beate, retorciéndose las manos—. Me parece mucho.

—Es una mujer, una adolescente y dos chicos pequeños —responde Patrick—. Desde luego, no sobrevivirían por su cuenta.

Se cruzan miradas.

Thomas se pasa una mano regordeta por el pelo grasiento.

—No lo sé, colega. Me gusta la idea, pero también me gusta lo que tenemos aquí.

—Lo entiendo —dice Patrick—. Es una decisión importante. No tienen que tomarla ahora. Considérenlo una invitación abierta. Les daré mi número. Llaman y organizamos una visita. Lo ven con sus propios ojos. Si quieren quedarse, perfecto. Y si prefieren volver aquí, también está bien.

—Es una oferta generosa —dice el pastor—. Lo pensaremos. Gracias, Patrick.

—No hay de qué —dice, mirando hacia atrás. Los golpes en la puerta principal han cesado—. Parece que se han calmado ahí fuera… ¿Cuánto creen que falta para poder salir corriendo al coche?

Todos se tensan de inmediato.

—No deberías salir ahora mismo —dice Thomas—. Están más alerta justo después de detectar a alguien. Espera al menos un par de horas.

—Por cierto… quizás deberíais hacer algo para avisar a los que vienen. Tal vez un cartel en la puta puerta que diga "No llamen"…

—Pusimos un cartel así —responde Wulff—. Pero lo arrancan constantemente. —Niega con la cabeza—. Es inquietante. No han

tocado el cartel luminoso, el que informa a los transeúntes de que hay personas videntes dentro. Casi parecería que saben lo que pone…

Patrick asiente.

—Sí, no son tan descerebrados como parecía al principio. Menos mal que están muriendo. Supongo que cada día se transforman nuevos, pero la mayoría ya se está quedando sin fuerzas.

Thomas mira hacia las puertas principales.

—La manada que tenemos ahí fuera sigue con bastante energía, por desgracia. Nos han impedido salir a por provisiones desde que nos encontraron. Esperábamos que se largaran, pero no parece que vaya a pasar.

Patrick frunce el ceño.

—¿Cuánto os durará la comida?

Thomas mira a Wulff, que a su vez mira a su esposa. Ella se retuerce las manos.

—Bueno, somos varias bocas que alimentar, pero si estiro las raciones, podríamos aguantar dos semanas más.

—Y cuando se os acabe —pregunta Patrick—, ¿cuál es el plan?

Thomas está a punto de responder, pero el pastor lo interrumpe.

—El Señor proveerá, de una forma u otra. Mantendremos los ojos y oídos abiertos, y algo aparecerá.

Patrick asiente lentamente.

—Claro. Escuchad, voy a comprobar cuántos quedan ahí fuera…

Se dirige al vestíbulo y arrastra la escalera. Encima de las puertas principales hay una ventana ancha. Al subir, espera ver a los ciegos deambulando por el césped y la calle. Pero no ve a nadie. La horda que salió a atraparlo ha desaparecido por completo, como si nunca hubiera estado allí.

—Vaya —dice, mirando hacia abajo a Thomas, que se ha unido a él—. Se han ido todos. Debería ser bastante fácil llegar al coche.

—Déjame mirar primero —dice Thomas.

Patrick baja y deja que Thomas suba por la escalera. Esta cruje bajo su peso.

—Mierda —dice—. No sirve. Han dejado un vigía.

—¿Un qué?

Thomas baja de nuevo.

—Vuelve a mirar.

Patrick vuelve a subir.

—¿Qué se supone que debo ver?

—Justo al lado de tu coche. En el suelo.

Al fijarse mejor, Patrick nota un par de pies asomando. Llevan lo que parecen zapatillas rosas de mujer. Al parecer, alguien se ha desplomado justo delante de su coche.

—Vale, ya la veo. Pero está muerta. O por lo menos dormida. Si se levanta cuando arranque el coche, puedo atropellarla.

—No —dice Thomas, negando con énfasis, haciendo que le tiemble la papada—. Eso no va a funcionar. Hazme caso. Es otra trampa. Ya nos lo hicieron dos veces. Y es incluso la misma tía que están usando.

—No lo entiendo —dice Patrick, bajando de nuevo—. Explícame cuál es el peligro.

—Esa mujer de ahí fuera —dice Thomas, señalando hacia la puerta —, es su vigía. Se tumba delante del vehículo que saben que vamos a usar tarde o temprano. Se hace la muerta y no se mueve por nada del mundo. Y en cuanto oye que se abre la puerta del coche, ¡BAM! —Thomas junta sus manos gordas con una palmada—. Empieza a gritar como una puta alarma contra incendios. Y en cuestión de segundos, el coche está rodeado.

Baja la barbilla y mira a Patrick por debajo de las cejas.

—Te digo que tienen montada una operación de lo más coordinada. La primera vez, solo conseguí volver dentro porque creían que ya estaba en el coche, y porque Arthur salió disparando a sus malditas cabezas. La segunda vez, intenté escapar conduciendo, y lo logré, pero tuve que atropellar como a una docena. Si no hubiese estado en la camioneta, no habría salido vivo. Se abalanzan sobre el coche como hormigas. Les da igual que la mitad muera. Si eso es lo que hace falta para retenerte y que la otra mitad pueda alcanzarte y matarte, les parece bien. Y escucha esto… —Asiente hacia la calle—. Cuando regresé, todos esos cuerpos, la gente que había aplastado… habían desaparecido. Ni un maldito pelo en el asfalto. Limpiaron la escena para que no pareciera sospechosa.

Hacen lo mismo cada vez que tenemos que disparar a alguien. En pocos minutos, el cadáver desaparece. —Se toca la sien—. Están volviéndose más listos. No les tientes, colega. Hazme caso.

Patrick se muerde el interior de la mejilla.

—Joder. ¿Y dices que no se irá en un buen rato?

Thomas se encoge de hombros.

—No saben si te vas a quedar aquí o no, así que podrían irse dentro de unas horas. Se olvidaron de nuestros coches en cuanto vieron que ya no intentábamos salir.

Patrick suspira y saca el móvil. Escribe un mensaje rápido para Gina. Luego, al recordar que, estúpidamente, se dejó el teléfono en casa y que quizá aún no haya regresado, le envía el mismo mensaje a Victor.

—Vale —dice a Thomas—. Supongo que me quedo a pasar la noche.

—Una decisión inteligente, colega —dice Thomas, dándole un puñetazo amistoso en el hombro—. Eres un superviviente.

Patrick está a punto de decir algo cuando Thomas se aparta, y le deja ver fugazmente a la mujer de pelo oscuro. Es la primera vez que la ve desde que llegó. Está de pie junto a los bancos, y le sonríe. Luego se marcha y desaparece de su vista.

—Eh, ¿cómo se llama ella? No me he quedado con su nombre.

Thomas se vuelve hacia él.

—¿Quién? ¿Olivia?

—No, la otra.

Thomas se encoge de hombros, como si no lo recordara.

—Da igual —dice Patrick—. Ya iré a preguntárselo.

4

CAMILLA

—Hace tiempo que no lo veo. Estando aquí, tan cerca de ti, siento que de algún modo me ayuda. Pero tal vez solo me lo estoy inventando. Quizá sea porque lo he apartado de mi mente para centrarme en lo que estaba ocurriendo. En cualquier caso, sé que sigue ahí. Que está al acecho, justo fuera de mi vista. —Camilla resopla—. No sé si eso tiene sentido…

—Sí que lo tiene —dice Mark de inmediato—. Es exactamente como me sentía con Erika. Aunque no estuviera cerca de mí, podía sentirla dentro de mi cabeza.

—Sí —asiente Camilla, pensativa—. Supongo que eso demuestra que en realidad salen de dentro de nosotros.

Inhala profundamente y exhala por la nariz.

—La primera vez que lo vi fue en la biblioteca.

Le cuenta a Mark la situación. Cómo oyó su voz en el oído y vio su sombra junto a ella.

—No fue una coincidencia que apareciera justo en ese momento y en ese lugar —continúa—. Quería distraerme. No quería que encontrara a Alicia. Y no la encontré. Porque dejé que me frenara, justo como él quería…

El recuerdo de la niña vuelve a emocionarla. Todas las noches desde que Alicia murió, Camilla ha soñado con ella. La ve de nuevo en la biblioteca oscura, corriendo entre interminables estanterías,

atrapada en un laberinto, oyendo cómo Alicia la llama, pero sin poder encontrarla nunca.

—Pobre criatura —solloza, limpiándose una lágrima—. Estaba sola, asustada, y ya no le quedaba nadie. Yo era la única que podía protegerla, y la fallé.

Mira a Mark con la voz temblorosa.

—Imagínatelo, Mark. Imagínate ser tan pequeña, haber perdido a todos tus seres queridos, y estar tan asustada y confundida que acabas confiando en el fantasma de tu madre muerta, porque parece ser la única que todavía se preocupa por ti. Imagínate en qué estado mental debía de estar esa pobre niña…

—Es horrible —concede Mark, meciendo suavemente a Danny—. Y es trágico que haya muerto. Pero esto no tiene que ver con ella, Camilla.

Camilla asiente.

—Lo sé. Estoy dando rodeos. Es que me cuesta mucho hablar de ello.

—Lo entiendo. ¿Quién era él?

—Allan… Klint.

Tiene que forzarse a pronunciar su nombre.

—No me suena —dice Mark.

—No, no te sonaría. Mi padre nunca hablaba de él, ni siquiera en su lecho de muerte. Ya era una especie de oveja negra de la familia, incluso antes de lo que… de lo que hizo.

Cuando vuelve a quedarse en silencio, Mark la anima con suavidad:

—¿Qué parentesco tenías con él?

—Era hermano de mi padre. Hermanastro, en realidad. No tenían el mismo padre.

—Entonces era tu tío. Hablas de él en pasado… ¿está muerto?

Se encoge de hombros.

—Él me dijo que sí. No lo sé. Lo último que supe es que estaba en la cárcel.

—¿Por qué motivo?

—Por receptación, creo. Estaba metido en algún tipo de crimen organizado. No sé los detalles. Mi padre lo mencionó de pasada,

pero eso fue años más tarde. Lo detuvieron por algo que no tenía nada que ver con lo que me hizo. Que yo sepa, nadie lo descubrió jamás.

—¿Ni siquiera tus padres?

Camilla gruñe.

—Y mucho menos ellos. Quiero decir, ya conoces a mi padre. Si alguien iba con anteojeras, era él.

—Cierto —asiente Mark—. Era un experto en fingir que no pasaba nada.

—Exacto. Un capullo.

Camilla se tapa la boca con una mano y mira a Mark.

Él la observa desde el otro lado de la mesa, igual de sorprendido.

—Eso es nuevo. No creo haberte oído usar esa palabra nunca. Y menos aún para hablar de tu padre.

Camilla ríe con nerviosismo, pasándose las manos por el pelo.

Hablar de estas cosas me desconcierta.

—Por supuesto. Tómate tu tiempo.

Camilla no puede evitar lanzarle una mirada inquisitiva.

—¿Sabes? No es que esté intentando desviar el tema, pero… me está encantando esta nueva versión de ti. Estás mucho más… atento.

Mark sonríe.

—Me siento mucho mejor. Esperemos que sea permanente, ¿eh?

—Sí. Si ese es el precio por enfrentarte a tu fantasma, entonces más razón para hacerlo cuanto antes…

—No te apresures —dice Mark—. Ya estás en camino. El primer paso es contármelo.

Camilla asiente y respira hondo de nuevo.

—Vale, allá vamos. Fue hace muchos años. Todavía vivíamos en *Freya's Drive*, junto al parque. ¿Te acuerdas? Te señalé el sitio una vez.

—Creo que sí. Una casita encantadora.

—Sí, bueno, para mí no tanto. Me pongo tensa solo de pensarlo. Ese lugar está contaminado en mi memoria. No debía de tener más de seis años, porque aún iba al preescolar. No recuerdo exactamente cómo empezó, pero por alguna razón, Allan empezó a venir a casa

de vez en cuando. Creo que estaba pasando por un mal momento. Al menos eso deduje de lo que oí comentar a mis padres más tarde. No les gustaba tenerlo allí, sobre todo a mi madre, pero eran demasiado educados y reacios al conflicto como para decirle que no. Creo que ya sabían entonces que siempre estaba metido en líos con la ley. Con el tiempo, he llegado a pensar que se escondía en nuestra casa porque la suya estaba vigilada por las autoridades. A menudo traía cajas de cartón con cosas como pantallas planas, ordenadores, móviles. Las apilaba en su cuarto. Yo no le daba muchas vueltas. Le pregunté una vez a mi padre y me dijo que el tío Allan las vendía. Lo cual era cierto, técnicamente. Una vez, cuando Allan no estaba, vinieron dos policías a llamar a la puerta. Mamá les dijo que no sabía dónde estaba, lo cual seguramente era cierto, porque él nunca avisaba. Esa fue la última vez que vino a quedarse con nosotros.

Niega con la cabeza.

—Pero eso fue mucho después. Al principio, venía cada vez más seguido, hasta que prácticamente alquilaba una habitación. Dormía allí algunas noches, y casi siempre cenaba con nosotros. Su cuarto estaba justo al lado del mío, y a menudo lo oía por la noche a través de la pared. Hablaba por teléfono con alguien. Se reía a carcajadas. Y entonces, una noche…

Camilla se detiene. Mira fijamente la mesa mientras habla. Nota que tiene las palmas húmedas, y las rodillas le tiemblan sin parar bajo la mesa.

—Dios. No sé si puedo hablar de esto con Danny delante.

—Entonces lo arropo —dice Mark, levantándose.

—¿Quieres que…?

—No, por favor, quédate —le dice Mark—. Vuelvo enseguida.

Ella se sienta de nuevo y lo observa salir. Todavía le cuesta creer lo natural que se ha vuelto Mark con el bebé. Lo ha tenido en brazos más que ella. Por las noches, cuando llora y no quiere comer, es Mark quien lo lleva al salón. Se pasea con él, cantándole en voz baja, y eso siempre consigue calmar a Danny.

«Es increíble. Se ha convertido en el hombre que siempre supe que podía ser.»

Termina lo que queda de su cena mientras Mark está fuera. En realidad, no le apetece, porque se le ha encogido el estómago, pero sabe que tiene hambre y debe comer.

Mark regresa sin Danny.

—Está dormido —le dice, volviendo a sentarse—. ¿Por dónde ibas?

Camilla empuja el último fideo por el plato, evitando su mirada mientras vuelve a hablar.

—Era una noche cálida de verano. Julio, creo. Dormía con la ventana entreabierta, y mi cuarto daba al camino de entrada, así que cuando llegó en su moto, alrededor de medianoche, me desperté. El dormitorio de mis padres estaba al otro extremo de la casa, así que nunca oían cuándo llegaba o se iba durante la noche. Cuando apagó el motor, le oí hablar con alguien. Al principio pensé que hablaba por teléfono, pero luego una mujer le respondió, y me di cuenta de que había traído a alguien. Quise ver quién era, así que me levanté y me deslicé hasta la ventana. Era asiática y muy menuda. A mí me pareció una adolescente, pero no sé si era así. Llevaba muy poca ropa. Empezaron a discutir. Creo que era porque ella no quería entrar en la casa con él. Quería que la llevara a otro sitio, pero él se negó. Ella se enfadó, y entonces…

Camilla se detiene brevemente y observa la escena en su memoria.

—Entonces él la abofeteó de repente. Fue un golpe tan fuerte que su largo cabello negro se agitó por todas partes, y casi se cae. Recuerdo que llevaba tacones. Se echó a llorar y salió corriendo del camino de entrada, sujetándose la mejilla.

Camilla respira hondo varias veces. Se prepara para lo que viene.

Mark no dice nada. Solo la observa en silencio.

—Me quedé en shock. Nunca lo había visto hacer algo así. Ni siquiera lo había visto enfadado. No podía moverme. Me quedé allí, mirándole. Escupió, luego fue hasta los rosales de mi madre, se bajó la cremallera y los meó. Cuando se dio la vuelta, por fin pude moverme otra vez. Corrí de vuelta a la cama y me metí bajo las mantas. Me tumbé temblando, mientras oía cómo entraba en casa. Pasó justo por delante de mi cuarto, entró en el suyo, y oí el somier crujir cuando se dejó caer con un suspiro. Durante unos minutos, no

se oyó nada. Pensé que se había dormido. Pero entonces comenzaron unos ruidos extraños en su habitación. Era la voz de una mujer. Apagada. Sollozando. Llorando, casi. Como si tuviera dolor.

Camilla traga saliva, sintiendo que la náusea le sube por la garganta. Se arrepiente de haber comido el último bocado de pasta y aparta el plato.

—Me asusté mucho. Pensé que la mujer asiática había vuelto y que estaba con Allan en su habitación. Era la única explicación que se me ocurría. Y ahora, claramente, le estaba haciendo daño. También le oía a él resoplar entre los sonidos de la mujer. Me sentía fatal, y no podía quedarme allí sin hacer nada. Tenía que hacer algo. Tenía que ayudarla. Así que me levanté y… ¿sabes qué hice?

Finalmente, levanta la mirada hacia Mark.

Se encoge de hombros con uno solo.

—¿Fuiste y despertaste a tu padre?

—No. No lo hice. Cualquier niño normal lo habría hecho, pero yo no. ¿Y sabes por qué? Porque no creí que me fuera a creer. Incluso aunque lo hiciera, me habría dicho que volviera a la cama. Que no me metiera en los asuntos del tío Allan.

Camilla resopla.

—Es tan retorcido... Todos pensaban que éramos una familia feliz. Pero en realidad, todo era una fachada. Solo piénsalo, Mark. Ya con seis años, sentía que no podía acudir a mis padres con esto. Pensaba —o más bien, estaba absolutamente convencida— de que Allan estaba pegando a alguna pobre mujer en la habitación de al lado, y aun así ni se me pasó por la cabeza avisar a mi padre, porque sabía que me ignoraría. Su forma de lidiar con los problemas era fingir que no existían. Claro que ahora sé que, probablemente, al menos habría accedido a ir a ver qué pasaba, aunque sintiera que estaba invadiendo la intimidad de mi tío. Si le hubiera contado que oía los gritos de una mujer angustiada, no habría podido ignorarlo. Pero eso era lo que pensaba entonces. Esa era la fe que tenía en mi propio padre: estaba convencida de que no me respaldaría. Que tendría que encargarme yo sola. Así que...

Camilla llenó los pulmones.

—Fui hasta la puerta de Allan. Los ruidos seguían viniendo de su habitación. Sabía que no estaba cerrada con llave; nunca se molestaba en cerrarla. Y así que la abrí. Esperaba hacerlo sin que Allan se diera cuenta. Más allá de eso, no tengo ni idea de cuál era mi plan. Solo sabía que estaba ocurriendo algo malo, y que yo era la única que podía detenerlo. Y estaba aterrada, Mark. El sonido del bofetón seguía resonando en mis oídos, y sabía que había muchas posibilidades de que Allan me hiciera probar lo mismo si me pillaba. Aun así, la idea de esa pobre mujer sufriendo era toda la motivación que necesitaba, así que abrí esa puerta.

Camilla se detuvo. Esta vez más tiempo. Lo veía en su mente. Lo que había visto tras la puerta. Pero no podía ponerlo en palabras.

—Estaba solo, ¿verdad? —le ayudó Mark.

Ella asintió.

—¿Viendo una película, supongo?

Volvió a asentir.

—El portátil estaba sobre su pecho. Yo, uhm... lo vi. Estaba boca arriba, y lo vi apuntando directamente al techo. Al principio no sabía lo que era. Cuando me di cuenta, casi grité. Era tan... grueso y rosado... no parecía algo que perteneciera a un cuerpo humano.

—Jesús, Camilla —dijo Mark suavemente—. Lo siento mucho por lo que tuviste que ver.

A ella le costaba hablar. Tenía la garganta completamente tensa.

—Empecé a cerrar la puerta, y faltaban solo unos centímetros, cuando debió de percibirme, porque giró la cabeza, y nos cruzamos la mirada justo antes de que la puerta se cerrara. Corrí a mi habitación y me metí de nuevo bajo la manta. No oía nada más que el rugido de mi pulso en los oídos. Los ruidos de su habitación habían cesado, y... Dios... entonces oí... lo oí venir hacia mi cuarto.

Consiguió mirar a Mark de nuevo. Esperaba ver rabia, asco, indignación. Pero lo único que había en su rostro era tristeza.

—Ahora lo entiendo —dijo él—. Esa pequeña cicatriz que tienes, justo en la entrada. ¿Recuerdas que una vez te pregunté por ella, y te pusiste a la defensiva y me dijiste que era por un tampón?

Camilla estalló en algo a medio camino entre el llanto y la risa.

—Sí. No se me ocurrió nada mejor. Tú fuiste el primero al que dejé bajar ahí, y realmente esperaba que no notaras la cicatriz.

Mark extendió la mano sobre la mesa, y ella la tomó entre las suyas, apretándola con fuerza.

—¿Te violó?

Camilla apretó los labios y asintió.

—Pero no con... usó su... déjame contarte cómo fue...

Se limpió los ojos con la manga, luego la nariz, y tragó varias veces, aclarando la garganta.

—Entró, y solo llevaba sus calzoncillos. Se quedó ahí, al pie de mi cama. Fingí estar dormida, pero claro que él lo sabía. Cuando por fin habló, su voz sonaba diferente de lo habitual. Era más grave. Recuerdo que pensé que hablaba como un demonio. Me dijo que como le había interrumpido... «estropeado el momento», creo que fueron sus palabras... lo mínimo que podía hacer era ayudarle a terminar. Estaba tan asustada, Mark. Lo que sentí antes, cuando pensé que estaba haciendo algo a la mujer asiática, no era nada comparado con lo que sentí al darme cuenta de que iba a hacerme algo horrible.

Negó con la cabeza con fuerza.

—No tenía ni idea de lo que significaba. De verdad, ninguna. Pensé, pensé que me pegaría. Que se lo sacaría de los calzoncillos y me golpearía con él en la cabeza. No tenía ni idea de cómo funcionaba. Lo único que sabía era que no quería volver a verlo jamás. Así que, cuando se tumbó a mi lado, cerré los ojos con todas mis fuerzas...

Las palabras se le escapaban a Camilla entre sollozos. No tenía más remedio que seguir hablando. Si se detenía, estaba segura de que no podría terminar la historia.

—Lo sentí. Lo noté presionar contra mis nalgas. Incluso a través de mi camisón, podía sentirlo... latiendo. Oh, Dios. Metió la mano en mis pantalones y me manoseó. Fue horrible, Mark. No puedo ni explicarte... nunca llegó a penetrarme, pero su uña debió de arañarme. No fue brusco, y no me dolió físicamente, pero fue tan horrible... No pude tocarme hasta que fui adulta y conseguí empujar ese recuerdo terrible al fondo de mi mente.

Por fin dejó de hablar. Lloraba y respiraba con dificultad, como alguien que acababa de salir a la superficie tras una inmersión muy profunda. Apretó la mano de Mark, y él respondió apretando.

—¿Se marchó simplemente después? —preguntó él tras un rato.

—Sí. Y nunca hablamos de ello. Allan fingió que no había pasado nada, y yo también. Estaba tan avergonzada, Mark. Tan, tan llena de vergüenza. Todo era culpa mía, ¿sabes? Yo fui la que fue a husmear. Yo fui la que le arruinó algo a Allan, y por supuesto, tenía que ayudarle a empezar de nuevo con... lo que fuera. No supe lo que era hasta muchos años después.

Dio un último sollozo, luego suspiró.

—Se marchó unas semanas después. No lo volví a ver. Tendría unos quince o dieciséis cuando oí que estaba en prisión. Recuerdo que sentí alivio cuando me dijeron que estaría allí mucho, mucho tiempo. Eso significaba que no me lo encontraría por la calle. Sinceramente, no sé lo que habría hecho si lo hubiera visto. Probablemente nada. Habría seguido con la fachada, como me enseñaron mamá y papá.

—Es increíble —dijo Mark—. No puedo creer que hayas vivido con esto toda tu vida. Quiero decir, lo ocultaste tan bien que ni yo sospeché nada. Claro, me pareció un poco raro que nunca hubieras estado con nadie antes que yo, pero eso tampoco es tan raro...

—No llevo las emociones a flor de piel como tú, Mark —le dijo—. Eso no es educado.

—No, supongo que no. Pero ocultar un abuso sexual, ¿eso sí es educado?

Camilla resopló.

—¿Te refieres a mis padres? Sinceramente, no creo que lo supieran nunca. Bueno, quizás mi madre lo intuyera, pero nunca dijo nada.

—¿Por qué crees que pudo saberlo?

—Por mis bragas. Estaban todas... endurecidas a la mañana siguiente. Y creo que también había un poco de sangre. De la herida. No sabía qué hacer, así que las metí con el resto de la ropa sucia. Estoy segura de que debió de verlas unos días después, cuando las lavó. Pero quizá pensó que era solo... no sé, algo que

había derramado. No tengo ni idea. Ni siquiera estoy segura de que importe.

—No, probablemente no. Siento mucho que no estuvieran ahí para ti.

Camilla suspiró. Ahora que lo había contado, se sentía un poco mejor. Agotada, pero más ligera. También se sentía inmensamente expuesta y vulnerable. Como si acabara de darle la vuelta al alma, dejando que Mark viera directamente su secreto más profundo, y eso la incomodaba enormemente. Quería que él dijera algo, pero al mismo tiempo temía lo que pudiera ser. Así que se levantó de la silla y fingió un bostezo.

—Creo que me gustaría descansar un poco. Me zumba la cabeza.

Mark se levantó.

—Claro, voy contigo.

Al rodear la mesa, evitó mirarlo, y estaba a punto de romper a llorar otra vez cuando Mark la agarró y la envolvió en un fuerte abrazo.

De repente, otra presa se rompió dentro de Camilla. Más pequeña esta vez, pero suficiente para hacerla llorar de nuevo.

—Me alegro mucho de que me lo hayas contado —susurró él, besándole la coronilla—. Eres muy valiente.

—Tenía tanto miedo de que te repugnara —sollozó ella en su pecho—. De que no quisieras volver a mirarme a los ojos. Estaba segura de que, si te lo contaba alguna vez, me dejarías al instante.

—Jesucristo, no —dijo Mark—. Honestamente, nunca te he querido tanto como ahora, cariño.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero creerte, pero... me siento tan, tan sucia... tan mal... tengo esta sensación horrible de que todo fue culpa mía... que de algún modo mandé señales, que lo invité... que atraje a alguien así de asqueroso y vil, y eso solo puede significar que yo soy igual de mala.

—Eres completamente inocente —le aseguró Mark—. Nada de esto fue jamás tu culpa.

Ella lo abrazó aún más fuerte mientras lloraba desconsoladamente.

Y al hacerlo, algo de aquella atrocidad que vivió la Camilla de seis años esa noche se disipó de algún modo. Había permanecido congelado en lo más profundo del corazón de la Camilla adulta durante tanto tiempo, que nunca tuvo la oportunidad de liberarse hasta ahora.

Y ambas versiones de Camilla se alegraron de sentir cómo por fin se iba.

5

Patrick

—Maldita sea, ha sido la mejor comida que he probado en mucho tiempo —suspira Patrick, echándose hacia atrás.

Beate no parece especialmente entusiasmada con el cumplido, y entonces él se da cuenta.

—Oh, mierda, lo olvidé. Las palabrotas. Perdón. ¿Hago cinco de estos…? —Se persigna.

Ella sonríe tensamente.

—Está bien. El Señor lo perdona todo.

—Qué amable por su parte —murmura Patrick, mirando a su alrededor.

Thomas es el único que sigue comiendo. La niña —Olivia— apenas ha tocado su plato. Arthur terminó su comida rápidamente y luego empezó a limpiar el fusil.

—Como sigas puliendo ese cañón, va a empezar a parecer algo sexual —comenta Patrick.

Arthur levanta la vista, confundido. Obviamente estaba muy concentrado.

—¿Eh?

—No puedes hacer que lo deje —gruñe Thomas, dejando un hueso de pollo limpio sobre el plato—. Hasta duerme con esa cosa por la noche.

Arthur mira de Thomas a Patrick, y luego vuelve a bajar la vista al arma mientras murmura:

—Me siento más seguro teniéndola encima. Puedes burlarte todo lo que quieras, pero ya te salvé el culo una vez, Thomas.

—Sí, es cierto —concede Thomas—. Y te estoy agradecido por ello.

El pastor Wulff recoge los restos de salsa del plato con un trozo de pan, que mastica con lentitud y deleite, saboreando cada bocado. Luego se limpia con cuidado las comisuras de los labios con la servilleta.

—Gracias por otra comida deliciosa, querida.

Beate le estrecha la mano.

La mujer morena no se unió a la cena, y Patrick no logró encontrarla antes, cuando fue a buscarla. Como el pastor no la presentó y los demás ni siquiera la mencionaron, él tampoco dijo nada. Le quedó bastante claro que, aunque vivía allí con el resto, no era precisamente sociable y probablemente valoraba su privacidad.

Y además, la única razón real por la que Patrick quería saludarla era por cómo le había sonreído.

«Eres un imbécil. Una chica guapa te sonríe y ya estás…»

Aunque no podía culparse del todo. Por un lado, por la forma en que ella le sonrió, Patrick estaba casi seguro de que estaba coqueteando. Además, hacía varios días que no...

Interrumpió su propio pensamiento al darse cuenta de que estaba a punto de regresar mentalmente a aquella última y fatídica noche en la cabaña, justo antes de que todo se fuera al infierno. Era lo último en lo que quería pensar en ese momento.

En lugar de eso, carraspeó.

—Supongo que iré a ver si la… ¿cómo era?, ¿vigía? Sigue allí.

El pastor Wulff le hace un leve gesto con la cabeza, y Patrick se levanta y se dirige al vestíbulo. Saca la escalera y sube.

—Joder —murmura al ver que los zapatos de la mujer siguen allí. Parecen haberse movido un poco —no lo suficiente como para que uno se diera cuenta sin fijarse bien— pero sí lo bastante como para que Patrick se convenza de que Thomas tenía razón, que la mujer

no está realmente muerta, sino fingiendo, esperando a que él vuelva a salir.

Examina la calle. Ahora que el sol está más cerca del horizonte, todo adquiere un aspecto ligeramente distinto. La luz es anaranjada, y las sombras se han alargado. No distingue de inmediato a los ciegos, pero cuanto más observa, más evidentes se vuelven los escondites: está casi seguro de que hay uno o dos tras el arbusto del jardín de enfrente. Y alguien podría estar agazapado tras el buzón. También percibe el movimiento de una sombra dentro de un aparcamiento cubierto.

—Sí que están ahí —susurra—. Malditos cabrones astutos…

Considera si podría salir corriendo. Si lleva la pistola en una mano y las llaves en la otra. Irá directo al coche, y si la mujer empieza a gritar como dijo Thomas, le meterá una bala entre los ojos. Por supuesto, el sonido del disparo probablemente alertará a todos los ciegos igualmente, así que también podría…

—¿Quién es ella?

Patrick se sobresalta y mira hacia abajo. La mujer morena está apoyada en la pared. Lleva el pelo suelto sobre los hombros y una camiseta de Foo Fighters. Aunque no le queda ajustada, Patrick puede notar que tiene un cuerpo atlético.

—Joder, me has asustado —murmura mientras baja.

—No soy yo quien debería asustarte —le dice ella con otra de esas sonrisas que le van directas a los cojones. Tiene una voz grave para su tamaño, algo ronca. Le recuerda a alguien, pero no logra identificar a quién.

—No me dijiste tu nombre.

—No, no lo hice. Soy Angi.

—Encantado, Angi.

Le tiende la mano, y ella lo mira brevemente antes de descruzar los brazos. Su mano está cálida y suave.

—¿Así que de verdad vas a intentar salir corriendo? —pregunta, señalando la puerta con la cabeza.

—Puede que tenga que hacerlo. No puedo quedarme aquí para siempre.

—Lo que me lleva de nuevo a mi primera pregunta: ¿quién es la chica por la que estás tan desesperado por volver?

Patrick parpadea. Normalmente no se le escapa el coqueteo, ni siquiera el más directo. En cualquier fiesta o noche de copas, solía haber un par de chicas que se le acercaban intentando flirtear. Llevar un tatuaje de serpiente en la cara atrae a cierto tipo de mujeres que no pierden el tiempo.

Y aun así, esta mujer le desconcierta. Quizá sean las circunstancias. Le cuesta creer que esté filtreando tan abiertamente cuando el maldito mundo se está yendo al carajo.

«Probablemente tenga las mismas ganas que yo…»

—No hay nadie esperándome —dice Patrick en voz baja, para que los demás no lo oigan—. Al menos no una chica.

—¿Tienes hijos entonces?

—No.

Angi ladea la cabeza.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué tanta prisa por irte de aquí?

Patrick se encoge de hombros. Dicho así, de pronto todo le parece un poco ridículo. ¿Está dispuesto a arriesgar la vida solo para volver al refugio? ¿Por qué? No tiene ningún lazo con nadie allí. Le importan los gemelos, claro, pero estarán perfectamente mientras permanezcan en la casa. Si Gina puede desaparecer durante horas, ¿por qué siente él tanta urgencia por regresar?

—No lo sé muy bien —admite.

—Mira, lo entiendo —dice Angi, echando un vistazo hacia atrás y arrugando la nariz—. Esta gente... son un poco raritos. Especialmente la pareja de ancianos. No quiero criticar su fe, pero vamos... ese rollo de superioridad moral cansa rápido.

Patrick resopla.

—Gracias a Dios que no soy el único que lo piensa. ¿Y tú qué haces aquí? No pareces del grupo.

—Prefiero verme como un agente libre —responde ella, abriendo los brazos—. Me quedo mientras me dejen a mi aire. En cuanto empiecen a tocarme las narices, me piro. Además, ya me habrían echado si supieran que...

Se detiene, mordiéndose el labio.

—Mierda, casi lo suelto.

—¿El qué? —pregunta Patrick—. ¿Si supieran qué?

Ella vuelve a mirar atrás, luego se desliza hacia un lado y susurra:

—Alguien viene. Si sabes guardar un secreto, ven a la torre luego.

Abre la puerta del rincón y desaparece dentro. Patrick alcanza a ver una escalera estrecha. Justo cuando la puerta se cierra suavemente, Thomas aparece por la otra entrada.

—Eh, tío. ¿Sigue ahí fuera?

Patrick parpadea. Por un momento, no sabe a quién se refiere. Luego recuerda a la vigía.

—Ah, sí, ahí sigue —murmura—. Supongo que esta noche no me muevo.

—Lo siento, tío —dice Thomas, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Beate ha hecho postre. Pastel de arándanos. ¿Quieres?

Patrick no recuerda la última vez que comió pastel, y lo cierto es que le apetecería. Pero ahora mismo su cabeza está en otra parte.

—¿Sabes qué? Creo que me voy a acostar. Ha sido un día largo y estoy cansado.

—Claro, colega —dice Thomas, sonriendo mientras se da una palmada en la barriga—. Más para mí, entonces. Le pediré a Beate que te busque una almohada y una manta. Solo queda una cama, y está en mi cuarto, así que espero que no te importe que ronque un poco.

Patrick resopla.

—Mientras no intentes abrazarme...

Thomas ya está dándose la vuelta para volver a la iglesia. Le lanza una sonrisa por encima del hombro.

—No prometo nada.

Patrick se queda quieto, esperando a que Thomas desaparezca de su vista. Luego va hacia la puerta que da a las escaleras.

6

Tommy

Se quita la máscara y la lanza al suelo con un gruñido. Tras unas cuantas respiraciones profundas, se incorpora y nota el dolor en la espalda.

—Joder, no tenía ni idea de que iba a costar tanto.

—Estoy seguro de que valdrá la pena, Tom-Tom.

—Eso espero. Si no, habré estado partiéndome el culo toda la noche para nada…

El agotamiento lo marea tras tantas horas de concentración. Se gira y mira por la hilera de estrechas ventanas que dan a la calle. El laboratorio está justo por debajo del nivel del suelo, así que desde allí solo se ven las piernas de quienes pasan. No es que últimamente haya muchos transeúntes; desde que Tommy llegó la noche anterior, solo ha visto a ciegos tambalearse y, de vez en cuando, algún vehículo.

No hay relojes en el laboratorio, así que se guía por la luz del día, y a juzgar por ella, deben de ser casi las doce. Su móvil se quedó sin batería esta mañana —mejor así, porque ya le cansaban los mensajes de Lisa preguntando dónde estaba y si se encontraba bien. «Falsa de mierda». Tratando de atraerlo de vuelta fingiendo preocupación. Tommy ya lo veía claro.

Durante el proceso, el compuesto tuvo que reposar en varias ocasiones. Así que, siempre que podía, dormía unas horas

acurrucado en el banco del vestuario junto al laboratorio, envuelto en las mantas que había encontrado. Siempre ponía la alarma del móvil para despertarse a tiempo y continuar con el siguiente paso. Hizo todo lo posible por seguir no solo la receta del libro, sino también por mantener el nivel de higiene que el autor insistía en recalcar como esencial para obtener un producto puro y estable. Utilizó el equipo adecuado, se aseguró de no contaminar nada y fue limpiando los utensilios a medida que los usaba.

Si había algo más que pudiera haber hecho, no se le ocurría. El libro estaba pensado para uso doméstico, dirigido a cocineros aficionados como él, pero a diferencia de la mayoría que lo habría intentado a lo largo de los años, Tommy sospechaba que quizá era el único que contaba con un laboratorio moderno, funcional y completamente equipado: placas calefactoras, una caldera de vapor, dos ollas a presión distintas y todos los ingredientes en su forma más pura. Eran principalmente ácidos, sales y metales. Todo lo encontró en la sala de almacenamiento contigua, convenientemente rotulada como "Área de Almacenamiento Químico", así que ni siquiera tuvo que buscar mucho. Y, además, la electricidad seguía funcionando en el edificio. Encontró el laboratorio en perfecto estado. Parecía que lo hubieran abandonado de forma ordenada, como si supieran que él llegaría después para usarlo.

En el pasillo había una máquina expendedora con barritas de cereales, chocolate, latas de Coca-Cola e incluso sándwiches de queso envasados, algo rancios, pero comestibles. Tommy rompió el cristal y se dio un atracón.

El proceso de elaboración fue bastante sencillo. No tan glamuroso como lo pintan en series como Breaking Bad, pero sí lo bastante simple como para que cualquiera que supiera leer una etiqueta y vigilar un termómetro pudiera hacerlo.

—Creo que me ha salido bastante bien —murmura, frotándose los ojos.

—Desde luego que sí —lo alaba su padre—. Estoy orgulloso de tu dedicación, hijo. Creo que demuestra claramente cuánto quieres ayudar a esta gente.

—Sí… —responde Tommy, mirando de nuevo el producto final.

No se parece en nada a lo que aparece en los dibujos animados. Siempre que Bugs Bunny o el Coyote querían hacer volar algo, usaban cartuchos rojos gigantes con una mecha o un polvo negro brillante. Aunque, claro, eso seguramente era dinamita o pólvora. El libro explicaba la diferencia.

Aun así, Tommy había esperado ver algo un poco más espectacular al final del proceso de una hora. Pero, al parecer, el trinitrotolueno —más conocido como TNT— no es más que unos grumos de color arena, algunos del tamaño de una manzana, otros como monedas. El cubo metálico bajo el ventilador está lleno de ellos. Parecen opacos e inofensivos. Nada que haga pensar que podrían volar el tejado de una casa.

—Solo tengo que confiar en el libro —murmura Tommy—. Decía que el TNT era el más potente de estos explosivos. Espero que sirva.

Preparó tres veces la cantidad que el libro recomendaba —por si acaso.

—¿Crees que hay suficiente?

—Creo que hay de sobra —responde su padre—. No es que tengamos que reducir la casa a escombros. Solo hace falta un agujerito en el tejado, ¿no?

La parte difícil —la que tuvo que resolver por su cuenta, ya que el libro no entraba en detalles al respecto— fue el detonador. Le costó bastante tiempo dar con la solución. El problema en sí era bastante simple: lo único que necesitaba era una versión inalámbrica del «disparador», esa caja con una palanca en forma de T que, al parecer, no era más que un mecanismo para enviar un simple impulso eléctrico al TNT.

Tommy estuvo subiendo y bajando por el pasillo, estrujándose el cerebro en busca de algo que sirviera. Cuando hacía pausas para comer, se sentaba en la cantina a mirar por la ventana, dándole vueltas al dilema. Hasta que, finalmente, se dio cuenta de que tenía la solución justo delante.

Al otro lado de la calle había —vaya ironía— una tienda de juguetes. Las puertas automáticas de cristal estaban reventadas, invitando a cualquiera a entrar. Las ofertas del momento seguían expuestas en los escaparates. Como era de esperar en esta época

del año, la mayoría consistía en pistolas de agua, flotadores, churros de piscina y otros objetos por el estilo. Una de las pocas excepciones era un coche monstruo teledirigido. Un texto más pequeño decía: "Pilas incluidas".

Tommy cruzó, entró en la tienda —que a todas luces había sido saqueada (Dios sabrá qué buscaban ahí dentro)— y encontró el coche. Eligió el modelo rojo y se lo llevó al laboratorio. Abrió la caja, colocó las pilas y probó el mando.

Funcionaba perfectamente. El coche respondía de inmediato al mover la palanca. Incluso tenía una bocina divertida que sonaba como una sirena de aire al pulsar el botón azul.

Era perfecto.

Así que Tommy se puso manos a la obra: desmontó el coche y eliminó todas las piezas innecesarias —las cuatro ruedas, gran parte del chasis, toda la carcasa. Todo lo que no estuviera directamente conectado al motor eléctrico. Luego localizó los cables. Tommy no era ingeniero, pero su pasión por la ciencia le daba buena mano para lo técnico, y enseguida comprendió la función de los tres: uno positivo y uno negativo para avanzar, y otro positivo para retroceder. Desnudó el cable negro (negativo) y uno de los rojos (positivo). Después lo probó moviendo la palanca del mando. Justo como esperaba, los cables chispeaban levemente con cada movimiento.

—Hostia puta —gruñó con una sonrisa hacia su padre—. Creo que esto va a funcionar de verdad.

—Yo también lo creo. La prueba salió muy bien, ¿no?

—Sí. Ahora solo falta fundirlo dentro del contenedor. Esa debería ser la parte fácil.

Sorprendentemente, el TNT no reacciona demasiado al calor, ni siquiera al fuego directo. La explosión se produce por presión. Tommy alzó el cubo de aluminio sobre la mesa. Ya lo había limpiado y comprobado que no tuviera grietas ni fisuras. No era una papelera de oficina corriente, sino del tipo que se utiliza para residuos tóxicos, lo que significaba que era relativamente gruesa. Casi como una bala enorme. La tapa se cerraba con un clic y podía bloquearse, creando un sello hermético. Tommy había fijado el coche teledirigido en el interior con cinta americana.

Se volvió a poner la máscara, encendió la placa calefactora y empezó a calentar los gránulos de TNT. Pronto comenzaron a fundirse. Al removerlos con cuidado, se transformaron en un líquido espeso y fangoso, de un color que recordaba al de la diarrea.

—Vale —murmuró Tommy, tomando el recipiente—. Hora de verterlo…

—¿No te olvidas de algo, Tom-Tom?

Tommy giró la cabeza hacia la cama del hospital.

—¿Qué?

—Mejor quita las pilas.

—Ah, mierda. Cierto.

Sacó las pilas del mando y lo probó para estar seguro. El coche no reaccionó al mover la palanca.

—Perfecto —dijo, volviéndose a poner los guantes y cogiendo el recipiente. Estaba pesado, y lo inclinó con sumo cuidado—. Allá vamos…

7

Patrick

Las escaleras lo llevan varios pisos hacia arriba. En cada rellano hay una estrecha ventana, pero no es hasta que llega al final que se encuentra frente a una puerta.

Escucha brevemente, pero no oye nada al otro lado.

Llama suavemente.

La puerta se abre casi de inmediato. Angi lo mira desde el umbral. No es tan alta como le había parecido al principio —quizá porque ahora está descalza, con los zapatos tirados a un lado.

—Vaya, has venido —dice.

—Sí —sonríe Patrick—. Hasta rechacé un pastel de arándanos solo para verte otra vez.

—Estoy halagada. Seguro que la esposa del pastor hace un pastel de muerte. Pero yo tengo algo aún mejor.

Abre del todo la puerta para mostrar lo que sostiene en la otra mano: una gran botella de vino.

—No es gran cosa, pero oye, al menos es gratis.

Le ofrece la botella y Patrick la toma.

—¿Me vas a dar un vaso?

Angi sonríe con picardía.

—¿Qué pasa, tienes miedo de intercambiar un poco de saliva conmigo?

Patrick la mira fijamente a los ojos. Sus iris son oscuros, casi negros, y siente cómo la sangre le baja directamente a la entrepierna.

—En absoluto —dice, dando un trago directamente de la botella sin apartar la mirada.

Ella sonríe.

—Así me gusta.

Le quita la botella y se da la vuelta.

Patrick echa un vistazo a la habitación. Parece una especie de sala de campanario moderno. Aunque la iglesia no tiene campana como tal, cuenta con una digital, como delatan la consola y el ordenador situados junto a la pared este. Otra pequeña ventana deja ver un gran altavoz colocado justo bajo el tejado.

La habitación no es grande, pero Angi la ha hecho acogedora. Hay velas encendidas en una estantería, suena música suave desde un transistor, y la luz del sol poniente lo baña todo de naranja. En el suelo hay un colchón amplio, y el aire huele dulcemente a perfume y vino.

Angi lo mira.

—¿Vas a entrar?

Patrick se da cuenta de que se ha quedado como embobado. Se quita los zapatos y entra. Al cerrar la puerta tras de sí, una voz interior le pregunta: ¿Qué demonios haces aquí?

La respuesta, se da cuenta, es muy obvia. Ha venido a la habitación de Angi porque ella lo ha invitado. Y porque le vendría bien desahogarse.

Se acerca a ella y le quita la botella de las manos. Bebe otra vez, esta vez un trago largo que se lleva casi todo el contenido.

Se limpia la boca con la manga, eructa y le devuelve la botella.

—Ahora hablamos en serio —ríe Angi—. Quédate con ella, tengo otra.

Hace un gesto con la cabeza hacia una esquina, donde Patrick ve tres botellas más alineadas, aparentemente sin abrir.

—Esa es la ventaja de colarse en una iglesia —se encoge de hombros—. Hay mucho vino de altar.

—Nunca me había emborrachado con la sangre de Cristo —murmura Patrick, dando otro trago—. Pero lo intentaré.

Se gira hacia la ventana, entrecerrando los ojos ante el resplandor del horizonte.

—Tienes buenas vistas desde aquí.

—No lo sé —responde Angi, colocándose detrás de él—. No me atrevo a mirar.

Patrick resopla y la mira de reojo.

—¿Por qué no? ¿Eres una vampiresa?

—No. No es el sol lo que me da miedo.

Patrick se da la vuelta para enfrentarla. Está muy cerca ahora, mirándole hacia arriba. Su expresión parece inocente, aunque no hay nada inocente en sus ojos oscuros en ese momento.

—¿Y qué es lo que te da miedo, entonces?

Ella baja la cabeza, y durante un segundo, a Patrick le parece que se pone triste. Luego siente su dedo recorrer su cinturón, deteniéndose justo en la hebilla. Ella alza la vista y arquea las cejas.

—¿Qué teme todo el mundo hoy en día? Todo el que no está… bendecido.

—Ajá —murmura Patrick, notando un agradable cosquilleo en la frente—. No eres inmune.

—Espero que sepas guardar un secreto —susurra ella, desabrochándole el cinturón—. Si no, el pastor me echará de aquí antes de que puedas decir "Ave María"…

Patrick se pasa dos dedos por los labios, como imitando una cremallera.

—Me lo llevo a la tumba.

Angi echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—No hace falta que seas tan dramático —dice—. Esta noche no va a morir nadie.

—No estoy tan seguro —responde Patrick, sin saber muy bien qué quiere decir. Ni le importa. Solo quiere emborracharse y follar.

—Cállate de una vez, Patrick —dice Angi, poniéndose de puntillas y atrapando su boca en un beso.

8

Lisa

No consigue quedarse quieta en ningún sitio. Es como si algo la empujara de un lado a otro. No para de deambular por la casa, yendo de una habitación a otra. Siempre que pasa por la cocina, abre la nevera. No hay nada que le apetezca comer. Solo busca una distracción. Cualquier cosa que haga desaparecer ese miedo persistente que la roe por dentro.

Apenas durmió en toda la noche. No paraba de despertarse de pesadillas turbias y desagradables. Soñó con Nicoline. Oyó su voz, vio su figura deslizarse por la habitación, escondiéndose en las sombras. Hasta que, finalmente, se incorporó y encendió la luz, solo para asegurarse de que realmente estaba soñando. Pasó el resto de la noche sentada, vigilando con atención cada sombra que se movía en el cuarto.

Ni Gina, ni Patrick, ni Tommy han regresado. Como solo quedan cinco personas en la casa, el desayuno fue aún más silencioso e incómodo de lo habitual. La madre de Lisa intentó iniciar conversación un par de veces, pero Otto y los gemelos evitaron su mirada. Lisa está bastante segura de que Otto tampoco durmió anoche, a juzgar por su palidez y las medias lunas oscuras bajo los ojos.

Anton y Victor probablemente estén preocupados por su madre — al menos Anton. Victor parece más preocupado por Patrick. En la

mesa del desayuno, no dejaba de mirar el móvil, murmurando cosas como:

—Aún no me ha escrito…

Su madre intentó hablar con ella un par de veces sobre los fantasmas, pero Lisa esquivó el tema. Desde que Nicoline le prometió matar a su madre si hablaba de sus sospechas sobre Tommy, Lisa decidió no decir nada. Al menos no hasta que Gina regrese. Con la protección que parece ofrecer su presencia contra los fantasmas, Lisa se sentiría más dispuesta a contarle a los demás que Tommy está claramente bajo la influencia de su espectro. Pero mientras siga completamente sola, no piensa correr ese riesgo. ¿Qué podría decirle a su madre? ¿Que Tommy mentía sobre su fantasma? ¿Que sigue viendo a su padre muerto y que eso le está haciendo comportarse de forma extraña? ¿Y qué podría hacer su madre con eso?

Además, Tommy se ha ido, y puede que no vuelva. De hecho...

Lisa se detiene de golpe al percibir un sonido. Estaba cruzando el pasillo, pero ahora mira hacia el vestíbulo de entrada.

¿Ha sido eso...? ¿He oído…?

Juraría haber escuchado los pitidos suaves del cerrojo. Regresa y asoma la cabeza. La puerta principal está cerrada, pero a través de la estrecha ventana lateral, Lisa distingue la sombra de una persona de pie fuera.

Antes de que pueda decir o hacer nada, el picaporte se mueve y la puerta se abre.

Tommy está allí. Lleva una gran bolsa de deporte al hombro. No ve a Lisa enseguida, porque está mirando hacia un lado.

—Ya, lo sé —dice con tono levemente irritado—. Pero ya te he dicho que no hay otra forma de…

Al parecer, al sentir a Lisa, Tommy deja de hablar y la mira. Su expresión se queda en blanco.

—Ah. Hola.

—Hola —dice Lisa. Su corazón se acelera mientras ambos se quedan mirándose fijamente durante unos segundos. Ella se inclina ligeramente, intentando ver quién está ahí fuera.

—¿Con quién estabas hablando? —pregunta, aunque ya conoce la respuesta. Tommy usaba ese tono íntimo, reservado, que ella ya le ha oído antes cuando se dirige a alguien que solo él puede ver. Y si quedaba alguna duda, la expresión culpable de su rostro la disipa por completo.

—Con nadie —dice con calma—. Solo estaba… pensando en voz alta.

—Ah, vale —dice Lisa. No quiere insistir. Está bastante segura de que si presiona a Tommy con preguntas, acabará enfadándolo a él… y a Nicoline. Aun así, no puede evitarlo. Lo ha pillado con las manos en la masa, y ambos lo saben.

—Juraría que estabas mirando a alguien —insiste, negando con la cabeza—. Pero no veo a nadie ahí fuera.

—Porque no hay nadie ahí fuera —responde Tommy, haciendo un gesto con la mano libre—. Ya te he dicho que hablaba solo.

Entra y cierra la puerta tras de sí. Cuando está a punto de pasar junto a ella, Lisa se adelanta, bloqueándole el paso.

—Tommy —dice—. Por favor, mírame.

Él le lanza una mueca de disgusto.

—¿Qué pasa? ¿Vas a interrogarme sobre dónde he estado? Porque mira, mi madre ya está muerta, y no necesito otra.

—Estoy muy preocupada —dice ella, con un nudo en la garganta, fruto del miedo y la tristeza—. Presiento que algo terrible va a ocurrir aquí. Algo que nos arrastrará a todos. Y tú… tú eres quien más me inquieta.

Tommy la observa.

—No tienes que preocuparte por mí. Estaré bien.

—¿De verdad? Porque no pareces estar bien. Pareces… todo lo contrario.

—No me conoces lo suficiente como para...

—Sigues viendo a tu padre, ¿verdad?

La pregunta se le escapa antes de poder frenarla. Su pulso va tan rápido que su vista se le tiñe de rojo por los bordes.

—Es con él con quien hablas. Era él con quien hablabas ahora.

Mira alrededor del vestíbulo.

—¿Está aquí ahora?

Los ojos de Tommy se abren apenas un instante, luego se entrecierran.

—Deberías meterte en tus propios asuntos, Lisa.

Lisa extiende los brazos.

—Entonces dime que me equivoco, Tommy. Dime qué te pasa de verdad.

Tommy se muerde el interior de la mejilla, y por un momento, ella cree que va a sincerarse. Cuando empieza a hablar, su tono es incluso algo amable, como cuando se conocieron.

—Sabes, pensaba preguntarte algo. Quería que vinieras conmigo. Porque me marcho de nuevo, dentro de poco. He encontrado otro lugar donde quedarme. Es un sitio mejor y más seguro que este. Eso es lo que estaba debatiendo conmigo mismo hace un momento. Si era buena idea invitarte. Incluso llegué a considerar permitir que tu madre viniera también. Pero…

Inspira hondo.

—Tenías que estropearlo, ¿verdad? Si te hubieras mantenido al margen, habríamos estado bien. Esa era la única condición que iba a poner. Y la arruinaste antes de que pudiera contártelo. Quemaste la última oportunidad que teníamos, Lisa. Así que ahora tendrás que quedarte aquí con el resto.

Se encoge de hombros.

—Supongo que es lo mejor. De todos modos, probablemente no lo ibas a entender. No me creerías aunque te lo contara todo. Aunque te lo explicara…

—¡Inténtalo! —salta ella.

Él niega con la cabeza, casi con pesar.

—Ya es tarde, Lisa. Dicen que ver para creer, ¿no? Bueno, ya verás a qué me refiero dentro de poco. Es lo mejor que puedo hacer por ti ahora.

Inclina la cabeza y —antes de que Lisa reaccione— le acaricia la mejilla con la mano. El gesto es tierno, pero también, de algún modo, burlón. Sonríe al decir:

—De verdad pensé que teníamos una oportunidad tú y yo. Pero supongo que te has estado tirando a Otto mientras yo no estaba, ¿verdad?

Lisa retrocede.

—¿Qué? No…

—No pasa nada, puedes dejar de fingir. Sé que tú y él tenéis algo, y no estoy enfadado ni nada. Es solo que… es un poco patético que intentéis ocultarlo cuando es tan evidente.

Lisa no puede creer lo que está oyendo. En cuestión de segundos, Tommy ha pasado de estar casi sincero a volverse cruel y sarcástico. La ha pillado completamente desprevenida.

—No hay nada entre Otto y yo. ¿Es por eso por lo que… es por eso que te fuiste? Y aquella vez que actuaste tan raro jugando al Scrabble… Tommy, si todo esto tiene que ver con que crees que siento algo por Otto, entonces…

—Por favor —dice él, ahora con una amplia sonrisa—. No lo hagas personal, Lisa. No se trata de sentimientos tontos. Esto es mucho, mucho más grande que cualquiera de nosotros.

Señala hacia el techo sin apartar los ojos de ella.

—El puto cielo se está rompiendo. El mundo se acaba. ¿No lo has notado?

Lisa da otro paso atrás. Al mirar a Tommy, de repente lo ve con otros ojos. Y por fin lo comprende del todo: está fuera de su alcance.

—Me estás asustando, Tommy —susurra.

—Pues haces bien en tener miedo —responde él, avanzando—. Al menos durante un poco más. La noche es más oscura justo antes del amanecer, ¿no? El amanecer está cerca, Lisa. Y cuando llegue, ya no tendrás por qué tener miedo. De hecho…

Lisa está a punto de darse la vuelta para huir, cuando capta un movimiento detrás de Tommy. Una figura acaba de pasar por la ventana.

—¡Gina! —exclama Lisa.

Tommy se gira de inmediato, casi dejando caer la bolsa del hombro.

—Mierda —murmura. Y cuando Lisa se dirige hacia la puerta, él se le adelanta y desaparece dentro de la casa.

A Lisa ya no le importa. Ver a Gina le ha hecho pasar del hielo al calor en menos de cinco segundos, y justo cuando Gina comienza a

marcar el código, Lisa abre la puerta de golpe.

—Oh —dice Gina, parpadeando—. Hola, Lisa.

Aunque sonríe, Gina parece algo demacrada. Como si hubiera pasado por un infierno. A Lisa le da igual. Sale y la abraza.

—¡Dios, cuánto me alegro de verte, Gina!

—Igualmente —responde Gina, abrazándola brevemente—. Pero he traído a alguien que seguramente te alegrará aún más…

Lisa se aparta para mirarla. Gina le sonríe. Luego gira la cabeza hacia el camino de entrada, y cuando Lisa sigue su mirada, ve a un chico de pie allí. No lo ha visto nunca y, por un instante, se siente confundida.

Entonces se fija en el hombre mucho más alto y corpulento que está detrás. La palabra se le atraganta en la garganta al intentar gritar:

—¡Papá!

9

PATRICK

Patrick intenta despertarse, pero le cuesta. Salta de una pesadilla a otra. Imágenes desagradables destellan en su mente: recuerdos antiguos, horribles, entremezclados con otros más recientes. La cara de Phoebe. Él besándola. Luego, sangre escurriendo de su boca. Le entra a él en la boca. Está caliente. Sabe a vino tinto. Las náuseas lo sacuden.

Se gira justo cuando el vómito le sube por la garganta. Vomita por todo el suelo.

Escupiendo y parpadeando, se encuentra en un colchón en una habitación oscura que no reconoce al instante. Por la ventana estrecha puede ver el cielo estrellado de la noche.

«Estoy en la iglesia», recuerda. «En el campanario. Con…»

Se gira de nuevo y se sobresalta al encontrarse con un par de ojos completamente negros que lo miran fijamente.

—Joder, me has asustado —murmura.

—Lo siento —sonríe Angi. Está apoyada sobre un codo, con la manta cubriéndole solo la parte inferior del cuerpo. No lleva nada puesto, y le acaricia el pecho con una mano—. ¿Te sientes mejor ahora, Patrick?

—Sí —dice, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Oye, nunca te dije cómo me llamaba…

Ella no responde, y cuando él vuelve a mirarla, su sonrisa ha cambiado. Es más ladeada.

—Joder, qué fácil ha sido —dice. Su voz también suena diferente. Un poco más aguda. Más familiar—. Sinceramente, pensaba que tardaría días en llevarte a la cama, pero solo estabas esperando la excusa, ¿verdad?

—Un momento —dice él, incorporándose—. No fui el único que quiso esto…

Angi niega con la cabeza.

—Vamos. ¿De verdad tengo que explicártelo?

Patrick frunce el ceño. Una idea que llevaba rondándole la cabeza desde que vio a Angi por primera vez empieza ahora a cobrar forma.

—¿Nos hemos… nos hemos visto antes?

Angi se ríe. Pero su risa no se parece en nada a la de la noche anterior. Es más un cacareo… como el de Phoebe.

Angi baja la cabeza y, al volver a alzarla, es Phoebe quien le sonríe.

Patrick da un salto, se aleja a trompicones, pisa su propio vómito aún caliente y casi se cae.

—Joder…

—¿En serio, Patrick? —dice el espectro con una sonrisa, sentándose sin el menor intento de cubrirse el cuerpo—. ¿Me vas a decir que no tenías ni idea? ¿Ni siquiera el nombre te dio una pista? Seguro que hasta tú sabes lo que es un anagrama.

—Vete a la mierda —susurra, tambaleándose hacia atrás—. Vete a la mierda por engañarme así…

—Vamos —dice ella, alzando los brazos y haciendo que su pecho se mueva—. El mundo quiere ser engañado, Patrick, así que déjalo.

Patrick se da la vuelta, sin querer mirarla.

—Yo no quería esto… No quería follarme a mi novia muerta…

—No, desde luego que no —dice el espectro, con un tono que se vuelve repentinamente frío—. Tú querías follarte a Gina. Solo tuve que oscurecerle el pelo y hacerla un poco más exótica, y mordiste el anzuelo.

Patrick la mira con el ceño fruncido.

—¿De qué coño hablas? Esa chica… Angi o como se llamara… no se parecía en nada a Gina.

—¿Ah, no? Bueno, supongo que no era su perfume el que llevaba. Ni su camiseta. Ni su voz…

Mientras habla, la voz vuelve a la de la noche anterior, con ese leve rasgueo, exactamente como la de Gina. El espectro alza los brazos.

—Lo siento, Patrick, pero te engañas a ti mismo si no lo ves. La buena noticia es que ya no tienes que preguntarte cómo sería follártela, porque básicamente lo acabas de hacer.

—Ni de coña —gruñe Patrick—. Me he follado a un fantasma. Lo cual significa que no me he follado a nadie, a nada. No he hecho nada en absoluto.

—Probablemente tengas razón en cierto sentido —concede el espectro—. Pero la experiencia fue completamente real. Y fue la experiencia de follarte a Gina. Hasta el más mínimo detalle. Copié todo de ella: sus dedos, su lengua, incluso su coño. A todos los efectos, Patrick, te has tirado a Gina. Bien y a fondo. Y solo unos días después de que muriera Phoebe. ¿Te acuerdas de ella? ¿El amor de tu vida? ¿Te suena?

—No la he… no me he olvidado de Phoebe —murmura.

—Pues no lo parece. Vaya manera de llorar la pérdida de alguien: tirarte a su amiga cuando aún está fría.

—Cállate.

—Está bien que estés enfadado, Patrick. Siempre que entiendas que no es conmigo con quien estás enfadado.

—Cállate de una puta vez o te lanzo escaleras abajo.

El fantasma suelta una carcajada.

—Me encanta cuando te pones dramático.

Patrick va hacia la puerta, pero recuerda que está completamente desnudo y se dirige a recoger su ropa. Se viste tan rápido como puede mientras el espectro sigue sentado allí, observándolo.

—Espero que entiendas el punto que quería demostrarte, Patrick. Aquello de lo que te hablaba antes. Como no me creías, pensé que lo mejor era demostrártelo…

—No has demostrado nada —le escupe entre dientes—. Excepto que eres un maldito monstruo manipulador y que yo soy un imbécil salido. Nada más.

—En la superficie, tienes razón. Pero sabes que esto va mucho más profundo, Patrick. Con doble sentido —suelta una risita—. No, pero sé honesto contigo mismo. Sabías que podíamos cambiar de forma. Gina te lo dijo. Así que aparece esta mujer sexy y misteriosa que no deja de filtrear contigo, e ignoras todas las señales de alarma que te gritaban en la cabeza. Sé que los hombres se vuelven idiotas cuando piensan con la polla, pero esto… esto es de otro nivel. Querías que pasara, Patrick, aunque sabías que algo no cuadraba. Te di la excusa perfecta. Te dejé follarte a Gina sin sentirte culpable. Y ese era precisamente mi punto. Estás colado por ella. Te da igual lo que le hiciera a Phoebe. Solo estás encantado de…

Patrick se lanza sobre el fantasma. Ha participado en muchas peleas en su vida, y casi siempre ha ganado. Nunca ha peleado con una mujer, pero en ese momento le da igual. Intenta agarrarla por el cuello, tirarla al suelo y estrangularla… pero sus manos la atraviesan, y acaba a cuatro patas, mirando al suelo.

«Estoy perdiendo la cabeza…»

—Estás perdiendo la cabeza, Patrick.

«Necesito calmarme. ¿Qué fue lo que dijo Gina? Piensa, maldita sea…»

—Eso es. Piensa en Gina. Es en ella en quien quieres pensar ahora, ¿verdad?

«No se supone que debo luchar contra esto… pero tampoco huir…»

—¿Entonces qué te queda? —pregunta el fantasma con fingida curiosidad—. No puedes partirme la cara, pero tampoco puedes huir. Esas son básicamente tus dos opciones, ¿no te parece?

Patrick entrecierra los ojos, intentando pensar con claridad. Su mente da vueltas. Algo sobre… no resistirse…

—Resiste esto —susurra el fantasma. De pronto está justo detrás de él, usando otra vez la voz de Gina, y le mete la mano en los pantalones.

—¡No! —ruge Patrick, lanzando el codo hacia atrás. Esta vez sí le da al fantasma, de lleno en la mandíbula.

Cae al suelo, y cuando Patrick se gira, ve a Phoebe tumbada allí, desnuda, sorprendida, llevándose la mano al labio partido mientras comienza a sangrar. Sus ojos lo miran con tanto dolor y asombro que a Patrick se le encoge el corazón.

—Lo siento, Phoebe… —las palabras se le escapan sin poder evitarlas.

«Ya no sé qué es real…», piensa.

—¿Cómo pudiste? —pregunta Phoebe, empezando a llorar suavemente—. ¿Cómo pudiste acostarte con ella, Patrick? Ella me mató, por el amor de Dios…

Patrick se tambalea hasta la estantería donde había dejado el arma. Aún está allí. La coge y se gira para ver a Phoebe sentada, sujetándose la boca ensangrentada.

—Dispárame, Patrick —le suplica—. Acaba con esta miseria. ¿Sí? Me has hecho tanto daño que sería un acto de misericordia terminar con todo esto…

Patrick la rodea, va hacia la puerta.

—Por favor, Patrick —dice ella, siguiéndolo con la mirada. Se señala la frente—. Aquí mismo. Ni siquiera lo sentiré.

Patrick alcanza la puerta, la abre de golpe y sale al hueco de la escalera.

Mientras empieza a bajar los escalones corriendo, escucha la voz de Phoebe resonando a su alrededor:

—¡Por favor, Patrick! ¡Ya me mataste! ¡Vuelve y acaba el trabajo! ¡Pooor favoooor!

10

GINA

Volver a ver a sus hijos le produce a Gina un inmenso alivio.

Había sido una locura dejarlos así. Pero no tenía otra opción. Necesitaba saber lo que Franz tenía que contarle. No podía prever que él la abandonaría de esa manera.

—Joder, qué peste —dice John, regresando de la ducha. Lleva ropa limpia y ya no tiene la cara ni las manos sucias. Se ha puesto una nueva gasa sobre los ojos. Karen está en la cocina, friendo huevos y beicon—. Te juro que no pienso volver a comer un solo anacardo en mi vida.

Lisa ríe.

—Te voy a preparar una taza de café, papá.

—Estupendo, gracias, cariño.

La chica va a reunirse con su madre. John tantea hasta llegar a la mesa del comedor. Gina está a punto de levantarse para ayudarle, pero se da cuenta de que John ya se mueve con bastante soltura a pesar de no poder ver, y decide que, mientras no le pida ayuda, no se la ofrecerá. Él fue, y sigue siendo, un hombre fuerte y orgulloso. No hay necesidad de hacerlo sentir más limitado.

Encuentra su silla y se sienta con un suspiro.

—Es bueno estar en casa.

—Totalmente de acuerdo —dice Gina, mirando a sus hijos. Anton está sentado justo a su lado, mientras que Victor se ha colocado

enfrente, en el sitio de Patrick. Está mirando el móvil—. ¿Alguna noticia de Patrick, Vic? —pregunta.

Victor alza la mirada un instante y luego niega con la cabeza. Tiene el ceño fruncido con esa expresión suya tan característica que indica que está realmente preocupado.

—Seguro que está bien —dice Gina—. Sabe cuidarse solo.

—Ya lo sé —murmura Victor—. Pero ¿por qué no escribe? Podría al menos decirnos que está bien.

—Puede que se le haya apagado el teléfono —sugiere Anton—. O que se le haya caído.

Victor guarda el móvil y luego mira a Gina.

—Creo que deberíamos ir allí.

—¿A la iglesia?

—Sí. Puede que Patrick necesite nuestra ayuda.

Gina mira a John. Sabe que está escuchando.

—¿Por qué lo miras a él? —pregunta Victor—. Soy yo quien te está hablando.

Gina parpadea al ver la expresión de ofensa e irritación en el rostro de su hijo. No solo está preocupado por Patrick. También está molesto con ella.

—Siento haber estado fuera tanto tiempo —dice Gina—. Debería haberlo pensado dos veces antes de marcharme así.

—Sí, debiste —gruñe Victor—. Pero esto no va de ti. Patrick sigue ahí fuera y no tenemos ni idea de si necesita ayuda o qué. Podría estar atrapado en el coche, o… lo que sea. Deberíamos ir a buscarlo.

—Es algo que tenemos que hablar —dice Gina—. Tal vez vayamos a la iglesia a ver si Patrick está allí. Pero antes creo que deberíamos comer lo que Karen está preparando.

—A propósito —dice Karen, acercándose a la mesa con una sartén llena de huevos revueltos—. Perdón por repetir lo de siempre. Le puse un poco de comino para darle un toque más exótico.

—Odio el comino —dice Victor, empujando su silla.

—Oh, vaya —dice Karen—. Lo siento, debería haber preguntado…

—Victor, por favor —dice Gina—. Hay beicon.

—No tengo hambre —dice él, levantándose.

—¿Podrías quedarte? —le pide Gina—. Necesitamos hablar todos juntos, y quiero que estés presente.

Victor suspira.

—Otra charla más… te juro que esto es una tortura.

—¿Puedes madurar de una vez? —dice Anton de pronto—. Solo porque Patrick no está no tienes por qué comportarte como un imbécil con mamá.

Victor frunce el ceño.

—Al menos yo no sigo mamando de ella.

Anton se pone en pie.

—Vete a la mierda, capullo.

—Ant —dice Gina, poniéndole una mano en el brazo—. Cálmate, por favor.

—No, mamá —responde él, mirando de ella a Victor—. Lleva con esa actitud de mierda desde que Patrick se fue, y ahora te lo está echando a ti. No es justo.

—¡No quiero sentarme a hablar más! —grita Victor, inclinándose sobre la mesa—. Patrick fue a esa iglesia a buscar a otras personas inmunes. Está haciendo algo, no solo bla, bla, bla, fantasmas por aquí, fantasmas por allá. ¡Chorradas que no nos llevan a ningún lado!

Gina se sorprende de lo enfadado que está Victor, y se da cuenta de que, en realidad, lo que siente es miedo. Que ella y Patrick se marcharan así, sin saber si alguno de los dos volvería, debe de haber sido un golpe muy duro.

—Escucha, cariño —dice con su tono más cálido—. La he cagado. Lo siento. Y vamos a ir a buscar a Patrick si no regresa, te lo prometo.

—¿Cuándo? —exige—. ¿Después de que os metáis una buena comilona entre pecho y espalda? ¿Una siestecita, tal vez? ¿Y si está herido? ¿Lo pensaste? ¿O es que en realidad te importa una mierda?

Anton está a punto de decir algo, pero Gina le aprieta el brazo para que se detenga.

—¡Patrick nos salvó la vida, joder! —sigue Victor, con la voz quebrada. Le están brotando lágrimas de pura rabia—. ¿Lo has

olvidado? ¡Volvió, aunque no tenía por qué hacerlo! ¡Aunque tú mataste a su novia, mamá! Y él…

—¡Mamá no mató a Phoebe! —grita Anton, sin poder contenerse —. ¡Me salvó la vida!

—¡Sí, matándola! —le responde Victor—. Puedes engañarte todo lo que quieras, pero eso es lo que hizo.

—¿Y tú qué habrías hecho? —replica Anton, jadeando—. ¿Me habrías dejado morir?

—Yo… —Victor se interrumpe, negando con la cabeza—. Esto no sirve de nada.

—Estoy de acuerdo —dice Gina, mirando a sus hijos—. Por favor, sentémonos y respiremos hondo.

—Respira todo lo que quieras —gruñe Victor, dándose la vuelta—. Yo me largo.

—¡Vic! —llama Gina—. No puedes salir de la casa.

Él se gira un instante, con el desprecio dibujado en el rostro.

—No voy a salir. Voy al baño. Y ¿sabes qué? No pienso desaparecer durante todo un día, tampoco.

Y dicho eso, se marcha de la habitación.

11

PATRICK

—¿Thomas? … Eh, Thomas… Despierta…

El gordo gruñe mientras Patrick lo sacude. Se da la vuelta y lo mira desde abajo.

—Eh, tío… ¿qué pasa?

—Nada —responde Patrick en voz baja—. Pero necesito tu ayuda.

La habitación está en penumbra y el aire resulta sofocante. La ventana ha sido clavada y sellada con una tabla improvisada: una mesa sin patas. Afuera, empieza a amanecer.

—Claro —dice Thomas, apartando la manta de un manotazo y dejando caer las piernas al suelo con un quejido—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que irme. Ahora mismo. Acabo de comprobarlo, y la tía que hace de vigía sigue ahí. Pero me da igual. Voy a salir corriendo.

Thomas se frota un ojo con la base de la mano y mira a Patrick con el otro.

—Eso suena a una idea de mierda, colega. ¿Por qué tanta prisa de repente?

Patrick ya esperaba esa pregunta.

—Acaban de llamarme de la casa. Me necesitan. Es una emergencia.

Los ojos de Thomas se abren más.

—Joder. ¿Los ciegos han conseguido entrar?

—No lo han dicho, pero tengo que volver lo antes posible.

—Vale, vale… déjame pensar un momento…

—Ya lo tengo todo planeado —dice Patrick—. Solo necesito un compañero. Mira, esto es lo que vamos a hacer: salimos los dos a la vez. Cuando lleguemos al coche, le clavo esto en el puto cuello… — Patrick muestra el cuchillo de pan que cogió de la cocina, y Thomas se echa hacia atrás.

—Oye, colega. ¿Estás seguro?

—Totalmente. Sé que suena brutal, pero solo hay que cortarle la tráquea. Así no podrá gritar para avisar a los demás. Tú te metes en el coche, y en cuanto la apuñale, arrancas el motor. Luego yo me subo y nos vamos. Si lo hacemos bien, estaremos fuera antes de que los demás ciegos se enteren. Pero hay que hacerlo rápido.

Mira fijamente a Thomas. El tipo se frota el ojo con la palma.

—No lo sé, tío… joder, estaba teniendo el mejor sueño…

—Escucha, sé que todo esto te está cayendo de golpe. Pero voy a hacerlo, contigo o sin ti. Preferiría mil veces que vinieras. Me daría muchas más posibilidades de lograrlo. Si alguien me pilla mientras me encargo de la mujer, puede que ni siquiera consiga llegar al coche, y entonces estaré jodido…

—Vale, vale —dice Thomas, levantándose—. Déjame vestirme… ¿Dónde están mis pantalones?

—Gracias, tío —dice Patrick, recogiendo los pantalones del suelo y lanzándoselos—. Me salvas la vida.

—Imagino que no le has contado nada al pastor sobre esto —dice Thomas mientras se viste.

—No, no quiero preocuparlos. Podemos llamarlos cuando lleguemos a la casa segura.

En cuanto Thomas está vestido, salen de la habitación y cruzan el edificio sigilosamente.

—¿Y ese destornillador? —pregunta Thomas, al ver lo que Patrick lleva en la mano.

—Ya verás.

—Joder, acabo de darme cuenta: no vamos a poder cerrar las puertas con llave desde fuera —dice Thomas, deteniéndose de golpe.

—No pasa nada, ya lo pensé —responde Patrick—. Vamos a salir por el baño. La ventana es lo bastante grande, y como está tan alta, ningún ciego intentará entrar por ahí.

Se dirigen al baño por el que miles de feligreses habrán pasado durante los años. La ventana está al alcance si se suben al váter, y está bloqueada por una tabla de madera. Patrick afloja los tornillos y retira la tabla. Luego abre la ventana y echa un vistazo afuera. El aire de la mañana es fresco y el césped está cubierto de rocío. El coche está ahí mismo, incluso más cerca que si hubieran usado la puerta principal. La mujer también sigue allí.

—Perfecto —susurra Patrick—. Ahora solo hay que salir sin hacer mucho ruido. Yo salgo primero, y luego te ayudo a bajar. ¿Vale?

—Vale —dice Thomas, algo dubitativo ante la idea de trepar por la ventana.

Patrick deja caer el cuchillo sobre la hierba, luego escala y salta. Aterriza doblando las rodillas todo lo posible, sin hacer apenas ruido. Inmediatamente mira hacia la mujer tumbada frente al coche. No se ha movido ni un milímetro. Revisa ambos lados. No hay ciegos a la vista.

«No me han oído. Hasta ahora, todo bien.»

—Vale, te toca —susurra hacia la ventana.

Las manos de Thomas aparecen primero, seguidas de su rostro. Tiene el gesto contraído por el esfuerzo de pasar. Gime y resopla, intentando no hacer ruido, aunque sin conseguirlo del todo. Patrick mantiene la vista fija en la mujer. Ella sigue sin moverse.

«Tal vez esté muerta de verdad. Eso lo haría todo mucho más sencillo.»

Pero no cree que hayan tenido tanta suerte.

—Ayúdame, tío —jadea Thomas, colgado a medio salir—. No puedo darme la vuelta.

Patrick se guarda el cuchillo en la parte trasera del cinturón, alza los brazos y agarra a Thomas. Entre los dos logran ayudarlo a salir por completo. Más que un salto, es una caída controlada que casi aplasta a Patrick: Thomas le cae en parte sobre el estómago, le saca el aire de los pulmones y le arranca un resoplido ronco.

—Shhh —le sisea Patrick, tapándole la boca con la mano.

Pero ya es tarde.

Mira hacia la mujer, que empieza a moverse.

—¡Mierda! —dice Patrick—. Vale, plan B. ¡Vamos!

Ayuda a Thomas a ponerse en pie y corre hacia la mujer. Atraviesa el césped húmedo, y por un momento parece que va a conseguirlo. La mujer se incorpora, parpadeando con sus ojos ciegos, como si despertara de un sueño ligero. Patrick saca el cuchillo y lo sujeta como una lanza, dispuesto a clavárselo en la garganta. Pero en el último segundo, resbala sobre la hierba y pierde el equilibrio. Aun así, logra apuñalarla, aunque la hoja se le clava en la mejilla.

La mujer abre la boca y grita, preparándose para lanzar un alarido completo, y Patrick puede ver el cuchillo ensangrentado dentro de su boca. Tira del arma hacia atrás mientras ella intenta agarrarlo, y luego le corta el cuello de un tajo. Funciona justo como esperaba. El cuchillo de pan se abre paso a través de la piel y el tejido blando del cuello, interrumpiendo el grito y transformándolo en un sonido burbujeante.

La mujer se aferra a la pierna de Patrick, y él le da una patada en la sien con la otra rodilla, derribándola.

El motor del coche ruge en cuanto Thomas gira la llave. Patrick lanza el cuchillo lejos y corre hacia la puerta del copiloto. Al rodear el vehículo, siente un vuelco en el estómago: los ciegos se aproximan desde todas las direcciones.

Abre la puerta de un tirón, se lanza al interior y le grita a Thomas que acelere. Pero Thomas no necesita que se lo digan. Incluso antes de que Patrick haya cerrado por completo la puerta, el coche ya está en marcha, con los neumáticos chillando sobre el asfalto.

Patrick mira por el parabrisas: un grupo de ciegos se lanza sobre el capó.

—¡Agárrate! —gruñe Thomas, aferrado al volante.

Atropellan a los ciegos, que se estrellan contra la parrilla, ruedan por el capó o quedan atrapados bajo las ruedas. El coche da tumbos, derrapa y por poco se estrella contra una farola. Durante un segundo aterrador, Patrick está convencido de que van a estrellarse.

Pero, de repente, están libres.

Mira hacia atrás y ve la calle abarrotada de ciegos, todos mirando en su dirección.

—Madre mía —murmura Thomas, mirando del retrovisor a Patrick. Está sudando, pero sonríe—. Lo conseguimos. No me lo creo. Lo conseguimos.

12

TOMMY

Mientras corre por el pasillo, oye a Lisa exclamar:

—¡Dios, qué alegría verte, Gina!

Gina responde algo que Tommy no alcanza a oír, pero con solo escuchar su voz, ya se siente incómodo. Si quedaba alguna duda en su mente de que Gina era el problema, desaparece en ese instante.

—¿Qué te dije, Tom-Tom?

Al mirar hacia atrás, ve la cama del hospital rodar por el pasillo justo detrás de él.

—Sí, lo sé —murmura Tommy—. Es a ella a quien tenemos que atrapar. Los demás son más bien irrelevantes.

Se ajusta la bolsa al hombro. Pesa bastante más de lo que había previsto. Durante el trayecto a la casa, su padre se ofreció a llevarla, así que Tommy la dejó sobre la cama, a los pies de sus piernas pálidas. Fue agradable, simplemente caminar junto a la camilla. Pero ahora que han vuelto a casa, le toca cargar con ella si no quiere levantar sospechas. Por suerte, no tendrá que hacerlo por mucho tiempo. Sabe exactamente adónde llevarla. Su primera parada es su propia habitación.

Abre la puerta y se detiene en seco.

Otto está tumbado en la cama, leyendo un libro. Lo mira y alza las cejas.

—Ah, hola. ¿Has vuelto?

—¿Qué me delató? —resopla Tommy, entrando en la habitación—. Pensé que te habías mudado al cuarto de Lisa.

Otto se incorpora, parpadeando.

—No. ¿Por qué iba a hacer eso? —Parece genuinamente confundido por la pregunta.

«Sí, claro, sigue fingiendo que no te la estás tirando, imbécil», piensa Tommy.

—¿Dónde has estado? —pregunta Otto, mientras Tommy cierra la puerta tras de sí, dejando a su padre en el pasillo. Incluso antes de darse la vuelta, ya siente que la cama del hospital ha reaparecido dentro de la habitación. Y, efectivamente, allí está, detrás de la cama de Otto, junto a la pared, medio oculta en las sombras. Otto, por supuesto, no se da cuenta. Solo sigue mirando a Tommy.

—Estaba preocupado por ti. Pensé que te habías hecho daño.

—Nah, estoy bien —se encoge de hombros Tommy, quitándose la bolsa y colocándola con cuidado sobre su propia cama—. Sé cuidarme solo.

—Entonces… ¿a dónde fuiste?

Tommy ya se esperaba esas preguntas, y se había preparado durante el camino.

—Fui a dar un paseo. Dormí en el centro comercial. Aún quedaba mucha comida que nadie había saqueado. Pasé la noche allí. Y luego decidí que era hora de volver a casa.

—Ah, vale —dice Otto—. Oye, yo… lo siento mucho si fue algo que dije o hice lo que te hizo marcharte.

Tommy resopla y agita la mano.

—Venga ya, no te preocupes. Solo fue un malentendido.

Las palabras suenan tan forzadas como el gesto.

—¿De verdad? —pregunta Otto—. ¿Estás seguro? Parecías muy enfadado con nosotros.

—Sí, no estaba de buen humor. Me dolía la cabeza. Pero ya estoy mucho mejor. He tenido tiempo para pensar. Solo necesitaba estar solo un rato, ¿sabes? Una especie de claustrofobia o lo que sea. No estoy acostumbrado a vivir en espacios tan reducidos, rodeado de gente todo el tiempo.

Otto asiente despacio.

—Sé a lo que te refieres. Es un poco agobiante no poder salir de la casa.

—Pero podemos —dice Tommy, sonriendo—. Nadie manda sobre nosotros, ¿sabes?

—Ya, pero Gina dijo…

—Gina no manda —lo corta Tommy, con la sonrisa tensándose—. Ella se cree que sí, pero le espera un buen...

—Cuidado, Tom-Tom.

Su padre habla inusualmente alto, y Tommy da un respingo.

Otto —al parecer dándose cuenta de que Tommy ha oído algo— mira hacia la ventana, y luego vuelve a mirar a Tommy.

—¿Qué pasa?

—Solo… escuché la voz de Gina —murmura Tommy—. Creo que ha vuelto.

Otto se pone de pie, con la cara iluminada.

—¿En serio?

—Sí. Deberías ir a saludarla.

Otto no necesita más invitación. Ya se dirige a la puerta. Como un maldito crío que se entera de que su mamá ha vuelto del trabajo. Al pasar junto a Tommy, algo le llama la atención.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunta.

Tommy también tiene esa respuesta preparada.

—Conservas. Traje todo lo que pude cargar.

—Ah, genial. Gracias por pensar en nosotros, Tommy.

Tommy vuelve a sonreír. Esta vez, la sonrisa le parece aún más falsa.

—De nada, colega. Anda, ve a ver a Gina.

Otto asiente y sale de la habitación.

13

PATRICK

—¿Es aquí? ¿Este es el sitio?

Patrick apaga el motor y le sonríe a Thomas.

—Sí, lo sé. No parece gran cosa. Pero de eso se trata. Vamos, tío.

Ambos salen del coche y, tras comprobar que la calle está vacía, suben por el camino de entrada.

Después de escapar de la iglesia, Patrick fingió recibir una llamada desde la casa segura. Actuó como si alguien le contara que la emergencia se había resuelto.

—Al parecer, el ciego que intentaba entrar simplemente cambió de opinión y se fue.

—Esa sí que es una buena noticia —dijo Thomas con una sonrisa —. Supongo que no hacía falta que nos jugáramos la vida, entonces.

—No, supongo que no —murmuró Patrick—. Pero me alegro de que hayas venido conmigo.

Thomas lo miró de reojo.

—Aún no tengo claro si me quedaré con vosotros. Al menos necesito llamar a casa.

—Claro, eso depende de ti. Pero espera a ver el sitio. Creo que vas a querer quedarte.

Si Thomas sospechaba que Patrick le había mentido sobre la urgencia repentina o la llamada falsa, no lo expresó. Patrick se sentía aliviado solo por estar de vuelta.

—Espero que no hayan hecho alguna estupidez como cambiar el código —murmura al llegar a la puerta principal. Teclea la combinación.

La cerradura hace clic y abre la puerta.

—Perfecto —hace un gesto para que Thomas entre primero—. Bienvenido.

Thomas gruñe, pasa junto a él y observa el vestíbulo. Patrick puede notar que aún no está impresionado, y lo entiende. Él mismo sintió lo mismo la primera vez que llegó. De no ser por la insistencia de Gina en que la casa era muy segura, se habría dado la vuelta y habría empezado a buscar otra cosa.

—Parece que Gina ha vuelto —murmura Patrick, al notar sus zapatos—. Así que estamos todos. Y parece que incluso ha traído compañía…

Patrick señala los dos pares de zapatos de hombre que no había visto antes.

—Mira, si no queda sitio para mí… —empieza Thomas.

—No era eso lo que quería decir. Hay sitio de sobra. Vamos.

Mientras avanzan por el pasillo, Patrick oye a Gina hablando en el salón. También hay un par de voces más. Karen, y la de un hombre que no logra identificar. Justo cuando está a punto de entrar, otra voz lo llama desde atrás:

—¡Patrick!

Se da la vuelta justo cuando Victor corre hacia sus brazos.

—¡Eh! —dice Patrick sonriendo y abrazando al niño—. Me alegra verte, tío.

—Tenía miedo de que no volvieras —dice Victor mirándolo—. ¿Por qué no me escribiste?

—Lo siento, estaba… un poco ocupado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Solo un poco cansado.

Victor parece satisfecho con la respuesta. Luego mira a Thomas.

—¿Quién eres tú?

—Thomas —responde, tendiéndole la mano—. Encantado de conocerte.

Victor mira primero a Patrick y luego le estrecha la mano a Thomas.

—Thomas se quedará con nosotros. Me ayudó a salir del lío en el que me había metido. Si no fuera por él, todavía estaría allí.

Victor asiente.

—Bueno, vamos a saludar —continúa Patrick, girándose hacia el salón, donde los demás siguen conversando.

—¿Patrick? —dice Victor.

—¿Sí?

El niño mira hacia el final del pasillo.

—Quería contarte algo.

—¿Qué pasa?

—Acabo de ver a Tommy. Él, ehm… no sé, parecía muy… —Victor suspira—. Es difícil de explicar.

—Dilo sin rodeos —dice Patrick, frunciendo el ceño—. ¿Qué has visto?

—Vale, pues… yo estaba en el baño —explica Victor, señalando—. Y justo había abierto la puerta, cuando vi a Tommy salir de su habitación. Llevaba una bolsa grande, pesada, y miró de un lado a otro del pasillo, como si fuera un ladrón o algo así. No me vio, porque me escondí en el último momento. Luego corrió al dormitorio principal y cerró la puerta con llave. Solo pienso que… —Victor se muerde el labio—. Me pareció muy sospechoso. Como si tramara algo, ¿sabes?

Patrick mira hacia el pasillo. La puerta del dormitorio principal está cerrada.

—¿Sigue ahí?

—Sí, ocurrió hace como dos minutos. Estaba escuchando tras la puerta cuando os vi entrar. Creo que oí… algún tipo de aparato eléctrico —se encoge de hombros—. No tengo ni idea de qué está haciendo ahí dentro, pero me pareció muy raro.

—Buen ojo —murmura Patrick, mirando del salón al otro extremo del pasillo.

—¿Le… le decimos a mamá y a los demás? —propone Victor.

—No, no creo que debamos —decide Patrick—. Podría no ser nada. No hace falta preocuparlos. Lo comprobaré yo.

—Voy contigo —dice Victor de inmediato.

Patrick se dirige con paso firme a la puerta del dormitorio principal, se acerca y escucha. Percibe ruidos al otro lado. Alguien hurgando. Toma el pomo e intenta abrir, pero está cerrado.

—¿Tommy? —pregunta—. ¿Eres tú?

Ninguna respuesta. Los ruidos cesan. Quien sea que esté dentro, lo ha oído.

—Toma —dice Victor, levantando una llave—. La cogí del baño. Debería encajar.

14

TOMMY

Tommy se queda sentado, esperando un momento. Puede oír la respiración de su padre a través del respirador, y espera que comente algo sobre la conversación que acaba de tener con Otto. Pero no lo hace. En lugar de eso, al cabo de un minuto, dice:

—Creo que ha llegado el momento, Tom-Tom. Me parece que están todos en el salón ahora mismo.

Tommy vuelve a colgarse la bolsa de deporte al hombro, se acerca a la puerta y la abre con cuidado. Echa un vistazo al pasillo. Está vacío. Desde el salón le llegan voces. Su padre parece tener razón: por la cantidad de voces que escucha, seguramente estén todos allí.

Así que cruza el pasillo hasta el dormitorio donde duermen Lisa y su madre. La puerta está entreabierta, y Tommy se asegura de que la habitación esté realmente vacía antes de empujarla por completo. Entra, cierra la puerta con suavidad y se dirige a las puertas correderas a los pies de la cama. Sabe que el lado izquierdo da acceso a un armario normal, así que deja la bolsa en el suelo y empuja la puerta derecha. John les había enseñado cómo funcionaba cuando llegaron, y Tommy todavía recuerda el código. Teclea las cinco cifras, escucha cómo se activan los cerrojos y ve cómo la puerta metálica se desliza, revelando la escalera de acero iluminada por lámparas anaranjadas.

El corazón de Tommy va a mil por hora. No para de mirar hacia la puerta del pasillo, esperando que alguien entre en cualquier momento y lo pille con las manos en la masa.

—Todo va bien, Tom-Tom —le tranquiliza su padre desde el otro extremo de la habitación—. Yo vigilo. Te aviso si viene alguien.

—Gracias —susurra Tommy, adentrándose en la escalera. En la pared hay una pantalla. John no les explicó cómo cambiar el código, pero Tommy está bastante seguro de que puede averiguarlo. Resulta que el menú es muy intuitivo, y lo guía fácilmente por el proceso. En menos de treinta segundos, ha cambiado y confirmado el nuevo código.

«Perfecto. Ahora solo yo puedo abrir la puerta.»

Sale de la escalera, dejando la puerta secreta entreabierta. Luego desliza la hoja izquierda del armario. En la parte superior hay estantes con ropa doblada; en la inferior, una barra metálica de la que cuelgan abrigos y vestidos. Tommy aparta la ropa por el centro, dejando al descubierto el fondo. Hay un par de cajas de zapatos. Las saca y las aparta. Después abre la bolsa de deporte y extrae el destornillador eléctrico. De los bolsillos se saca cuatro tornillos largos.

Por último, saca el contenedor. Está frío y pesa más de lo que recordaba. Lo manipula con sumo cuidado para no dejarlo caer mientras lo acomoda en el fondo del armario. Luego toma el destornillador y, con manos temblorosas, atornilla los cuatro tornillos a través de los orificios que había hecho previamente en el metal, fijándolo directamente al suelo de madera.

Cuando termina, prueba a levantar el contenedor de metal. No se mueve ni un milímetro.

—Perfecto, Tom-Tom. Ahora… —Su padre se detiene un instante. Luego, con voz tensa—: Alguien viene. Date prisa, hijo.

Tommy agarra el destornillador y la bolsa, y los coloca dentro del armario. Vuelve a correr la ropa, ocultando el contenedor metálico.

Alguien toma el pomo e intenta abrir la puerta.

—¿Tommy? — dice la voz de Patrick—. ¿Estás ahí dentro?

Cierra la hoja izquierda del armario y da gracias al cielo por haber dejado abierta la entrada secreta: gracias a eso, puede saltar

directamente a la escalera. Estira el brazo y desliza la puerta metálica, cerrándola tras de sí y ocultándose por completo.

Justo cuando la hoja encaja en su sitio, oye cómo una llave cae al suelo, seguida del clic de la cerradura al girar. La puerta de la habitación se abre. Han usado otra llave desde el otro lado.

Tommy se vuelve hacia la pantalla en la pared. Hay un botón que dice **LOCK**. Si lo pulsa, la puerta se cerrará y quedará bloqueada. Pero hará ruido. Y quien sea que esté dentro sabrá que él está ahí.

«Por favor, márchense. Por favor, daos la vuelta y marchaos», piensa Tommy.

Tommy se queda quieto, temblando como una hoja, escuchando con atención, el dedo suspendido sobre el botón de bloqueo.

Todo está bien, Tom-Tom —le dice su padre en su mente—. Solo quédate completamente quieto.

Entonces, la voz de Patrick:

—¿Tommy? ¿Estás ahí?

Tommy aprieta los labios. Puede saborear el sudor que le corre por la cara.

—¿Seguro que lo viste entrar aquí, Vic?

La voz de Victor:

—Estaba casi seguro, sí. Pero… tal vez salió otra vez.

—Vale, vamos a revisar las otras habitaciones. Thomas, tú revisa el...

—Espera. ¿Qué hacen esas cajas ahí, junto al armario?

A Tommy le palpita el corazón con tanta fuerza que casi le duele. El zumbido en sus oídos lo deja casi sordo, pero aun así alcanza a distinguir unos pasos que avanzan por la habitación, cada vez más cerca.

«¡Ahora, Tom-Tom! ¡Pulsa el botón!»

Tommy lo pulsa.

La puerta metálica emite un siseo bajo de inmediato, pero parece que tarda una eternidad en empezar a cerrarse, y cuando finalmente lo hace, se mueve con desesperante lentitud.

Tommy no puede hacer más que quedarse allí, mirando. Para su horror, la puerta corredera se desliza y, mientras la puerta metálica

se cierra, ve a Patrick al otro lado, con Victor justo detrás, ambos mirándolo con sorpresa.

—Tommy, qué coño... —empieza Patrick, estirando una mano.

Entonces la puerta se cierra por completo, los cerrojos encajan con un chasquido.

Tommy jadea, da un paso atrás y casi cae por la escalera.

Oye a Patrick teclear el código… el antiguo. La pantalla emite un pitido, pero la puerta no se abre.

—¿Qué coño...? —La voz de Patrick suena lejana, aunque esté gritando—. ¡¿Tommy?! ¿Qué estás haciendo? ¡Abre, hombre!

Resuenan unos golpes sordos al otro lado. Patrick está intentando entrar, tal vez a patadas. Pero no le inquieta: resistirá. Esa puerta es tan sólida como una roca.

«Lo logré. Ya está. Estoy a salvo.»

Patrick vuelve a intentar el código y luego grita de nuevo.

Tommy se agacha, recoge el mando a distancia, y se da la vuelta para bajar por las escaleras, con las piernas tan temblorosas que amenazan con fallarle a cada paso.

15

PATRICK

Patrick deja de dar patadas a la puerta al darse cuenta de que, por supuesto, es inútil. Esa maldita cosa está hecha para resistir una pequeña explosión nuclear. No hay forma de que consiga hacerle ni un rasguño.

—Joder —murmura, dándose la vuelta para mirar a Thomas y a Victor—. Está tramando algo, sin duda. ¿Visteis sus ojos, verdad? Quiero decir, estaba completamente ido.

Thomas asiente.

—No había visto nunca a ese tipo antes, pero desde luego no tenía buena pinta.

—¿Qué hacemos? —pregunta Victor.

—Bueno, no podemos llegar hasta él —dice Patrick, pasándose una mano por la mandíbula. Realmente necesita afeitarse—. A menos que decida salir él solo. Pero podemos hablar con él... —Alza la vista al techo, siguiendo la moldura que recorre toda la sala, hasta que ve la cámara. Es muy pequeña y está integrada en la pared, casi imperceptible. Justo al lado hay un diminuto altavoz—. ¿Tommy? ¿Me oyes, colega?

Hay un momento de silencio. Los tres se quedan ahí parados, esperando una respuesta. Pero no llega ninguna.

—Tommy, escucha, sé que puedes oírme —continúa Patrick—. Solo quiero hablar. Cuéntame qué pasa. ¿Qué te está molestando?

Podemos ayudarte… sea lo que sea.

Tras una larga pausa, justo cuando Patrick empieza a pensar que Tommy no responderá, su voz suena de repente por el altavoz:

—No soy yo el que necesita ayuda, colega.

Pronuncia esa última palabra con tono burlón.

—Vale, pues… dime qué tienes en mente. ¿Por qué te encerraste ahí abajo? ¿Tienes miedo de que ocurra algo malo?

Tommy se ríe. Es una risa breve, ronca y sin alegría.

—Algo malo ocurrirá, pero no tengo miedo. Aquí abajo estoy a salvo.

Patrick siente cómo se le contrae el escroto, mientras el nivel de estrés se dispara y su cuerpo se prepara para la acción. El problema es que no sabe cuál debería ser esa acción. Lo único que sabe es que Tommy ya no está en su sano juicio. Ha hecho algo serio, y tienen que averiguar qué es antes de que sea demasiado tarde.

—Espero que no hayas hecho nada que nos perjudique —prosigue Patrick, esforzándose al máximo por mantener un tono calmado—. No harías eso, ¿verdad? Somos tus amigos, ¿recuerdas?

Incluso mientras habla, la mente de Patrick repasa todos los escenarios posibles.

¿Podría haber provocado un incendio?

No, hay detectores en cada habitación, y ya habrían detectado el humo.

¿Algún tipo de gas tóxico, entonces?

Eso tendría sentido... ¿no dijo Victor que llevaba una bolsa pesada? Quizá haya encontrado un bidón de amoníaco o cloro o algo así. Si lo ha escondido en algún sitio y ha abierto un poco la válvula, el gas podría estar llenando la casa ahora mismo sin que lo noten.

Patrick observa las cajas de zapatos en el suelo. ¿Qué motivo tendría Tommy para sacarlas del armario antes de esconderse en el sótano?

—No sois mis amigos —grita Tommy—. No tenemos absolutamente nada en común. No lo entendéis. Pero lo haréis.

Patrick no aparta la vista de las cajas. Respira con tanta fuerza que empieza a marearse.

Esto no pinta bien. Hay algo muy peligroso escondido en ese armario.

—¿Patrick? —dice Victor, en algún punto cercano—. Patrick, creo que deberíamos irnos. Creo que estamos en peligro.

—Sí, yo estoy con el enano —interviene Thomas, yendo hacia la puerta—. Yo me largo de aquí.

Patrick mira hacia la puerta corredera de la izquierda. La que sigue cerrada.

Tengo que saberlo.

—Patrick, por favor, salgamos de aquí…

—Id vosotros —dice Patrick—. Ve a buscar a tu madre. Decidles a todos que se larguen de la puta casa. Ahora mismo.

Patrick no se gira para comprobar si Victor le hace caso. Pasa por encima de las cajas de zapatos, estira la mano y empuja la puerta corredera.

—Caliente, caliente —dice Tommy por los altavoces. Su voz tiembla un poco. Patrick no sabe si es nerviosismo o emoción. Quizá ambas.

Al abrir el armario, Patrick no detecta nada extraño a simple vista. Luego aparta los abrigos, y ve el contenedor. Al principio piensa que ha acertado con la teoría del gas. Pero al mirar más de cerca, se da cuenta de que es solo un cubo metálico. Y por un segundo, cree que Tommy les ha gastado una broma pesada. Al fin y al cabo, ¿qué puede haber en un cubo de basura que sea realmente peligroso?

—¿Qué has hecho, Tommy? —pregunta Patrick, mirando hacia la cámara—. ¿Qué hay ahí dentro?

—Bueno, el nombre científico es trinitrotolueno, pero supongo que eso no significa nada para alguien tan torpe como tú. Así que te lo pongo fácil: empieza por T y acaba en «ka-boom»…

Patrick frunce el ceño.

—¿Me estás diciendo que has llenado eso de TNT? ¿Cómo lo conseguiste?

—Lo hice yo mismo. Casero, si quieres llamarlo así.

Patrick aprieta la mandíbula. Está intentando entender la situación. Se inclina a pensar que todo es una gran farsa. No puede ser que

Tommy haya fabricado un cubo lleno de TNT funcional. Pero por otro lado, no parece que esté mintiendo.

Patrick mira hacia atrás y se da cuenta de que está solo. Desde el salón se oyen voces agitadas.

«Bien, buen chico. Sácalos de aquí, por si acaso.»

Si Tommy realmente planea hacerles daño, y si de verdad ha fabricado una bomba con un cubo de basura, entonces Patrick necesita mantener su atención centrada en él. Tommy tiene una vista completa de todas las habitaciones desde ahí abajo, pero quizá no note que los demás se marchan si Patrick sigue hablando.

—Si te estás preguntando si será eficaz o no, no te preocupes —continúa Tommy—. Seguí una receta muy cualificada, y fui muy cuidadoso. Te aseguro que, en cuanto pulse este botón... bueno, boom!

—Lo siento, Tommy, pero creo que estás faroleando.

—Eres libre de pensar lo que quieras.

—¿Por qué querrías hacernos volar a todos?

—No quiero. Solo creo que a esta casa le vendría bien una claraboya. Ya sabes, con buenas vistas a la grieta de ahí arriba.

Patrick niega con la cabeza.

—Lisa y Karen no son inmunes. Tampoco los gemelos. ¿Por qué les harías esto a ellos?

—Os voy a mostrar la verdad. No es bonita, pero es necesaria. No queréis aceptar las cosas tal como son, así que os obligaré. Créeme, será mejor así.

Patrick apenas lo escucha. Ya no le quedan dudas: el chico está completamente trastornado. Habla como un fanático religioso, como un suicida listo para inmolarse. Y Patrick lo entiende de golpe. Sabe lo que le ha pasado. Quién lo controla.

Su fantasma.

Lo ha atrapado. Lo tiene completamente bajo su control.

Patrick piensa en intentar razonar con él, buscar ese último resquicio de cordura que tal vez aún quede. Pero se da cuenta de que es inútil. Si Tommy hubiera podido escuchar razones, nunca habría llegado hasta este punto.

«Aunque no haya TNT en ese cubo, él cree firmemente que sí. Y eso basta para que yo actúe como si fuera cierto.»

Patrick oye pasos apresurados recorriendo el pasillo hacia la puerta principal.

Entonces se da cuenta de que han pasado ya varios segundos desde la última vez que Tommy habló, y le invade el temor de que mire el resto de las cámaras y descubra que los demás están evacuando la casa.

—Bueno, estoy impresionado —dice, dejando salir lo primero que se le ocurre—. Nunca había oído de alguien que hiciera su propio TNT. ¿Cómo lo hiciste?

—Mira, déjame enseñarte algo —dice Tommy—. No pensaba que nadie llegara a ver esto, pero ya que veo que no me crees…

El móvil de Patrick vibra en su bolsillo. Lo saca. Tommy le ha enviado un vídeo. Dura solo ocho segundos. Patrick lo reproduce.

En la grabación, Tommy está en lo que parece un laboratorio. Ha colocado el móvil sobre una mesa o alguna superficie. En primer plano aparece él, sujetando lo que parece el mando de un coche teledirigido. Mira a la cámara con una sonrisa nerviosa.

—Explosión de prueba en... tres... dos... uno...

Se gira hacia el fondo del laboratorio, donde hay lo que parece una olla de acero. Tommy pulsa el botón del mando. Se oye un pitido breve a lo lejos, como el claxon de un coche de juguete. Un instante después, la olla estalla en una llamarada.

La imagen se tambalea y el vídeo se corta bruscamente mientras Tommy da un respingo y suelta una carcajada aguda, casi histérica.

Patrick siente que se le hunde el corazón. «Mierda. Lo hizo de verdad.»

—¿Ves? —pregunta Tommy por los altavoces—. Y eso eran solo unos gramos. No sé cuánto hay en el cubo, pero es mucho, y debería ser suficiente para…

Tommy deja de hablar.

Desde el vestíbulo, Patrick empieza a oír el sonido de gente corriendo, poniéndose los zapatos.

Oh, no. Los ha visto.

Patrick lo comprende al instante: ya no le quedan opciones. Tal vez podría haber salido de allí si se hubiese marchado en cuanto vio el vídeo. Pero ahora es demasiado tarde. Tommy puede pulsar el botón en cualquier momento, y si la explosión del vídeo es una muestra fiable de lo que ha construido, no quedará gran cosa de la casa.

—Me temo que tendremos que adelantar la parte divertida, porque parece que la gente está saliendo.

Patrick se lanza dentro del armario, cayendo de rodillas, ignorando el dolor. Agarra el contenedor y lo tira con fuerza. Su intención es lanzarlo por la ventana. Pero no se mueve. Tira con todas sus fuerzas, pero la cosa parece pegada al suelo. Luego baja la vista y ve los tornillos.

—Ni lo intentes —le suelta Tommy—. No vas a moverlo.

—No hagas esto, Tommy —dice Patrick, llevando las manos a la tapa, girando, tirando, tirando con todas sus fuerzas. Está completamente bloqueada—. Por favor, no pulses ese botón. Nos matarás a todos. ¿De verdad puedes vivir con eso?

Si consigo quitar la maldita tapa, puede que logre arrancar el detonador y no explote…

Patrick clava las uñas en la rendija bajo la tapa y tira con tanta fuerza que se le empiezan a partir. Apenas lo nota. Todavía oye a los demás en el vestíbulo.

—¡Olvidaos de los putos zapatos! —grita con todas sus fuerzas—. ¡Salid de una maldita vez! ¡Toda la casa va a volar por los aires!

16

TOMMY

No puede hacerlo.

El botón azul está justo ahí. Su pulgar reposa sobre él.

Pero no consigue presionarlo.

—Joder —susurra.

Espera que Patrick no haya captado el sonido a través de los altavoces. Pero, por lo ocupado que parece dentro del armario, Tommy duda que oiga gran cosa.

—No hagas esto, Tommy —dice él, con la voz cargada de tensión.

Tommy no puede ver exactamente lo que está haciendo ahí dentro, pero parece que está forcejeando con el recipiente, intentando abrirlo. Tommy probó la tapa varias veces. Está seguro de que no cederá.

—Por favor, no pulses ese botón. Nos matarás a todos. ¿De verdad podrías vivir con eso?

«No, no puedo.»

El pensamiento le asalta de golpe, sin previo aviso, y a Tommy se le revuelve el estómago. No se esperaba esa oleada repentina de duda. No sabe de dónde ha salido. Hasta ese momento, había estado seguro —completamente seguro— de que esto era lo correcto. Que era necesario. Que no existía otra manera de abrirle los ojos a los que están en la casa, de obligarlos a ver lo que en realidad está pasando a su alrededor.

Volar el tejado y exponerlos al cielo... no solo dejará ciegos a los no inmunes, también privará al resto de un lugar seguro donde ocultarse. Gina, Patrick, incluso John, a quien Tommy vio en el monitor y que regresó justo en el momento más oportuno... todos tendrán que enfrentarse a la realidad en las calles. Puede que no mueran, pero perderán cualquier protección y, más importante aún, las ilusiones que claramente mantienen. Se creen a salvo. Se creen en lo cierto. Luchando por la causa correcta.

La tarea de Tommy es demostrarles cuán equivocados están. No les dejará otra opción que rendirse a sus fantasmas, para que por fin todos puedan dejar de tener miedo y de resistirse.

Sabe que todo esto es verdad.

Y lo único que tiene que hacer para corregirlo es pulsar el maldito botón azul.

Y, sin embargo… no puede hacerlo.

—¡Olvidaos de los putos zapatos! —grita de repente Patrick, haciendo que Tommy dé un respingo—. ¡Salid de una maldita vez! ¡Toda la casa va a volar por los aires!

Tommy examina los demás recuadros del monitor. Todos están apretujados en el vestíbulo, menos Victor, que por alguna razón regresa por el pasillo en dirección al dormitorio. Gina le grita mientras sujeta a Anton de la mano. John embiste la puerta principal, pero no cede. Lo primero que hizo Tommy al bajar aquí fue activar el protocolo de confinamiento de la casa. Eso significa que ninguna puerta ni ventana puede abrirse.

Al parecer, John también se da cuenta —y todo indica que no puede ver, pues lleva los ojos vendados con gasas blancas—, así que abandona la puerta principal y regresa por el pasillo, arrastrando consigo a Karen y Lisa.

—Tienes que hacerlo, Tom-Tom.

La voz de su padre es suave. Tranquila. Cariñosa.

—Sé que no es fácil, pero sabes que tiene que ocurrir.

Tommy echa un vistazo por encima del hombro hacia la cama de hospital. Para su horror, siente que se le forma un nudo en la garganta.

—Es que… no estoy seguro de poder, papá. Quiero decir… la explosión no solo quitará el techo… los matará a todos.

—¡No lo hagas, Tommy! —grita Patrick—. ¡Tú no quieres hacer esto!

—Si eso es lo que está pasando, entonces así tenía que ser —dice su padre con firmeza, ignorando por completo a Patrick—. Mira, hijo, no me gusta meterte prisa, pero me preocupa que Patrick acabe logrando arrancar esa tapa tarde o temprano… Así que, sinceramente, creo que deberías hacerlo ya.

Tommy cierra los ojos. Un par de lágrimas cálidas le recorren las mejillas.

—Vale —susurra, sintiendo el botón bajo el dedo—. Vale, lo haré.

—Buen chico.

Tommy respira con fuerza por la nariz. Luego presiona el botón azul.

17

VICTOR

Victor se balancea de un pie al otro.

—Patrick, por favor, salgamos de aquí…

Patrick no contesta de inmediato. Está mirando fijamente la puerta corredera izquierda. La que aún está cerrada.

—Vete tú —dice sin mirar—. Ve a buscar a tu madre. Diles a todos que salgan de esta puta casa. Ahora mismo.

Victor vacila un momento, mirando la espalda de Patrick. No quiere dejarlo. No solo se siente más seguro cerca de él —incluso con lo que sea que Tommy haya escondido en el armario—, también quiere ayudarle. Y, además, se muere de ganas por saber qué hay en ese armario.

El tipo gordo —Thomas— ya ha salido del dormitorio.

Lo que finalmente lo impulsa a marcharse es el recuerdo de su madre y de Anton. Sale corriendo al pasillo y se dirige al salón. Al pasar por el vestíbulo, ve de reojo a Thomas forcejeando con la puerta principal.

—¿Por qué coño no se abre esto?

Victor no se detiene. Cruza el umbral del salón corriendo. Todos están allí: su hermano, Otto, Karen y Lisa. También su madre. Y dos hombres que Victor no había visto antes: uno muy alto, con los ojos cubiertos por una venda de gasa, y otro más delgado, de aspecto inquieto.

—Escuchad —dice Victor, aclarándose la garganta.

Todas las conversaciones cesan, y todos giran la cabeza para mirarlo.

—Vic —dice su madre, sonriéndole con calidez—. Estaba a punto de ir a buscarte, cariño…

Victor traga saliva.

—Tenéis que oír esto. Estamos en peligro. Tommy… él ha hecho algo. Creo… creo que puede que sea una bomba.

Esa última palabra hace que todos se queden paralizados, y el silencio en la habitación se vuelve tan denso como el hielo.

—¿Una bomba? —repite su madre—. ¿Estás seguro?

—No, pero… creo que es algo serio.

—¿Dónde está Tommy? —pregunta el hombre con la cara vendada, levantándose del sofá. Es aún más alto de lo que Victor pensaba.

—Él, eh… se encerró en el sótano.

—No puedo… no puedo creer que hiciera algo así. Que quisiera hacerle daño a alguien… —dice Lisa, negando con la cabeza.

Victor le clava una mirada dura.

—Pues no has oído lo que acaba de decir por los altavoces. Nos dijo que… que no éramos sus amigos. Y que algo malo iba a pasar. —Mira a los demás—. Patrick me ha dicho que os diga a todos que salgáis de la casa.

Como todos se quedan quietos, añade:

—Y eso significa ahora mismo.

El grandullón y su madre son los primeros en moverse. El tipo agarra a Lisa por la muñeca y la arrastra hacia Victor, tanteando con la otra mano.

—¡Karen, vamos! —dice con brusquedad.

Su madre rodea a Anton con el brazo y lo empuja también. Se vuelve hacia los demás y dice en voz alta:

—¡Vamos! ¡Ya lo habéis oído! Otto, muévete.

El chico regordete ha estado de pie junto al sofá, mirando a su alrededor como un pasmarote. Ahora parpadea y se pone en marcha de golpe.

—Rex, ven —dice, haciéndole señas al perro.

Victor se aparta mientras todos pasan a su lado a toda prisa. Su madre lo toma del brazo y tira de él.

—No, mamá, espera —dice él—. Tengo que volver y ayudar a Patrick…

Ella, al parecer, no le oye, porque no se detiene ni lo suelta.

—¡Mamá! ¡Escúchame!

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Anton—. ¿De verdad crees que Tommy va a hacer estallar una bomba?

Victor mira a su hermano con seriedad.

—Sí, lo creo de verdad. Le vi los ojos, Ant. Parecía completamente loco.

Justo cuando llegan al vestíbulo, Thomas vuelve al pasillo. Casi chocan, y su madre exclama:

—¿Quién eres tú?

—Está bien —dice Victor—. Se llama Thomas. Vino con Patrick.

—Tenemos que salir de esta casa —dice Thomas, con las mejillas pálidas—. Pero la puta puerta principal no se abre…

—Puede que tengas que meter el código —dice el grandullón, abriéndose paso entre ellos. Victor por fin se da cuenta de quién es: John. El padre de Lisa. No sabe qué le ha pasado en la cara, pero la herida no parece hacerlo más lento. Tira de Lisa hacia la puerta principal, buscando el teclado en la pared junto a ella.

—Necesito que escribas tú, cielo —dice—. 3-0-0-5-8-8. Vamos, hazlo ya.

Todos se agolpan en el vestíbulo mientras Lisa pulsa el código. Otto coge sus zapatos, y Karen empieza a ponerse la chaqueta.

La pantalla parpadea en rojo.

John agarra el pomo y tira con fuerza.

—Mierda, no ha funcionado. Inténtalo otra vez. Con cuidado, cielo. Sin errores.

—No me equivoqué —dice Lisa, al borde del llanto—. Era 3-0-0-5-8-8… ¿verdad?

—Sí.

Pulsa los seis dígitos de nuevo, y la pantalla vuelve a parpadear en rojo.

—No funciona, papá —dice Lisa.

—¿Por qué no se abre? —pregunta el tipo delgado, con la voz quebrada.

—Han cambiado el código —dice John, mirando atrás—. ¿Alguien sabe cuál es?

Todos se miran y niegan con la cabeza.

—Debería ser el que acabas de probar —dice Gina—. Pero ¿por qué necesitamos un código para salir? No tiene ningún sentido…

John respira hondo por la nariz.

—Tommy podría haber activado el confinamiento de la casa. Eso significa que estamos atrapados. Todo está bloqueado y no se puede abrir salvo que...

—¡Olvidaos de los putos zapatos! ¡Salid de una maldita vez! ¡Toda la casa va a volar por los aires!

La voz de Patrick hace que todos se congelen por un segundo. Luego, cunde el pánico.

—¡No podemos salir!

—¡Tiene que haber alguna forma!

—¿Qué hacemos?

—¡Victor! ¡No, vuelve!

Victor ignora el grito de su madre. Se ha soltado de su mano y se abre paso entre la multitud hacia el pasillo.

«Tengo que ayudar a Patrick. Quizá no sea demasiado tarde.»

Corre hasta el dormitorio principal y entra.

18

PATRICK

Al sentir a alguien detrás, Patrick echa un vistazo hacia la puerta del pasillo y, para su absoluto horror, ve a Victor cruzando el umbral. Con el rostro pálido, los ojos muy abiertos, paralizado.

—¿Es… es una bomba?

—Vic —murmura Patrick—. ¿Pero qué coño haces aquí? Lárgate. Ahora. ¡Corre!

Victor parpadea, da un paso atrás y luego vacila.

—Quiero ayudarte, Pa…

—¡Es una puta bomba! —grita Patrick—. ¡Corre!

Victor duda, pero finalmente se dirige hacia la puerta. Mira atrás una última vez… y echa a correr.

—¡No lo hagas, Tommy! —grita Patrick mientras vuelve a centrar su atención en el contenedor—. ¡No quieres hacer esto!

Vuelve a intentar abrir la tapa, y esta vez siente que gira unos pocos milímetros. Un destello de esperanza.

¿Cuántos segundos han pasado ya? Tommy debería haber pulsado el botón. «Debe de estar dudando. No es capaz de hacerlo.»

—¡Por favor, Tommy! ¡Te lo suplico! ¡Haz lo correcto! ¡Hay niños en la casa, joder!

Mientras grita, Patrick forcejea para hacer girar un poco más la tapa, pero parece haberse atascado de nuevo. Tiene las palmas sudadas, las uñas sangrando y la cabeza le da vueltas.

Y aún no ha habido explosión.

«No puede hacerlo. ¡No puede hacerlo!»

Entonces, Patrick capta un reflejo en la superficie metálica del contenedor. Alguien está justo detrás de él. Por un segundo, cree que es Victor, que ha vuelto. Pero no. Es alguien aún más íntimamente conocido. Al reconocerla, el estómago se le encoge todavía más.

Ella está de pie justo detrás de él. Quiere girar la cabeza, pero no puede hacerlo.

Phoebe se inclina hacia el armario, acercando su boca a su oído, y él siente su aliento mientras le susurra:

—Te pillé…

Desde dentro del contenedor de metal se escucha un pitido. Es idéntico al del vídeo.

Y entonces...

19

TOMMY

No es capaz de abrir los ojos. No quiere ver lo que aparece en la pantalla.

No sintió la explosión. Tampoco la oyó. Pero el sótano probablemente está perfectamente insonorizado, así que tiene sentido que no...

—Hay un problema, Tom-Tom.

Tommy abre los ojos. Espera que el monitor muestre caos y humo, o quizás solo oscuridad absoluta.

Pero muestra todo exactamente como estaba antes de que cerrara los ojos.

—¿Qué demonios…?

Su primer pensamiento, aterrador, es que Patrick ha debido de quitar la tapa del contenedor y romper el detonador.

Pero cuando mira la imagen de la cámara que enfoca el dormitorio principal, Patrick sigue dentro del armario, forcejeando con la tapa.

—Has olvidado algo —le dice su padre—. Las pilas.

—Joder… —murmura Tommy, dándose una palmada en la frente.

—Será mejor que te des prisa, Tom-Tom.

—Vale.

La mano de Tommy se lanza al bolsillo trasero, de donde saca las pilas. Le da la vuelta al mando y forcejea para abrir la pequeña tapa.

Mete las pilas, lo vuelve a colocar con cuidado de no tocar accidentalmente el botón azul.

—Muy bien —susurra—. Vamos.

No quiere mirar el monitor. Sabe que solo lo hará más difícil. Pero no puede evitarlo. Sus ojos recorren los distintos cuadros.

Ve a Patrick en el dormitorio.

—¡Por favor, Tommy! —grita—. ¡Te lo suplico! ¡Haz lo correcto! ¡Hay niños en la casa, joder!

Victor, corriendo por el pasillo.

John, Lisa y Karen están en el cuarto de baño. John está levantando a Lisa para meterla en la bañera, seguida por Karen.

Gina está en la cocina, arrastrando a Anton. Abre de un tirón la nevera y saca todas las baldas. Luego agarra la parte superior del frigorífico, inclinándolo hacia adelante, y le hace señas a Victor para que se meta debajo.

Dos tipos que Tommy no ha visto antes —uno delgado y otro considerablemente más gordo— están en el salón, aporreando las ventanas. El cristal no cede.

Y por último, Tommy ve a Otto. Está en la biblioteca. Quieto, entre los libros. Tapándose los oídos como un idiota. Como si proteger su audición fuera su mayor preocupación.

«Todos morirán en cuanto pulse ese botón.»

—Tal vez —responde su padre—. Pero míralo de este modo: ya no hay vuelta atrás. O tú o ellos, Tom-Tom. Si no haces esto, ¿de verdad crees que te perdonarán? ¿Crees que te mostrarán compasión alguna?

Su padre suspira.

—Te van a despedazar, hijo. Te crucificarán por esto. Y no me gustaría que eso ocurriera. Así que, por favor. Hazlo. Hazlo ya.

Tommy traga algo que sabe muy agrio. Está a punto de vomitar. Luego aprieta los ojos con fuerza, bloquea todo lo demás y, por segunda vez, pulsa el botón azul.

Esta vez, sí oye y siente la explosión.

20

GINA

De pronto es muy consciente de todo lo que la rodea, mientras su mente entra en estado de alerta absoluta.

De pie en el recibidor, agarra a Anton por el cuello de la camiseta, sin querer que salga corriendo como acaba de hacer Victor. No es que Anton parezca dispuesto a hacerlo —está paralizado, respirando con rapidez—, pero podría tener el impulso repentino de ir tras su hermano para ayudarlo, y Gina no va a correr ese riesgo.

Otto, el perro, Tom y Thomas han salido de la habitación, dejando a John y su familia junto a Gina y Anton.

John se abalanza contra la puerta, empleando hasta la última gota de fuerza. El marco cruje con un sonido profundo, pero no cede.

—Así no va a funcionar —jadea John—. Necesitamos el plan B…

—¿Cuál es? —pregunta Karen, con ambas manos sobre la boca—. Dios mío, ¿vamos a morir todos?

—No si hacéis lo que os diga —responde John, dándose la vuelta —. ¿Gina, sigues aquí?

—Sí.

—Llévate a tus hijos a la cocina. Volcad el frigorífico y meteos dentro. Es un modelo de doble puerta. Deberíais caber los tres. Hacedlo. Ahora.

Gina asiente una vez, aunque John no puede verla, y tira de Anton mientras se dirige al pasillo.

Detrás de ella, oye a John continuar:

—Karen, Lisa, venid conmigo. Al baño. Lisa, tú encabeza.

Gina corre hacia la cocina.

—¡Mamá, espera! —grita Anton—. ¡Tenemos que ir a por Victor! ¡Se fue en la otra dirección!

—Ya iré yo —responde Gina sin detenerse—. Primero tengo que ponerte a salvo.

Es muy consciente de que está tomando una decisión. Al ir primero hacia el frigorífico en lugar de buscar a Victor, está reduciendo las probabilidades de supervivencia de Victor para aumentar las de Anton. No es una decisión fácil, y no tiene tiempo para replanteársela. Pero hacerlo al revés significaría poner en mayor peligro a ambos hijos, y eso no puede permitírselo.

Así que corre hasta el frigorífico y, contra sus instintos, suelta a Anton para abrir ambas puertas de un tirón.

El frigorífico no tiene mucha comida, así que saca las baldas una a una. Las lanza a un lado, y se rompen en pedazos, esparciendo cristales por todo el suelo de la cocina.

Mientras lo hace, vigila a Anton. Si hace el más mínimo intento de ir hacia la puerta, está lista para sujetarlo.

Desde el salón oye a alguien golpear una ventana. Se oyen voces gritando.

Por fin el frigorífico está vacío de estantes, y Gina se estira hacia arriba, tirando con fuerza. No es tan pesado como temía, y cede fácilmente.

—Ayúdame —jadea—. Sujeta la puerta derecha, Anton.

Él hace lo que le pide, y Gina consigue arrodillarse para bajar el frigorífico, sujetándolo con el hombro.

—Métete dentro —le indica a Anton.

Él se cuela por el lateral y se acurruca dentro, mirándola con ojos enormes y aterrados.

—Por favor, mamá. Ve a buscar a Vic.

—Lo haré —dice Gina—. Quédate aquí. Pase lo que pase, no salgas hasta que te diga que está…

Segura.

Esa es la palabra que Gina tenía intención de decir.

Pero no llega a terminar la frase. Porque en ese mismo instante, una sacudida violenta atraviesa la cocina, la lanza por los aires y hace que el frigorífico se le venga encima.

El empujón es tan fuerte que hace que el electrodoméstico vuele por el suelo, y Gina y Anton gritan al verse arrollados, rodando, enredándose.

Siente un dolor agudo en los dientes delanteros cuando algo duro, probablemente el cráneo de Anton, golpea contra su boca.

Luego el frigorífico se detiene bruscamente al chocar contra la encimera.

Y entonces llega el ruido.

El más fuerte que Gina haya oído jamás. Como si una pistola se disparara justo junto a su oído, multiplicado por un millón.

Se tapa las orejas con ambas manos, y aun así el estruendo le hace doler los tímpanos hasta el punto de temer que revienten.

Cuando el sonido se apaga, empiezan a distinguirse otros ruidos más bajos. Cosas que se estrellan, se rompen, se vuelcan.

Algo grande y pesado golpea el frigorífico, lo que provoca que Anton, que está tendido a medias sobre Gina, se sobresalte y grite. Gina abre los ojos y ve que la parte trasera del frigorífico se hunde hacia dentro, casi hasta aplastarlos, antes de detenerse. Hay una pequeña rendija entre el frigorífico y el suelo, por donde entra algo de luz y nubes de polvo.

Gina apoya la cabeza contra el suelo y mira hacia fuera.

A través del polvo y el humo, logra distinguir la cocina. Aunque apenas la reconoce.

Todo lo que no estaba atornillado ha sido volcado o arrancado. Las ventanas han volado, dejando entrar una corriente que hace que el humo vibre en el aire.

Las paredes están negras por el hollín —las que aún están en pie — y las llamas devoran la mesa, las cortinas, las sillas, el papel pintado... todo lo inflamable.

El techo aún está allí —en su mayor parte—, pero un gran trozo se ha venido abajo, y parece ser lo que ha golpeado el frigorífico.

La pared que daba al salón ha desaparecido, revelando que todo allí está igual de mal o peor que en la cocina.

En el suelo, bajo la ventana, Gina distingue una figura.

Es Tom. El viejo colega de John.

Por la forma en que está retorcido, Gina sabe con certeza que está muerto. Su camisa, sus zapatos y su pelo están ardiendo.

«Victor.»

Ese es su primer pensamiento coherente.

«Por favor, Dios. Que esté bien.»

Pero en lo más profundo de su ser, Gina sabe que Victor probablemente no está bien.

Sabe que lo más probable es que su hijo esté muerto.

21

OTTO

Otto corre hacia la biblioteca.

No es algo que realmente hubiera planeado hacer. En cuanto pone un pie dentro, se da cuenta de que es la única habitación sin ventanas.

En el sillón está sentado Johan. Le sonríe a Otto, y sus ojos ciegos relucen de alegría. Tiene un libro abierto sobre el regazo, como si realmente estuviera leyendo, algo que Otto jamás le vio hacer en vida. Y puede notar que el libro está del revés.

—¿Ves? —dice Johan con una mueca burlona—. Te lo dije, todos vamos por el mismo camino. ¿No te lo advertí?

Otto quiere darse la vuelta y marcharse, pero se siente clavado al suelo. En lugar de eso, se tapa los oídos con ambas manos, sin querer oír hablar a Johan.

—Eso no funcionará, imbécil —se burla Johan, y su voz suena ahora dentro de los pensamientos de Otto—. Estoy en tu cabeza, ¿recuerdas?

Otto baja las manos de nuevo.

—Tú hiciste esto… —susurra—. Tú y… sea lo que sea de lo que formas parte.

Rex gime a su lado, sin saber con quién está hablando Otto.

—No, señor —dice Johan, cerrando el libro y señalando a Otto—. Te equivocas. Tú hiciste esto. Le diste la idea a Tommy. ¿Recuerdas?

Otto frunce el ceño.

—¿El acertijo…?

—Eso es. Todo esto es culpa tuya, Otto. Si te hubieras callado tu cobarde boquita y, por una vez en tu vida, te hubieras atrevido a hacer lo correcto, nada de esto habría pasado.

Otto siente un escalofrío por dentro al empezar a atar cabos. «Todo es culpa mía. Si esa bomba explota… si alguien muere por eso… será responsabilidad mía.»

—Por fin —dice Johan—. Siempre supe que eras tonto, pero, madre mía, has tardado en darte cuenta.

—Que te jodan —dice Otto, mirando fijamente a Johan. De pronto está furioso.

La expresión de Johan se vuelve vacía.

—¿Qué acabas de decirme?

—Me engañaste. Me manipulaste, como siempre hacías.

—Sí, supongo. Pero solo podía hacerlo porque eres un pelele. Si hubieras sido...

Otto se lanza hacia adelante. Ocurre sin que realmente lo quiera. Corre hacia su hermano y le da un manotazo, y su palma se estrella contra la mejilla de Johan.

La bofetada es lo bastante fuerte como para que su cabeza gire bruscamente hacia un lado. Johan lo mira, atónito. Durante unos segundos, se quedan mirándose el uno al otro. Otto respira con rapidez. Rex gime detrás de él.

Entonces, Johan rompe en una sonrisa amplia.

—¡Por fin! Llevaba tiempo esperando que tuvieras un par, y ahora por fin lo haces. Lástima que sea demasiado tarde. Pero aun así, bien por ti. —Se frota la mejilla y se ríe—. Joder, sí que le has puesto ganas…

Otto se da cuenta de pronto de que esto no lo lleva a ninguna parte. Los segundos pasan. La bomba podría estallar en cualquier momento. Tiene que refugiarse con Rex, y la biblioteca no parece el mejor lugar.

—Vamos, Rex —dice, dándose la vuelta.

Pero se detiene bruscamente tras solo dos pasos. Porque frente a la puerta están sus padres. Ambos lo miran con ojos ciegos.

—Hola, hijo —dice su padre—. Qué alegría volver a verte.

—¿Cómo has estado? —dice su madre, extendiendo los brazos—. Estaba tan preocupada por ti…

Jamás hablarían así, y si Otto no estuviera ya lo bastante asustado, oírlos comportarse con tanto cariño y preocupación le resulta tan inquietante que le entran aún más ganas de marcharse de allí.

—Me voy —dice, acercándose—. Por favor, apartaos.

Pero su madre y su padre se arriman más entre ellos, bloqueando por completo la salida.

—No salgas ahí fuera, hijo —dice su padre, frunciendo el ceño—. No es seguro para ti.

—Sí, tienes que quedarte aquí con nosotros —dice su madre, con un tono muy diplomático—. Te protegeremos.

—No, no lo haréis —responde Otto, negando con la cabeza—. No os creo.

—Haces bien en dudar —dice su padre, asintiendo—. Seguro que damos mucho miedo. Pero no somos como tu hermano. Estamos aquí para ayudarte, hijo.

—Sí, solo queremos lo mejor para ti —añade su madre, sonriendo —. Nunca te engañaríamos como hizo Johan.

Otto mira por encima del hombro. Johan sigue sentado en el sillón, sonriendo. Se encoge de hombros de forma exagerada, como diciendo: «No me preguntes».

Otto vuelve a mirar a sus padres.

—Sois igual que él. Todos sois iguales. Gina tenía razón. Debería haber dicho basta hace tiempo.

Al oír el nombre de Gina, algo cambia en los rostros de sus padres. La sonrisa de su madre desaparece, y las cejas de su padre descienden medio centímetro.

—Cuida esa boca, hijo —dice su padre, con un tono mucho más parecido al de antes.

—Sí, esa no es forma de hablarle a tus padres —coincide su madre —. Queremos una disculpa.

Rex suelta de pronto un ladrido agudo. Como si le recordara a Otto que el tiempo apremia.

—Apartaos de mi camino —dice Otto, avanzando—. Me voy.

—Ni de coña —gruñe su padre, extendiendo las manos para agarrarle del cuello, como ha hecho mil veces.

Esta vez, sin embargo, Otto no se echa atrás. Cierra los ojos y sigue adelante.

La mano de su padre no lo agarra. En su lugar, Otto atraviesa lo que parece una niebla helada. Casi choca con la puerta, y al abrir los ojos y mirar atrás, ve a sus padres fulminándolo con la mirada. Johan se ha puesto en pie y se ha unido a ellos. Los tres tienen pinta de querer lanzarse sobre Otto y darle una paliza. Pero por algún motivo, no lo hacen.

«Gina tenía razón», comprende Otto. «No pueden hacerme daño si no tengo miedo.»

Se da la vuelta y abre la puerta de un tirón.

Mientras corre hacia el salón, siente a Rex pisándole los talones. Al entrar en la habitación, ve al tipo gordo golpeando la ventana con el atizador de hierro de la chimenea.

El cristal se ha roto un poco en algunos puntos, pero no parece que vaya a conseguir abrir un hueco, aunque lo está intentando con todas sus fuerzas.

«Necesito encontrar refugio.»

Sus ojos se posan en la chimenea. Si pudiera meterse por el hueco, tal vez estaría a salvo de la explosión.

Otto corre hasta allí y abre la compuerta. Pero al meter la cabeza y los hombros dentro, descubre que el espacio es demasiado estrecho.

Mira a Rex, y un impulso repentino lo lleva a agarrar el collar del perro y acercarlo.

—Vamos, amigo. Tú vas aquí dentro. Cabes. Yo buscaré otro sitio.

El perro gime un poco, pero Otto no le hace caso, lo alza a medias y lo empuja a medias hacia el interior de la chimenea.

Por fortuna, Rex es pequeño para ser un labrador, y logra deslizarse dentro. Otto cierra la puerta tras él, mientras Rex lo observa con ojos enormes y llenos de miedo.

—Tranquilo, amigo —le dice Otto, apoyando las palmas en el cristal frío. Solo entonces se da cuenta de que las lágrimas le corren por las mejillas—. Lo lograremos. Te lo prometo. Quédate aquí.

Rex gime.

Otto se pone en pie, se da la vuelta y entonces una fuerza invisible lo agarra, lo levanta del suelo y lo lanza por el aire, mientras todos los sonidos desaparecen y todo a su alrededor estalla en llamas y caos.

22

JOHN

El baño está cerca del dormitorio principal, que es donde John supone que está colocada la carga explosiva.

Aun así, ha observado antes que la bañera es de esas modernas, grandes y caras, fundidas en cemento y recubiertas de acero inoxidable. Lo que significa que es, con diferencia, el lugar más seguro donde estar si realmente estalla una bomba dentro de la casa.

La nevera es la segunda mejor opción. El motivo por el que mandó allí a Gina y a sus hijos no es solo que quisiera la mejor protección para su propia familia —aunque también sea cierto, si es honesto—, sino que, sencillamente, él, Karen y Lisa no cabrían dentro de la nevera.

Mientras que la bañera los protege por todos lados, incluso por debajo, la única dirección que no queda cubierta es la parte superior. Y no hay mucho que pueda hacer al respecto, salvo usar su propio cuerpo como escudo.

Así que, en cuanto Lisa y Karen se han metido en la bañera, John se sube también, colocando su cuerpo boca abajo sobre ellas. Es casi lo bastante ancho como para cubrir a las dos, pero no del todo. Decide cubrir por completo a Lisa, dejando a Karen medio expuesta. En el fondo sabe que Karen le habría dicho que hiciera exactamente eso, si hubiera tenido tiempo para hablar.

Ninguno de ellos lo tiene.

La bomba estalla menos de dos segundos después de que John se lanza dentro de la bañera.

Se tapa los oídos al instante. El cráneo le vibra, los dientes le castañean. Durante medio segundo, todo parece tambalearse: la bañera se ha desprendido del suelo y se eleva unos centímetros, como si flotara. Luego cae de golpe, con un estruendo seco, y la onda expansiva recorre la casa. John siente cómo las sacudidas atraviesan el suelo, los muros, las vigas. Toda la casa tiembla.

«Santo Dios. ¿Cómo demonios consiguió una bomba tan potente?»

Entonces algo pesado golpea el borde de la bañera. Al parecer se parte en dos, porque después aplasta el codo izquierdo de John. Él grita de dolor, intentando retirar el brazo, pero durante un momento queda atrapado bajo el peso, y siente cómo el hueso del antebrazo cede con un crujido seco y doloroso.

Luego, lo que sea que lo está aprisionando se inclina hacia un lado, cae al suelo con estrépito y el brazo de John queda libre.

Por todas partes se oyen objetos caer, romperse, estrellarse, e incluso se perciben las llamas. Y también los gritos de Lisa.

«Bien», piensa John. «Está viva».

Y a juzgar por lo fuerte y agudo que grita su hija, sus pulmones funcionan perfectamente.

Ella se retuerce debajo de él, intentando incorporarse, pero John la mantiene abajo.

—Espera, Lisa —dice. Su voz suena como si viniera del extremo de un túnel larguísimo—. Espera. No es seguro levantarse aún.

—¡Pero mamá! —grita ella—. ¡Mamá está herida!

John se vuelve hacia Karen. Es solo entonces cuando se da cuenta de que no se mueve. Palpa su pecho. Karen está medio incorporada, inclinada sobre el borde de la bañera. Estaba tumbada antes de la explosión, así que eso debió de suceder cuando la bañera se inclinó. Encuentra su cuello y busca el pulso.

No logra sentir ninguno.

—Mierda. ¡Karen! ¡Despierta!

Le da una bofetada suave en la mejilla, y su mano queda pegajosa.

—Su cara —llora Lisa—. Oh, Dios, papá… tiene la cara llena de sangre…

—Cristo —murmura John.

Pasa la mano por el rostro de Karen, le palpa la frente, luego la coronilla, y el corazón se le hunde al notar una hendidura profunda. Sea lo que sea que le cayó encima al brazo de John, también alcanzó el cráneo de Karen y la mató en el acto.

—Maaaamá —solloza Lisa.

John la abraza, estrechándola con fuerza.

—Tu madre ha muerto. Lo siento muchísimo. Pero no podemos hacer nada.

—Nooo… —Lisa empieza a llorar desconsoladamente, agarrada a John—. No puede ser real…

«Yo tampoco lo creo», piensa John. «Parece una pesadilla».

En lugar de eso, dice:

—¿Estás bien, Lisa? ¿Estás sangrando? ¿Te duele algo?

Lisa no responde de inmediato, y él repite las preguntas, tomándola suavemente por la barbilla y obligándola a mirarlo mientras habla.

—Creo… creo que estoy bien —gime ella—. No sangro. Pero, papá, tu brazo, parece que…

—Sí, está roto —dice él, incorporándose—. Vamos, tenemos que salir de aquí, antes de que el fuego empeore.

La ayuda a salir de la bañera, asegurándose de usar solo el brazo derecho. El izquierdo lo mantiene pegado al cuerpo. Si lo mueve, le lanza punzadas de dolor hasta el hombro.

—No podemos dejar a mamá —dice Lisa al pisar el suelo.

—Volveremos a por ella cuando sea seguro. Vamos. Tienes que guiarnos.

Lisa lo hace, tomándole la mano y cruzando la estancia. Va sorteando obstáculos y le avisa cuando algo cuelga desde arriba.

—Jesús —murmura John mientras avanzan por el pasillo—. ¿Se ha ido el techo?

Ya conoce la respuesta, porque nota la luz del sol y el aire fresco cayendo desde lo alto.

—Casi todo —dice Lisa—. No me lo puedo creer… ¿De verdad ha sido Tommy quien ha hecho esto, papá?

—Me cuesta creerlo —admite John—. Pero ahora eso no importa. Lo que importa es salir de aquí. Tienes que encontrarnos una ventana o algo.

Lisa se detiene junto a la habitación en la que dormía John.

—Aquí —dice—. La ventana ha desaparecido por completo. Podemos…

Se interrumpe cuando algo pesado cae cerca. John oye ladrillos crujir y yeso desmoronarse sobre el suelo.

—Solo ha sido… un trozo de pared —resopla Lisa. Comienza a toser.

John nota el humo arañándole el interior de la nariz y oye las llamas. No cree que vayan a asfixiarse si se quedan, porque el humo podrá salir por el techo reventado, pero podrían quedar atrapados bajo una pared o un techo caído y acabar como la pobre Karen. No quiere pasar allí ni un segundo más de lo necesario.

—Vamos, Lisa. Tenemos que movernos.

La empuja suavemente hacia donde supone que está la puerta de su dormitorio. Pero Lisa se detiene.

—¿Qué pasa?

—Es… oh, Dios mío…

—¿Qué ocurre?

Lisa contiene una arcada, y él la oye tragar para no vomitar.

—Es… un brazo —jadea—. De Patrick, creo…

—Cristo —murmura John—. No lo mires. Sigue.

Lisa vuelve a moverse por fin. John siente cómo sortea con sumo cuidado el lugar del suelo donde debe de estar el miembro. Luego lo guía hasta el dormitorio. Cruzando la habitación, llegan hasta la ventana que da al este. Aunque, a juzgar por la corriente de aire, ya no es más que un agujero en la pared.

«Adiós a las ventanas a prueba de explosiones…»

John supone que una explosión desde dentro es diferente de una desde fuera, y no es algo que la casa estuviera preparada para

resistir. Con todo cerrado y sellado, la bomba había convertido la casa en una olla a presión, lo que explica que las ventanas, las paredes e incluso el techo hayan saltado por los aires.

—Ven, déjame ayudarte —dice Lisa, tomando su brazo bueno—. Tienes que sacar una pierna. No hay cristales rotos, pero ten cuidado con la cabeza.

John hace lo que ella le indica, agachándose al salir por la abertura.

—Bien. Ahora tú, cariño.

Extiende la mano buena, pero Lisa ya ha saltado al exterior.

—¡Lisa!

John se gira al oír la voz de Gina desde dentro del dormitorio.

—¡John! Por favor, coge a Anton…

John oye a Gina acercarse a la ventana, y ella le entrega a Anton para que él y Lisa lo reciban.

—¿Estáis heridos? —pregunta John.

—Estamos bien los dos —responde Gina—. Voy a volver adentro.

—No —dice John, dejando a Anton de pie—. Es demasiado peligro…

—Tengo que encontrar a Victor —lo interrumpe Gina. Puede notar que ya se aleja de la ventana.

John baja la vista hacia Anton, que llora en voz baja.

—¿Está bien tu hermano?

—No… no lo sé —solloza—. Él no estaba… allí. Creo que volvió… para ayudar a Patrick con la bomba…

John traga saliva con dificultad.

—Ya veo. Seguro que está bien.

Pero no lo está en absoluto.

23

GINA

Gina corre por lo que queda de la casa, registrando las habitaciones. Lleva la boca y la nariz cubiertas con la manga de su sudadera, agradecida por haberla llevado puesta, porque el tejido filtra bien el humo, el polvo y las cenizas. Aun así, le entra en los ojos, y utiliza la otra mano como escudo.

«Por favor, Dios. Por favor, déjame encontrarlo con vida».

Gina sabe, en el fondo, que hizo lo correcto.

Si hubiera ido a buscar a Victor antes de meter a Anton en la nevera, habría perdido a los dos. Y ella también estaría muerta.

Eligió llevar primero a Anton a un lugar seguro, y eso le salvó la vida. Pero esa elección supuso abandonar a Victor.

Sacrificó a uno de sus hijos. No hay manera de disfrazarlo.

Igual que cuando eligió en la cabaña —la decisión que le costó la vida a Phoebe—, ahora tendrá que cargar con el peso de lo que ha provocado esta última.

«Aún hay esperanza. No te rindas».

Revisa la siguiente habitación, gritando el nombre de Victor.

No hay respuesta. No lo ve por ninguna parte.

Va al salón después, y Gina apenas logra reconocerlo. Todos los muebles han sido desplazados, destrozados, hechos pedazos, y todo lo que era de madera o tela está ardiendo. A pesar de los agujeros en el techo, el calor va en aumento.

Se baja un momento la manga para gritar:

—¡Vic! ¡Victor! ¿Estás aquí?

Escucha un gruñido a un lado. Gina se gira de inmediato, con la esperanza de ver a su hijo.

Pero es Tom quien está allí, tumbado. Le faltan ambas piernas. Seccionadas justo por debajo de la ingle. Hay tanta sangre en el suelo que es un milagro que siga con vida. Tiene los ojos cerrados y la boca se mueve como la de un pez fuera del agua.

—Lo siento —susurra Gina, sabiendo que no puede hacer nada por él.

Avanza más en la habitación, para mirar detrás de la mesa del comedor volcada. Allí ve a otra persona tumbada. El tipo corpulento. Victor le dijo su nombre. ¿Thomas?

En realidad, da igual. El hombre está claramente muerto.

—¿Victor? —vuelve a llamar.

Sigue sin haber respuesta.

Ya ha recorrido todas las habitaciones, y no ha encontrado a Victor. ¿Podría significar eso que logró salir antes de que estallara la bomba? Es una chispa de esperanza.

Gina se da la vuelta para irse, cuando oye algo por encima del crepitar de las llamas. Uñas, rascando sobre el cristal. Mira a su alrededor y nota un movimiento dentro de la chimenea. Una pata negra araña el interior del cristal.

—¡Jesús, Rex! —exclama Gina. Abre la chimenea de inmediato, y el perro salta fuera, se sacude el pelaje y corre hacia la puerta con una determinación absoluta.

Siguiendo al perro, Gina pisa algo que cede bajo su pie con un crujido. Mira hacia abajo y reconoce las gafas. Son de Otto. A su lado hay un trozo de su camisa, quemada y ensangrentada.

Gina siente que un sollozo se le atasca en la garganta.

Demasiada muerte.

Su mente amenaza con desconectarse.

Pero no puede permitírselo.

Todavía no ha encontrado a Victor.

Corriendo de nuevo hacia el pasillo, se dirige al dormitorio con la ventana por donde Anton y los demás salieron. Todo el tiempo, su

mente repite:

«No está dentro de la casa. Lo habría encontrado. Debió de salir. Tuvo que salir».

Justo cuando está a punto de entrar en el dormitorio, algo le llama la atención. Una figura se encuentra al final del pasillo. La ventana de allí está medio intacta, y la luz del sol entra por el vidrio roto. La persona está recortada contra la luz, y Gina no logra distinguir sus rasgos al momento. Aun así, la silueta le resulta lo bastante familiar para reconocer a su hijo.

—Victor —susurra, bajando el brazo y respirando el aire cargado de humo. Le dan ganas de toser.

Pero en ese momento, le da igual. Siente que el corazón está a punto de estallarle—. Vic, estás bien…

Él no se acerca, aunque debe haberla visto, porque la está mirando directamente.

Simplemente inclina un poco la cabeza hacia un lado, mientras sube el hombro, casi hasta tocarse la oreja. Es un gesto extraño, uno que hace desde que era muy pequeño. Sus hijos comparten muchos gestos, pero este es uno de los pocos que es único de Victor.

No lo usa a menudo. Y aun así, Gina sabe perfectamente lo que significa. Está en desacuerdo, pero de forma educada. No quiere decirlo en voz alta.

—¿No… no estás bien? —pregunta, con voz débil—. ¿Estás herido, cariño?

Ha comenzado a acercarse a él, extendiendo ambos brazos.

Victor sigue sin moverse ni decir nada. Gina teme por un momento que no pueda hablar. Tal vez porque algo le ha atrapado la garganta o la boca. O tal vez simplemente esté en estado de shock. Corre hacia él, casi tropieza con un gran pedazo de techo, y se detiene en el último segundo.

Está a punto de trepar sobre él, cuando Victor alza ambas manos y, al extenderlas frente a sí, forma con los pulgares e índices un corazón.

En un instante, Gina recuerda una foto que tiene en el móvil. Una que tomó aquella vez que llevó a los niños a París, para visitar

Disneyland, la única verdadera vacaciones que pudo permitirse. Comiendo helado bajo el sol, decidió hacerse un selfi en grupo y les pidió a los chicos que sonrieran y saludaran. En vez de eso, se miraron brevemente a espaldas de ella e hicieron corazones con las manos.

Gina no se dio cuenta hasta que vio la foto, y le hizo llorar de felicidad.

Ahora, al ver a Victor reproducir ese gesto, que no le había visto hacer desde entonces, no siente alegría, sino angustia y una profunda tristeza.

Entrecierra los ojos para ver mejor su cara, y aunque puede ver que sonríe, también hay lágrimas en sus ojos.

Y puede notar algo más.

Puede notar que Victor no está realmente allí.

Que lo que tiene delante es un fantasma.

Él baja la cabeza, y Gina lo imita, dejando que su vista se pose en el gran trozo de techo que los separa.

—No —dice Gina—. No voy a mirar.

En lugar de eso, levanta la cabeza de nuevo para mirarlo.

Pero ya no está.

Como si se hubiera desvanecido en humo y se hubiera escapado por la ventana.

Gina comienza a llorar. No puede evitarlo. Se queda ahí, sollozando como una niña. Mirando el trozo de techo a través de un velo de lágrimas.

«Volvió para ayudar a Patrick. Sentía más lealtad hacia él que hacia mí. Yo lo llevé hasta ese punto. Yo lo empujé. Y ya era demasiado tarde para cambiar las cosas».

Gina se agacha. No es algo que haga de forma consciente; es más bien su cuerpo actuando por su cuenta. Ve cómo sus manos agarran el trozo de techo, y hace fuerza para levantarlo. Con un gemido y un empujón, logra darle la vuelta.

Y allí está.

Su hijo.

Su carne y su sangre.

Gina se desploma sobre el cuerpo de Victor, abrazándolo, apretándolo con más fuerza de la que jamás usó cuando él estaba vivo.

Y sabe con total certeza que nunca podrá soltarlo.

Se quedará aquí, sosteniéndolo entre los brazos, llorando con todo el alma, hasta el fin de los tiempos.

24

TOMMY

—¿Se ha… se ha acabado?

Tommy no se atreve a abrir los ojos. No quiere mirar la pantalla.

—¿Papá? ¿Ha funcionado?

Ya conoce la respuesta. Sabe que la dinamita ha funcionado perfectamente.

Su padre no responde.

—¿Papá?

Tommy abre los ojos y mira hacia el lugar donde estaba la cama del hospital. Ya no está. La atmósfera en el sótano se siente muy diferente. El canto de los pájaros falsos sigue sonando, pero Tommy apenas lo percibe. Lo único de lo que es consciente es de que su padre ha desaparecido. Y se siente, de forma extraña, como si fuera definitivo.

—¿Papá? —pregunta, con el miedo deslizándose en su voz—. ¿Qué haces? ¿Por qué te has ido? Por favor, vuelve, papá…

Pero su padre no reaparece. Tampoco le habla dentro de la mente.

«Se ha ido de verdad.»

Tommy parpadea. Es como si algo se hubiera desvanecido. Algo que pesaba sobre su mente hasta hace un momento. Como si una densa niebla se hubiera levantado, una de la que no era realmente consciente hasta que desapareció.

Tiene la mente un poco más clara ahora. Se siente un poco más como su antiguo yo. Como la persona que era antes de reencontrarse con su padre muerto.

Y eso le aterra. Es lo último que Tommy quiere. Que la niebla desaparezca. Volver a ser quien era. Porque hay algo inmenso acechando justo al borde de esa seguridad nebulosa. Algo tan atroz que ni siquiera se atreve a mirarlo, mucho menos a aceptarlo.

Y cuanto más lúcido se siente, más se acerca esa cosa: se desliza desde los rincones de su conciencia, amenazando con irrumpir en la luz y mostrarse por completo.

Y es lo que acaba de hacer.

Tommy se lleva las manos a las sienes, como si intentara retener la niebla, impedir que se disipe de su mente.

—No… —gruñe, comenzando a temblar como si tuviera fiebre—. No quiero verlo…

Pero no puede evitarlo. Mira la pantalla.

Lo que ve le revuelve el estómago.

De repente, no puede respirar. Las paredes del sótano se cierran sobre él. El aire desaparece de sus pulmones.

«Tengo que salir de aquí. Me estoy asfixiando».

Avanza tambaleándose hacia la puerta de la escalera. Sus pulmones jadean como si estuviera conteniendo la respiración a propósito. Y, sin embargo, tiene la boca bien abierta, invitando al aire a entrar, pero no consigue inhalar. Empuja la puerta y sube los escalones. Al llegar a la puerta de seguridad, sigue tratando de respirar. Teclea el código con un dedo tembloroso. La puerta se abre con un resoplido y se desliza hacia un lado. Se atasca a la mitad, pero Tommy se cuela por la rendija.

En cuanto entra en el aire caliente y lleno de humo del dormitorio principal en ruinas, sus pulmones se abren de golpe, y aspira grandes bocanadas de aire. Luego empieza a toser, y se sube el cuello de la camisa para cubrirse la boca.

Entrecerrando los ojos, observa el caos a su alrededor.

La pared opuesta ha desaparecido casi por completo, y puede ver la habitación contigua. En una esquina hay una pierna. Aún lleva el zapato puesto, pero está fundido en jirones negros.

«Ese es Patrick», piensa Tommy. Luego se dobla sobre sí mismo y vomita sobre sus propios zapatos.

Tiene la sensación de vomitar durante mucho tiempo. El estómago sigue contrayéndose, como si quisiera expulsar hasta el último bocado que haya ingerido en la vida.

Cuando por fin se le pasa, escupe en el charco, se limpia los ojos, suspira y se endereza.

Y entonces la ve.

De pie en el pasillo. Mirándole. Apenas logra reconocerla. Lleva el pelo revuelto, la cara empapada. Las lágrimas han dejado surcos en sus mejillas. Tiene una bufanda cubriéndole la boca.

Está sosteniendo a alguien en brazos. Un chico. Victor. Está muerto.

Durante un largo momento, se limitan a mirarse. Tommy no sabe qué decir ni qué hacer. Espera que Gina se le eche encima. Que le arranque los ojos con las uñas. O quizá que simplemente saque un arma y le dispare en la cabeza. Si hace cualquiera de esas cosas, Tommy no va a defenderse. Se merece lo que le toque.

Entonces, Gina habla. Y lo que dice deja a Tommy sin saber si está despierto de verdad o si se trata de una pesadilla vívida. Porque las palabras no tienen sentido para él.

—Te perdono.

Tommy se queda boquiabierto. —¿Eh… qué?

—Te perdono, Tommy —repite Gina. Su tono ya no es neutro. No está hablando con ese tono irritante y apagado que ha usado últimamente. En su lugar, su voz está llena de dolor y pena—. Sé que no sabías lo que hacías. Nada de esto es culpa tuya. Así que te perdono.

Tommy intenta decir algo, pero en su lugar rompe a llorar. No puede contenerlo. Todo su cuerpo tiembla mientras solloza con fuerza, con las rodillas a punto de ceder. Se cubre la boca con ambas manos, pero no logra reprimirlo.

—Dios… Dios mío… —balbucea entre sollozos—. ¿Qué he hecho?… ¿Qué he hecho?

—No has hecho nada —le asegura Gina—y, de nuevo, lo que dice no tiene sentido lógico para Tommy, que apenas puede asimilar que

esto no sea una cruel imitación de la realidad. Una ilusión. Algo que una mente rota inventaría porque no puede soportar lo que está ocurriendo de verdad.

—¿Tommy?

La voz por detrás le toma completamente por sorpresa, y Tommy se gira de golpe, casi tropezando.

En el hueco de la escalera —o lo que solía serlo, ahora transformado en una estancia más grande y luminosa —está el tipo delgado con el pelo rapado. El que Tommy conoció en la casa de la infancia de Melissa. El que hizo que el padre de Otto se volara la cabeza con el rifle.

—Me alegra volver a verte —dice el tipo, sonriendo—. No estaba seguro de que ocurriría, pero por lo visto, estaba destinado a ser.

—Fritz —susurra Tommy—. Te llamas Fritz.

—Así es —responde Fritz, entrando en la habitación. Tommy retrocede tambaleándose. El tipo observa el dormitorio. Lo que ve parece agradarle—. Has hecho un trabajo excelente aquí. Ahora por fin puedes unirte a nosotros, y no habrá más dolor. Nunca más tendrás que…

—No le escuches, Tommy.

Tanto Tommy, que se había olvidado casi por completo de Gina, como Fritz giran la cabeza hacia ella.

Gina entra en el dormitorio, todavía con su hijo muerto en brazos. El rostro de Victor está quemado y lleno de ampollas, casi calvo. Los ojos de Gina están fijos en Fritz, y de pronto, arden con furia.

—No puedes llevártelo —dice—. Da media vuelta y lárgate, Fritz.

Tommy, atónito, mira al tipo esperando su reacción.

Fritz entrecierra los ojos.

—Gina —murmura, luego suspira profundamente—. Se suponía que debías estar muerta.

—Siento decepcionarte —responde ella—. Ahora, vete.

—Después de ti —dice Fritz con una sonrisa sarcástica. Levanta la mano, con la palma hacia Gina, y hace un gesto como de empujar.

Tommy recuerda bien de lo que es capaz ese tipo extraño. Mira a Gina, esperando verla salir despedida hacia atrás.

Pero, para su sorpresa, no pasa nada.

Fritz repite el gesto.

Gina sigue de pie, firme, con Victor en brazos, sin moverse. Su mirada permanece fija en Fritz.

—¿Qué demonios…? —murmura Fritz, levantando la otra mano y repitiendo el gesto, con más fuerza esta vez. Aun así, no consigue nada. Se mira las manos—. Vaya, qué curioso.

Gina vuelve la cabeza hacia Tommy, y la furia se disipa de su rostro como agua sobre una sartén al rojo vivo. Aunque sus ojos siguen brillando, ahora lo que emiten es amor.

—Escúchame, Tommy. Tienes que perdonarle. Perdonar a tu padre por haberte dejado. Solo quería estar contigo, verte crecer.

Tommy siente como si un puño cerrado le golpeara directamente en el corazón. Gime y se cubre la boca con una mano para no volver a romper a llorar.

—No escuches esas tonterías —gruñe Fritz, extendiendo una mano para posarla sobre el hombro de Tommy—. Está manipulándote, Tommy. Aquí no hay nada para ti salvo dolor y miseria. Ven conmigo, y todo desaparecerá.

—Por favor, Tommy —dice Gina—. Tu padre te amaba más que a nada en el mundo. Aunque nunca te lo dijera. Sabes que lo que digo es cierto. Créelo. Y luego déjalo marchar.

Las palabras impactan en Tommy como un puñetazo en el pecho. Siente físicamente el dolor que le provocan. Tal vez sea cierto. Tal vez.

Pero Tommy no puede asumirlo. No ahora, ni nunca. Es demasiado doloroso.

Fritz le aprieta el hombro y se inclina más cerca.

—Mira a tu alrededor, Tommy. Mataste a un montón de gente. ¿De verdad crees que te perdonarán? Joder, mataste al chico que ella lleva en brazos…

Ante eso, Gina vuelve a fijar la mirada en Fritz, y la furia regresa.

—Si cruzas esa puerta conmigo, todo desaparecerá para siempre —prosigue Fritz—. Será como si nunca hubiera ocurrido. Todavía puedes tener una vida, Tommy. Incluso un propósito. O puedes quedarte aquí y dejar que el miedo, la pena y la culpa te devoren. Tú decides.

—No te vayas, Tommy —dice Gina.

Una parte de él se resiste a marcharse.

Pero hay otra, mucho más fuerte, que ya ha tomado la decisión.

Y cuando Fritz lo empuja suavemente para que lo acompañe, Tommy lo sigue voluntariamente.

—Quédate, Tommy —dice Gina en un último intento—. Perdónale. Perdónate.

Justo antes de cruzar el umbral, Tommy lanza una última mirada a Gina y susurra:

—Lo siento muchísimo.

25

GINA

Observa cómo se cierra la puerta corredera, pero no intenta seguir ni a Fritz ni a Tommy.

Por un lado, sabe que si corre hasta allí y la abre, solo encontrará el sótano. Además, la decisión es de Tommy. No puede obligarlo a quedarse.

Al verlo marcharse, siente una tristeza profunda, lo cual le sorprende. Él mató a Victor. Gina debería estar llena de rabia contra él. Sin duda, así habría reaccionado en el pasado.

Y, sin embargo, desde un lugar más profundo, lo único que siente por Tommy es empatía al verlo seguir a Fritz hacia el hangar.

Porque lo que le dijo a Tommy, al ofrecerle el perdón por haberle arrebatado a su hijo, era verdad.

Quiere odiarlo. Lo desea con todas sus fuerzas. El alivio que proporciona tener a alguien a quien culpar es tremendamente tentador.

Pero la nueva versión de sí misma lo ve todo con claridad. De algún modo, es capaz de observar las cosas desde arriba, y aunque siente el dolor, la herida y el duelo por la pérdida de su hijo, esa otra perspectiva no desaparece. Aquella que le permite comprender que Tommy nunca quiso que nada de esto sucediera. Que no es más que una marioneta con apariencia de libre albedrío, pero que, al mirar

más de cerca, ella distingue al titiritero oculto en las sombras, moviendo los hilos.

Sería fácil caer en la negación. Decidir no ver los hilos. Volcar todo su odio en Tommy. Dejar que los vientos del odio se la lleven.

Casi lo hace cuando vio a Fritz. Él, desde luego, era mucho más digno de su odio. Y aun así, en su interior, sabía que tampoco él era el verdadero titiritero. Que también estaba siendo dirigido por fuerzas fuera de su control.

Y por eso, Gina no odiará a nadie. Porque sabe lo que el odio es en realidad. Tristeza. Una pena tan profunda que parece haberle arrancado el fondo del alma, su esencia desangrándose, y sabe con certeza que nunca cicatrizará del todo, y que ese duelo la acompañará por siempre. Porque está hecho del amor que siente por Victor, y ese amor es eterno, y no permitirá que se vuelva rancio transformándolo en ira o sed de venganza.

Se da la vuelta y saca a Victor de la casa en llamas.

Cuando llega a la ventana, llama a John, y él acude de inmediato.

—Por favor, coge a mi hijo —se oye decir tras la bufanda.

John extiende su brazo bueno, y Gina le entrega a Victor con suavidad. John no pregunta nada. Simplemente lo sostiene lo mejor que puede con un solo brazo, y murmura:

—Lo siento muchísimo.

Gina asiente, retirándose la bufanda.

—Gracias. Dámelo otra vez.

Justo al tomar de nuevo a Victor, la voz de Anton resuena detrás de ella:

—¿Mamá?

Gina se gira y ve a Anton de pie allí. Está mirando fijamente a su hermano. Gina acuna a Victor como solía hacerlo cuando era pequeño.

—Sé que esto no será fácil para ti, cariño —dice Gina—. Pero tu hermano ha muerto.

Anton permanece inmóvil. Parece debatirse entre salir corriendo o acercarse. Sus ojos están fijos en el rostro de Victor. Gina le da tiempo para asimilarlo.

John ha regresado junto a Lisa, abrazándola. La niña llora contra su pecho.

«Cuatro», piensa Gina. «Solo quedamos cuatro. Vic, Patrick, Thomas, Tom, Karen, Otto. Todos están muertos.»

Entonces se oye un ladrido en el patio trasero. Gira la cabeza y ve a Rex acercándose, agachado, con el rabo entre las piernas y las orejas bajas. Lisa se suelta de su padre y se agacha, con el rostro empapado en lágrimas.

—Ven, chico —solloza—. Ya pasó.

El perro corre hacia ella y le lame las manos y la cara.

Gina se da cuenta de que Anton se ha acercado. Alarga lentamente la mano y acaricia con ternura la mejilla de Victor.

A Gina le viene a la memoria una imagen nítida: los niños, aún incapaces de caminar, sentados en una manta en el suelo del salón. Victor llora, y Anton saca su propio chupete y se lo pone a su hermano en la boca. Victor, sorprendido por el gesto, olvida de inmediato lo que le afligía y, en su lugar, se ríe con su hermano.

Entonces Gina ya no puede mantenerse en pie. Las piernas se le doblan y cae de rodillas. Abraza con fuerza a Victor, negándose a soltarlo. Comienza a llorar sobre su cabello chamuscado.

—Ay, mi niño… mi dulce bebé…

Entre lágrimas y mechones quemados, ve el rostro de Anton acercándose al inclinarse también de rodillas, los ojos rebosando lágrimas. Se inclina y rodea a Gina con los brazos, uniéndose a ella en el abrazo a Victor.

Lloran juntos durante mucho, mucho tiempo.

26

FRITZ

Entra en el hangar esperando que el Portero les reciba.

Entonces recuerda dónde está el Portero, y no puede evitar mirar hacia la cruz. Aún suspendido del techo por finos alambres metálicos, el grandullón está clavado a ella, vistiendo solo unos calzoncillos empapados en orina. La sangre ha manado de sus muñecas y tobillos donde le metieron los clavos, y su rostro también está oscurecido por las vetas secas que bajan de la frente desgarrada donde aún descansa la corona de espino.

Aunque todo salió bien con su hijo, Fritz aún necesitaba castigar a alguien por haber facilitado la cesárea que le costó la vida a Melissa. Y como el Obstetra ya estaba muerto, el Portero era la siguiente opción lógica. Era cuestión de dar ejemplo. No podía permitir que la gente actuase a sus espaldas así como así.

Así que Fritz cierra él mismo la puerta tras ellos, cortando la vista hacia la casa en llamas.

—¿Dónde… dónde estamos? —pregunta Tommy, parpadeando con aire soñador.

—Estamos en casa —le dice Fritz—. Te gustará este lugar, Tommy. ¡Eh, tú! —Fritz hace una señal a la mujer más cercana.

Ella se acerca de inmediato.

—¿Sí, Profeta?

—Este es nuestro recién llegado. Lo llamaremos… —Fritz mira a Tommy y sonríe—. El Bombardero. Cuídalo bien. Báñalo, dale de comer.

—Por supuesto —responde la mujer con una ligera inclinación de cabeza. Luego mira a Tommy con una sonrisa pálida—. Hola, Bombardero. Me llamo la Gemela. Ven, te enseñaré dónde están las duchas.

Tommy duda solo un instante, lanza una última mirada a Fritz, y luego sigue a la mujer.

Fritz cruza el hangar a zancadas. A medida que la gente lo ve, se aparta de su camino, lo saluda o hace sus ridículas reverencias. Sube corriendo las escaleras hasta la oficina. Al cerrar la puerta, le recibe el hedor ya familiar de sangre. Aunque mandó cambiar las sábanas y limpiar bien el suelo, el olor no desaparece. Está allí como un recordatorio constante de Melissa. Aunque no sea su sangre la que huele.

Sobre la cama está su hijo. De espaldas, con las piernas ya largas cruzadas, y royendo algo.

—Hola, hijo —dice Fritz, quitándose los zapatos.

Su hijo gira la cabeza casi ciento ochenta grados. Le mira con unos ojos muy humanos, pero ligeramente demasiado grandes y redondos. Tiene sangre en la boca. Enseña los dientes puntiagudos con una sonrisa.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Bien —suspira Fritz, dejándose caer al borde de la cama—. Pero ha surgido algo. Algo inesperado. El plan no salió como esperaba.

—Vaya. Qué pena —dice su hijo, frunciendo el ceño en un intento de mostrar una emoción de aflicción empática—. ¿Puedes arreglarlo?

—No estoy seguro —responde Fritz, mordiéndose una uña—. Tendré que hablar con nuestros amos.

Su hijo asiente y vuelve a comer. Es prácticamente lo único que hace. No parece necesitar dormir, pero tiene un apetito voraz. Fritz le ofreció todo tipo de comida. Primero intentó lo que se supone que comen los bebés: yogur, plátanos, incluso gachas de avena. Ahora le parece ridículo. Cuando su hijo rechazó todo eso, probó con proteínas. Requesón, tofu, huevos duros. Ni los probó. Luego Fritz

intentó con pollo frito, y vio que su hijo mostraba algo de interés. Mordisqueó el muslo, masticó y tragó un par de bocados. Luego negó con la cabeza y lo tiró al suelo.

Finalmente, Fritz comprendió que no había alternativa. Solo había una cosa que su hijo aceptaba comer.

Y por suerte, había bastante. Ni siquiera hacía falta matar a nadie. Simplemente traía de vuelta cadáveres recientes cuando se encontraba alguno. Eso era todo. Su hijo se encargaba del resto.

El montón de ropa en la esquina empieza a crecer otra vez, y pronto Fritz tendrá que pedir a alguien que lo recoja. Hay cinturones, zapatos, relojes, anillos, gorras y otras cosas. Incluso un par de clavos quirúrgicos y un marcapasos.

Junto a él hay un saco de arpillera. Ese se vacía cada noche. Fritz no soporta dormir con él en la habitación. Dentro hay huesos, cráneos y dientes. Todos completamente chupados. Al principio, su hijo simplemente tiraba al suelo esos restos no masticables, pero Fritz trajo el saco y le indicó que lo usara.

Termina de devorar lo que tenía entre manos, es un antebrazo, según cree Fritz, y se levanta de la cama. Al hacerlo, Fritz se sobrecoge al ver lo rápido que está creciendo. Alto y delgado, ya ha superado a Fritz por unos centímetros. Y a juzgar por la delgadez de sus brazos y piernas, parece haber alcanzado un estado de pubertad. Lo que significa que crecerá aún más.

Va hasta el saco, con pasos elásticos y elegantes, y deja el hueso dentro.

Luego se gira y mira a Fritz.

—¿Has traído más, papá?

—No, esta vez no, me temo —responde Fritz—. Pero te traeré más pronto.

—Bien. Porque tengo hambre.

—Lo sé, hijo —gruñe Fritz—. Siempre tienes hambre.

Su hijo se acerca a la ventana para mirar el hangar. Fritz recuerda la primera vez que le vio hacerlo—hace apenas unos días. Tenía que ponerse de puntillas para mirar. Ahora se encorva, su cuerpo es tan ancho que tapa toda la ventana. Ha crecido varios centímetros

desde la última vez que lo vio. La ropa que le trajo ya le queda corta. Pronto tendrá que mandarle hacer prendas a medida.

—¿Cuándo podré salir, papá?

—Pronto —le dice Fritz—, como tantas veces. Solo quiero asegurarme de que estás completamente preparado, hijo. Créeme, estoy deseando enseñarte el mundo. Y mostrarle el mundo quién eres tú.

Su hijo se gira.

—Creo que ya estoy listo.

—¿De verdad?

Asiente.

—Ajá.

—Me preocupa que te hagan daño, hijo. El mundo puede ser un lugar peligroso.

—Nadie puede hacerme daño. Si lo intentan, les haré daño yo primero. —Lo dice sin mostrar emoción, pero Fritz sabe que lo dice en serio. Habiendo sido testigo de la fuerza de su hijo varias veces, Fritz no teme que alguien lo ataque. Le ha visto levantar cadáveres como si fuesen de poliestireno, romper huesos para alcanzar el tuétano como si fuesen palillos.

Fritz lo examina de arriba abajo.

—Lo que quiero decir es que no estoy seguro de que estés maduro mentalmente. Sé que entiendes muchas cosas, pero aún tienes mucho que aprender. Los humanos son complicados. Y no quiero que acabes como yo…

Esa última parte se le escapa antes de poder evitarlo. Se arrepiente de inmediato.

Su hijo ladea la cabeza.

—¿Cómo acabaste tú, papá?

Fritz respira hondo.

—Sufrí la mayor parte de mi vida. Tenía una enfermedad mental. Al menos a ojos del mundo. Me hicieron… cosas horribles. Así son los seres humanos. Todo lo que se sale de la norma, tratan de forzarlo a encajar. Cueste lo que cueste. Y tú… mi precioso niño… tú eres sin duda diferente. Por eso me preocupa cómo te recibirán. Porque si llegan a asustarse, podrían hacerte cosas terribles.

Su hijo lo medita un momento. Luego se acerca y le coloca una gran mano en el hombro. Al mirar hacia abajo, le sonríe de forma abrumadora.

—No tienes que preocuparte, papá. Asustaré a la gente. Y estarán en lo cierto al tener miedo. Porque yo soy su amo, y deben temblar con solo verme.

Fritz siente un escalofrío recorrerle la espalda. Es una mezcla de asombro, miedo y emoción.

—Tienes razón, hijo. A veces olvido lo que eres en realidad: un dios en un cuerpo físico.

Su hijo asiente.

—Exacto. Y aunque me teman, mi propósito no es asustarlos. Es gobernar. Guiarlos hacia el nuevo mundo. Me uniré a mis hermanos, y juntos construiremos un futuro mejor y más fuerte para todos.

En un destello, Fritz recuerda lo que vio en los vídeos que hizo su padre. Nunca le habló a su hijo de ellos, y aun así, parece saber que otros dioses están naciendo en todo el mundo.

—De acuerdo —dice Fritz. Y lo repite con más énfasis—: De acuerdo. Voy a traerte ropa nueva y saldremos juntos a saludarlos a todos. Te mostraré el cielo. Y tú podrás moverte libremente por el mundo.

Su hijo sonríe.

—Gracias, papá.

—Solo nos falta —dice Fritz, pensativo— un nombre para ti. Algo que la gente pueda usar al hablar de ti.

Su hijo parpadea.

—¿Qué nombre me pondrás, papá?

Fritz lo medita. Cuando supo que Melissa estaba embarazada, tuvo claro al instante cómo quería que se llamara el niño. En honor a su propio padre, le pondría su nombre. Pero ahora que sabe que su padre está en contra de su causa, ya no está seguro de que ese nombre sea apropiado.

Entonces, de pronto, la respuesta le llega, como caída del cielo.

—Frej —dice—. Te llamarás Frej.

Su hijo solo lo mira.

—Significa "señor" —explica Fritz—. Es un nombre antiguo nórdico. El dios de la prosperidad y el éxito.

Su hijo sonríe.

—Me gusta. Frej. —Pronuncia el nombre como si lo probara—. Yo soy Frej.

—Sí que lo eres —le dice Fritz, sonriendo—. Ahora, Frej, déjame traerte ropa nueva y algo de comer, y saldremos a saludar al pueblo.

—Me encantaría, papá.

Fritz se da la vuelta y va hacia la puerta. Justo cuando está a punto de abrirla, las voces hablan.

«¿No estás olvidando algo, Fritz?»

Fritz mira atrás. Su hijo se ha vuelto a sentar en la cama, de espaldas. Parece estar royendo otro hueso ya limpio.

«Gina. Sigue viva. La bomba no la alcanzó.»

«Lo sé», responde Fritz en sus pensamientos. «Pero no entiendo cómo es posible. Debía de estar dentro de la casa cuando sucedió, y aun así…»

No importa ahora, Fritz. Lo que importa es que tenemos que matarla. Y por suerte, tenemos un plan de reserva.

Fritz parpadea. «¿Lo tenemos?»

«La niña.»

Fritz siente al instante el estómago encogerse. «Pensé… ¿no habíamos acordado que no era buena idea?»

«Los mendigos no pueden elegir, Fritz. Nuestras opciones acaban de reducirse considerablemente. Si tienes un plan mejor, estamos dispuestos a escucharlo.»

Fritz no lo tiene. Sabe que deben llegar hasta Gina. Que es la verdadera amenaza. Hasta ahora solo habían sido las voces las que le advertían sobre ella. Pero hoy, lo ha visto con sus propios ojos. La ha mirado a los ojos. Y sabe con certeza que, si Gina no cae, supondrá un verdadero peligro para ellos.

Y, sin embargo, ahora que él mismo es padre, involucrar a niños pequeños en el plan le resulta instintivamente incorrecto. Exponerlos al peligro simplemente no le parece bien.

Mira una vez más a su propio hijo. Al oír los gruñidos y los sonidos que hace mientras come, al ver los hombros moverse, siente un

amor y una conexión profunda. Algo que nunca había sentido antes.

«Recuerda por qué hacemos esto, Fritz. Por qué es absolutamente necesario.»

—Lo hacemos por él —susurra Fritz en voz baja.

Exacto. Y Gina es la única amenaza real que queda. Cuando acabemos con ella, el mundo será nuestro.

Fritz respira hondo al poner la mano en la puerta. Sabe, por supuesto, que las voces tienen razón. Si tienen cuidado, debería ser posible hacerlo sin que la niña muera.

Al menos, eso espera.

Abre la puerta, que da a la escalera. Baja al hangar. Agarra al primer hombre que encuentra y le dice con voz ronca:

—Busca a la Amapola y tráemela.

27

NICK

Nick siempre había preferido los espacios abiertos. Nunca le gustaron demasiado los cuartos pequeños ni otros lugares estrechos. Simplemente es más fácil orientarse cuando tienes una vista despejada.

Mientras camina por la ciudad, se siente naturalmente atraído por las calles más anchas, los aparcamientos y otras zonas donde los edificios no están tan pegados entre sí. Al llegar a la plaza del pueblo, siente que puede respirar un poco mejor.

Y eso a pesar de que algo espantoso ocurrió claramente allí.

El sentido del olfato de Nick es, como los demás, más agudo de lo normal, y capta de inmediato el hedor de la carne en descomposición.

A pesar de estar al aire libre, no puede evitar cubrirse la boca y la nariz con la manga.

Cientos de cadáveres están esparcidos sobre el empedrado. La mayoría parece haber sido tiroteada… o más bien acribillada, sería una palabra más precisa, porque tienen mucho más que unos cuantos impactos de bala.

En su mayoría son civiles, aunque también se ven bastantes soldados.

Los cuervos se están dando un festín: arrancan jugo de los globos oculares o se pelean por pedazos sueltos de piel.

En el centro de la plaza, donde se concentra el mayor número de cadáveres, hay también tres vehículos militares. El más pequeño es un todoterreno, volcado de lado. Los otros son un camión y algún tipo de transporte blindado de personal.

Nick no conoce la terminología militar, y para él simplemente parece un tanque, aunque no tenga cañón frontal. Lo que sí tiene es algo que parece una ametralladora pesada montada arriba, y Nick sospecha que fue eso lo que acabó con la mayoría de los ciegos en la plaza.

Si los soldados fueron enviados allí para enfrentarse a la horda, o si se toparon con ella por accidente, nadie lo sabrá jamás. Lo único claro es que hubo una batalla sangrienta… y que no parece haber ningún vencedor. Todos están muertos.

Nick tiene la intención de rodear la plaza, pues no quiere caminar sobre el campo de cadáveres. Pero algo del camión capta su atención. Al mirar más de cerca, se da cuenta de que el intermitente está encendido.

Nick frunce el ceño. «¿Está el motor en marcha?»

No puede asegurarlo con certeza, pero no lo parece. No se ve humo saliendo por la parte trasera. Y, normalmente, vehículos de ese tamaño vibran ligeramente cuando están al ralentí.

No cualquiera lo notaría, pero Nick sí: sus ojos están acostumbrados a percibir ese tipo de detalles.

Concluye que el camión está en marcha, aunque no puede ver si hay alguien al volante por el modo en que la luz del sol incide sobre el parabrisas.

Nick se muerde el labio y lanza automáticamente una mirada a su alrededor, asegurándose de que nadie se le acerque a hurtadillas. No hay nadie; parece ser el único ser vivo en la plaza.

«¿Debería ir a comprobarlo? Si funciona, me ahorraría horas de caminata.»

Más de una vez ha considerado encontrar un vehículo, e incluso pasó por delante de algunos con las llaves aún puestas. Pero decidió no hacerlo, simplemente porque el sonido del motor sin duda sacaría a los ciegos, y se vería rápidamente rodeado.

Pero con un camión de ese tamaño, uno diseñado para el combate, no tendría que preocuparse por eso. Si un grupo de ciegos lo acorralara, podría abrirse paso fácilmente.

Además, después de haber caminado durante días, la idea de sentarse es muy atractiva.

Así que Nick se dirige al centro de la plaza. Tiene mucho cuidado de no pisar a nadie. Un cuervo echa a volar de vez en cuando, y Nick capta cada movimiento. También examina los rostros de cada persona que pasa, asegurándose de que estén realmente muertos.

A medida que se acerca al camión, se vuelve más difícil encontrar lugares donde apoyar los pies, hasta que se vuelve imposible, y no tiene más remedio que recorrer los últimos seis metros pisando directamente sobre los cadáveres, que yacen en capas. El hedor ya es tan fuerte que ni siquiera puede mantenerlo a raya respirando por la manga. Estuvo a punto de caer más de una vez, pero ha logrado mantenerse en pie.

Al llegar al camión, mira dentro de la cabina para asegurarse de que está vacía. Luego va hasta la puerta del conductor y la abre.

Un soldado cae hacia fuera, casi derribando a Nick. Consigue aferrarse a la puerta mientras el cadáver se desploma sobre la pila de cuerpos. Nick lo observa brevemente. No está ciego. Sus ojos miran al cielo, con el iris y la pupila aún intactos. No hay duda sobre la causa de la muerte: le volaron la sien de un disparo. Por el otro lado del cráneo, la salida de la bala ha dejado una brecha espantosa.

Nick traga saliva y sube al camión, cerrando la puerta. Lo primero que nota es la pistola en el suelo. Hay sangre salpicada por todo el asiento del pasajero.

«Supongo que eligió la vía rápida», piensa Nick. «No puedo culparle.»

Las llaves están puestas. El asiento está un poco echado hacia atrás, y tarda medio minuto en ajustarlo. Al mirar por el retrovisor, ve la parte trasera del camión y se da cuenta de que olvidó comprobar si está vacía. Hay una ventanilla cuadrada detrás del asiento del conductor. Nick gira la cabeza para mirar a través de ella. Entrecierra los ojos y alcanza a ver dos filas de asientos, pero no hay nadie.

«Bien. Todo listo. Solo falta que arranque.»

Teme que la batería se haya agotado tras tener los intermitentes encendidos durante tanto tiempo.

Pero al girar la llave, siente cómo el motor cobra vida de inmediato. También se encienden las luces del tablero, revelando que el depósito está lleno.

«¡Sí, señor!», piensa Nick, sonriendo mientras agarra el volante. «Por fin, un poco de suerte.»

Trastea un momento con la palanca de cambios. Hace mucho que no conduce un coche, y desde luego nunca uno como ese. Pero logra ponerlo en primera, y entonces...

Entonces los ve.

Por toda la plaza, los ciegos empiezan a incorporarse. No llegan ni a uno de cada diez, pero aun así, son muchos. Evidentemente atraídos por el sonido del motor, todos se giran en la misma dirección y comienzan a avanzar.

«Muy bien. Hora de largarse de aquí.»

Nick acelera el motor, y solo entonces se da cuenta de que el camión está, en efecto, atrapado en medio de una pila de cadáveres de casi un metro de altura. No está seguro de poder salir de allí. Pero ahora, con docenas de ciegos acercándose desde todas partes, no tiene opción. No puede abandonar el camión.

Dirige la mirada hacia la pistola, que aún sigue en el suelo, y por un instante, se ve a sí mismo usándola para volarse los sesos, igual que hizo el conductor antes que él. Si de verdad está atrapado, si no puede salir de allí, esa visión espantosa podría hacerse realidad.

Avanza. Inmediatamente, el camión encuentra resistencia. Empuja los cadáveres unos metros, hasta que se hace más difícil, luego imposible, pues los cuerpos se acumulan delante del camión, casi alcanzando el parabrisas.

Nick mete la marcha atrás y retrocede hasta que ocurre lo mismo.

«Dios mío. Esto pinta mal. Tranquilo. Puedes hacerlo.»

Vuelve a meter primera y pisa el acelerador. De un tirón, el camión embiste la pila de cadáveres, haciéndolos volar en todas direcciones.

Nick esperaba abrirse paso, pero en lugar de eso, las ruedas delanteras se elevan y empiezan a trepar por el mar de cuerpos.

Siente cómo se deslizan mientras el camión se sacude y tambalea, avanzando con lentitud.

Los ciegos que aún siguen con vida ya han alcanzado el camión y se lanzan contra él sin preocuparse lo más mínimo por su propia seguridad.

La mayoría tropieza y acaba aplastada bajo las ruedas, pero algunos logran aferrarse a los laterales.

Un anciano sorprendentemente ágil empieza a golpear con fuerza la ventanilla del lado del pasajero.

Nick se concentra en maniobrar el camión sobre el terreno irregular cubierto de cadáveres, aferrado al volante y dosificando el acelerador cada vez que las ruedas empiezan a deslizarse.

«Si me quedo atascado ahora, no podré volver a arrancar.»

El camión se ralentiza casi hasta detenerse varias veces, pero logra mantenerlo en marcha. Y poco a poco, la pila de cadáveres comienza a ceder, hasta que por fin siente que las ruedas tocan el pavimento.

Aumenta ligeramente la velocidad, pasa a segunda, pero no se atreve a ir demasiado rápido, porque aún está pasando por encima de un cadáver cada tres metros, sintiéndolos aplastarse bajo las ruedas.

Y por fin, llega al borde de la plaza, saliendo a la calle contigua.

El anciano sigue colgado de la puerta del pasajero. Aunque está golpeando el cristal, alternando entre el puño y la frente, no parece capaz de romperlo. Al mirar por los retrovisores, Nick no ve a nadie más agarrado. Detrás, ve una docena de ciegos que intentan seguirle. Pronto quedan atrás.

Nick se da cuenta de que está empapado en sudor y temblando por completo. «Casi no lo cuento».

Conduce un par de manzanas más, solo para asegurarse de haber dejado atrás a sus perseguidores. Luego se detiene en medio de la calle, frenando en seco, con la esperanza de hacer que el anciano se suelte. Se tambalea hacia un lado, pero no pierde el agarre.

Nick se agacha y coge la pistola. No es muy experto en armas de fuego, pero sabe cómo comprobar el cargador, y ve que está lleno

salvo por una bala. Luego se inclina y baja un poco la ventanilla del pasajero.

El ciego lo nota enseguida y mete los dedos. Tira de la ventanilla con fuerza, intentando bajarla más, y de hecho consigue moverla un poco.

Entonces Nick apunta la pistola a su cara, gira la suya en otra dirección y aprieta el gatillo.

El retroceso es mucho mayor de lo que esperaba, y casi se golpea a sí mismo con el arma.

El ciego ha desaparecido. Nick deja la pistola en el asiento, vuelve a subir la ventanilla y continúa conduciendo.

28

CAMILLA

Se despierta con los gemidos de Danny.

Inmediatamente se incorpora apoyándose en un codo y se desabrocha el sujetador, ya lo hace de forma instintiva. Se inclina sobre él, pero vuelve a dormir plácidamente.

—¿No? —murmura—. ¿Falsa alarma? Bueno, vale...

Se recoge el pecho hinchado, que ya ha empezado a gotear, y nota que el disco absorbente está completamente empapado. Alarga la mano hacia otro en la mesilla, pero la caja está vacía. Recuerda que hay más en el baño.

Mark salió un par de veces del apartamento para traerle todo tipo de cosas de la tienda de comestibles cercana.

En cualquier caso, necesita orinar, así que se levanta.

Usando las mantas de repuesto, forma un pequeño nido para Danny del que no pueda rodar. Le aterra la idea de que se caiga al suelo, o que ella o Mark puedan aplastarlo sin querer durante la noche. Hasta ahora, sin embargo, las noches han transcurrido sin incidentes. Tampoco puede evitar preocuparse por el hecho de que el pobre crío ya ha dormido en demasiados sitios distintos, y por cómo puede afectarle eso. Todos esos olores diferentes… los recién nacidos son muy sensibles a esas cosas.

Por otra parte, teniendo en cuenta que están viviendo el fin del mundo, Danny podría estar mucho peor, así que intenta no

agobiarse demasiado. Mientras esté con ella, alimentado y consolado, probablemente estará bien.

Mark ronca profundamente, así que Camilla sale del dormitorio sin despertarlo. Deja la puerta entreabierta, por si Mark la llama si Danny se despierta y la necesita.

Mientras se desliza por el apartamento en penumbra, todavía no se ha acostumbrado del todo a la idea de que fue Erika —la amante de Mark— quien vivía allí.

Ha ido eliminando poco a poco todo lo que le recordaba a ella: las fotos en las paredes, el bolso rosa de la cocina, sus anticonceptivos, el perfume en el baño.

Incluso el osito de peluche que había en el dormitorio, con el que, al parecer, Erika seguía durmiendo.

Mark sugirió que se lo dieran a Danny. Aunque ahora está más atento y sensible, sigue siendo bastante torpe.

Por eso Camilla decidió esconder el peluche en el fondo de un armario, en lugar de dárselo al niño.

Ahora todo es más fácil, pero todavía la atormentan pensamientos desagradables. Como preguntarse cuántas veces estuvo Mark allí antes.

La cama en la que duermen los tres ahora… ¿qué habrán hecho él y Erika en ella?

Aunque Mark se comporta con ella y con Danny con todo el cariño del mundo, y ella no percibe en él más que afecto y entrega, no puede evitar recordar el daño que le hizo al engañarla mientras estaba embarazada.

El cambio en su actitud ha sido tan brusco, que sabe que necesitará tiempo para adaptarse… y para volver a confiar plenamente en él.

Sorprendentemente, no siente ni resentimiento ni animadversión hacia Erika. Solo compasión. Y eso ya era así incluso cuando ella aún vivía.

Siempre le pareció una niña perdida y herida, que no sabía lo que hacía.

Nunca la culpó de haber seducido a Mark ni de nada siniestro. Estaba bastante segura de que fue él quien dio el primer paso.

Y aunque no hubiera sido así, ni toda la seducción del mundo debería haber bastado para que él la traicionara con otra mujer.

La culpa seguía siendo de Mark.

Desde que habló abiertamente sobre el trauma de su pasado, ha estado sintiendo todo tipo de tormentas emocionales atravesarla. Brotes de vergüenza, ansiedad o tristeza que burbujeaban por su cuerpo, sin una causa concreta ni una invitación clara. A veces duraban unos minutos, otras, horas; y luego se desvanecían, dejándola un poco más ligera que antes.

Era como si su sistema, por fin, estuviera limpiando por sí solo todas esas emociones enterradas, ahora que la tapa se había levantado. No era precisamente agradable, pero sí necesario.

No enciende la luz del techo del baño; en su lugar, pulsa la vela eléctrica que Erika había dejado en una estantería junto a la bañera. Emite una luz suave y cálida, mucho más fácil de soportar para la vista.

Camilla se sienta en el inodoro y cambia automáticamente el salvaslip. Aunque sangra menos, sigue dejando algunas gotas cada vez que se revisa.

Los dolores y molestias en la parte baja del cuerpo también han mejorado, y casi puede volver a sentarse y caminar con normalidad. Lo cual, en sí mismo, ya es un enorme alivio.

En algún momento, tendrán que dejar el apartamento de Erika, por cómodo que sea. Y Camilla prefiere poder moverse por sí misma cuando llegue ese momento.

Mientras orina, echa un vistazo al baño y no puede evitar admirar una vez más lo bien decorado que está. Erika tenía muy buen gusto, y claramente no le faltaba dinero para comprar cosas. El piso en sí es casi tan grande como su casa, y probablemente más caro. Viviendo con el mismo sueldo que Mark, que no era nada del otro mundo, Camilla sospechaba mucho que Erika recibía dinero de sus padres. Lo cual no era para nada...

En algún lugar del apartamento, se abre una puerta. Como todo está completamente en silencio, sin tráfico fuera, Camilla puede oír claramente el giro del pomo y el chirrido suave de las bisagras.

Parece la puerta de la habitación al fondo del pasillo, la que era el despacho de Erika.

Camilla frunce el ceño. No ha oído a Mark cruzar el pasillo, y no puede imaginar qué querría en esa habitación.

«Espero que no esté sonámbulo otra vez...»

Mark solía hacerlo mucho hace unos años. Una vez casi se cayó y se hizo daño en la cocina. Cuando dejó de beber tanto los fines de semana, el problema desapareció.

—¿Mark? —pregunta—. ¿Estás bien, cariño?

Escucha. Se oyen pasos por el pasillo. Pero definitivamente no son de Mark. Para empezar, la persona lleva zapatos. Y además, son pisadas mucho más ligeras. Casi como... ¿de un niño?

Camilla mira hacia la apertura de la puerta mientras la persona se detiene justo fuera de su vista. Se inclina hacia un lado, intentando ver quién está allí, pero no alcanza a ver a nadie. ¿Habrá entrado un ciego en el piso?

Por alguna razón, Camilla no lo cree. Hay algo en la forma en que se mueve: no suena en absoluto como caminan los ciegos.

Considera brevemente si podría ser su fantasma. Pero no le cuadra en absoluto. Si fuera Allan quien está ahí fuera, estaría aterrada ahora mismo, y lo único que siente es confusión. No puede explicarlo, pero no le da miedo. Es casi como si intuyera que es alguien a quien conoce...

—¿Quién... quién está ahí? —susurra.

Al principio no hay respuesta, y está a punto de levantarse cuando una voz familiar dice:

—Hola, Camilla.

Se queda inmóvil. De repente, está absolutamente convencida de que está soñando. Que la que está sonámbula es ella. Porque la voz que acaba de oír pertenece a una persona que sabe con total certeza que está muerta. La vio con sus propios ojos saltar por una ventana del quinto piso.

—¿A-Alicia? —murmura.

Hay otra breve pausa. Luego, la puerta se abre lentamente.

29

ANTON

No parece real.

Aunque la prueba está justo delante de él, en forma del cuerpo quemado de Victor, Anton sigue sin poder creérselo.

Todo le parece más bien un sueño. Como una de esas pesadillas que tiene de vez en cuando, en las que ocurre algo terrible y, dentro del propio sueño, todo parece absolutamente real; está convencido de que lo horrible ha pasado de verdad.

Luego, al despertar, siente alivio al descubrir que solo fue un sueño. Pero la intensidad de lo vivido, la autenticidad con la que su imaginación se lo mostró, fue tan convincente que le lleva minutos, incluso horas, convencerse del todo de que aquello no ocurrió realmente.

Esto, que Victor esté muerto, tiene que ser simplemente una de esas pesadillas. Parece muy convincente, pero no puede ser cierto. No puede ser. Anton se despertará en cualquier momento y verá que ambos siguen dentro de la casa segura, que estará intacta y perfectamente bien, porque la bomba que hizo estallar Tommy solo formaba parte del sueño, y los demás también seguirán allí, vivos y a salvo.

—¿Ant?

Parpadea al oír que su madre pronuncia su nombre. Se descubre de pie en el jardín trasero, al fondo del césped.

Lisa está justo a su lado. Tiene un brazo rodeándole los hombros. Lleva una gorra, igual que Anton. Ya no está llorando, pero tiene los ojos rojos e hinchados. Está mirando el agujero que ha aparecido mágicamente ante ellos. Es grande, rectangular, y Victor yace en el fondo, boca arriba, con las manos sobre el estómago.

Entre los pies de Lisa está Rex.

Junto al agujero están su madre y John. Ambos tienen palas en las manos, lo cual significa que, probablemente, el agujero no apareció por sí solo después de todo. Uno de los brazos de John está envuelto en algún tipo de venda y cuelga de una cabestrilla improvisada atada al cuello.

—¿Quieres decir algo? —pregunta su madre—. Antes de cubrir la tumba.

Anton da un paso más. Mira el rostro de Victor. Su madre lo ha limpiado un poco, y ahora se parece más a sí mismo. Anton casi puede engañarse pensando que su hermano simplemente está dormido.

«Esto es un sueño, tiene que serlo.»

—Lo siento —dice—. No quería decir nada de lo que dije. Te quiero, Vic.

Detrás de él, Lisa rompe a llorar. Se ha apartado un poco, y Anton se da cuenta de que está mirando lo que al principio creyó un parterre sin flores. Al mirar mejor, distingue que es otra tumba. Esta ya ha sido cubierta.

«Su madre está allí abajo.»

Si esto es realmente un sueño, entonces quizá Lisa también lo está soñando. Quizá los dos se despertarán dentro de un momento.

Su madre y John empiezan a echar tierra en el agujero. Victor no reacciona cuando le cae sobre las piernas, las manos, el estómago y el pecho. Finalmente, empieza a cubrirle también la cara, y aun así no se mueve ni se sobresalta.

«Esto no es un sueño», se da cuenta Anton. «Vic se ha ido de verdad.»

Se sienta al borde de la tumba. Pasa las manos por la hierba. Es suave al tacto. Nunca antes se había fijado en cómo se siente de verdad la hierba.

Puede oír el crepitar de las llamas que siguen devorando los restos de la casa segura.

Más lejos, oye cantar a los pájaros.

Cuando vuelve a levantar la mirada, la tumba de Vic ya está cubierta. John y su madre están alisando la tierra por encima.

«Vic se convertirá en hierba ahora», piensa, sin saber muy bien de dónde le viene el pensamiento. «Yo también, algún día. Quizá nos reencontremos como hierba. Quién sabe.»

—Bueno —dice John, apoyado en la pala. Suena muy cansado—. ¿Y ahora qué hacemos? —Vuelve el rostro hacia Gina.

Ella se limpia el sudor de la frente, dejando una mancha de tierra.

—No podemos quedarnos aquí. Es un milagro que aún no hayan venido los ciegos.

—Pero el sótano... —empieza John.

—Probablemente esté bien —responde Gina—. Pero ¿de verdad quieres vivir ahí abajo, John? Después de lo que acaba de pasar.

John vuelve la cara hacia los escombros en llamas y traga saliva.

—No. Tienes razón. Podríamos ir a casa de Karen. Es lo bastante grande, y se pueden tapiar las ventanas. No está lejos de aquí.

Gina asiente.

—Supongo que es tan buen sitio como cualquier otro ahora mismo. Pero no podemos coger mi coche. Las llaves estaban en la casa.

—Las mías también —dice John, aún más abatido—. Nunca las encontraremos.

—Entonces tendremos que buscar otra forma de... —Gina se interrumpe al mirar a Rex, que de repente se pone en pie. Con un breve ladrido, eriza el lomo.

Anton sigue la mirada del perro.

Un chico joven y delgado está allí de pie. Anton ya lo ha visto antes, aunque ahora parece mayor y más desgastado. Es el chico sordo.

—Nick —dice Gina—. No esperaba verte aquí.

Su madre no es la única sorprendida; el rostro de Nick es una máscara de asombro. Señala la casa, luego se encoge de hombros en un gesto exagerado de «¿qué demonios ha pasado?».

—Fue una bomba —dice Gina—. Solo quedamos nosotros.

La expresión de Nick se torna triste, y se persigna.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunta John.

Nick imita que sostiene un volante.

—Condujo —dice Gina—. ¿En un coche?

Nick niega con la cabeza, junta las palmas y luego las separa.

—¿Algo más grande? ¿Un camión?

Nick asiente, luego simula estar disparando con lo que parece una ametralladora.

Gina frunce el ceño.

—¿Un camión militar?

Él le señala a ella.

—Bueno, eso debería ser lo bastante grande para todos —dice John, extendiendo la mano en dirección a Lisa. Ella se acerca y se la toma—. Yo digo que nos pongamos en marcha —Luego, bajando la cabeza, añade—: Aquí ya no queda nada para nosotros.

30

CAMILLA

Durante lo que le parecen varios minutos, no puede hacer otra cosa que mirar fijamente a la niña.

Es realmente Alicia. No una imitación. Y tampoco está muerta. De hecho, parece perfectamente ilesa, salvo por un par de medias lunas oscuras y poco saludables bajo los ojos. Y está un poco más pálida también. Como si no hubiera tomado mucho sol ni aire fresco últimamente. También parece mayor. Como si hubiera crecido unos centímetros y envejecido seis meses desde la última vez que Camilla la vio, que fue hace apenas, ¿qué?, ¿una semana?

El mayor cambio, sin embargo, está en su ropa. Va vestida toda de negro: pantalones, camiseta y zapatos. No es precisamente lo que una niña pequeña llevaría, ni debería llevar, y le queda un poco ridículo. Como si estuviera intentando disfrazarse de un importante hombre de negocios o algo por el estilo. Solo le faltan las gafas de sol. Su hermoso pelo rojo, que solía llevar recogido en una coleta, ahora está lavado y peinado hacia atrás, tras las orejas, sujeto con una fina diadema negra.

Sus ojos no están tan vivos como Camilla recordaba, aunque sí están muy atentos, ya que recorren brevemente el baño, como comprobando que no haya nadie más, antes de posarse sobre Camilla.

Lo que debería ser una sonrisa parece más bien un espasmo involuntario en la comisura de los labios de la niña.

—Pensaste que estaba muerta, ¿verdad?

—S-sí —oye decir Camilla—. Lo creí. ¿Cómo has…? ¿Dónde has estado…? ¿Qué ha pasado, Alicia?

—Ya no me llamo Alicia —dice la niña—. Ahora soy la Amapola. Por el color de mi pelo.

—¿Cómo es posible que sigas viva? —susurra Camilla.

—No me caí por la ventana —dice Alicia, encogiéndose de hombros—. Me fui a otro sitio. Se llama el Palacio. Hay mucha gente allí. Todos han sido muy amables conmigo. Especialmente el Profeta. Él hizo que el fantasma de mi madre desapareciera, Camilla —dice con otra sonrisa pálida, casi imperceptible—. ¿No es genial? No la he vuelto a ver desde entonces, y ya no tengo miedo.

—Eso… eso está bien —dice Camilla. Una sensación muy mala comienza a apoderarse de ella. Aunque está completamente segura de que la niña que tiene delante es realmente Alicia, siente como si fuera otra persona. Como un robot programado para actuar y hablar de cierta forma—. Me alegra tanto verte de nuevo.

Y lo dice de verdad. Sea cual sea la extraña transformación que la niña haya experimentado, sin importar con quién haya estado desde que salió de la biblioteca de aquella forma tan dramática, Camilla siente que el corazón se le llena de alegría y alivio al verla viva y, en cierto modo, bien.

—A mí también me alegra verte —dice Alicia, con un tono bastante sincero, aunque también distraído. Como si su mente estuviera en otro sitio—. Pero tengo que irme otra vez…

—¿Qué? No. Por favor, déjame terminar aquí…

Camilla empieza a subirse los pantalones apresuradamente.

Alicia da un paso dentro del baño, y Camilla espera que venga a abrazarla o algo así. En lugar de eso, la niña extiende la mano hacia la puerta, saca la llave, y luego vuelve al pasillo.

Cuando Camilla por fin consigue ponerse de pie, Alicia ya ha introducido la llave desde fuera. Con la otra mano, sujeta el pomo, lista para cerrarla y girar la llave.

Camilla duda, sintiendo cómo el corazón le late con fuerza en el pecho.

—¿Qué estás haciendo, Alicia?

—Por favor, no me llames así —dice la niña. Luego, con una pizca de verdadero pesar en la voz, añade—: Lo siento mucho. En realidad no quería hacerlo. Pero tengo que hacerlo. Es muy importante. Si simplemente haces lo que él quiere, nadie saldrá herido.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Y quién te obliga?

—Te lo dije. El Profeta. Ha sido muy amable conmigo.

—Sea lo que sea que quiere que hagas, sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad?

—Sí —dice Alicia, con tono apenado—. Sí tengo. Porque me ayudó. Hizo que el fantasma de mi madre desapareciera.

La forma en que repite la frase, como una grabación que se reproduce, le pone los pelos de punta a Camilla. Ahora está segura de que no es realmente Alicia quien actúa por su propia voluntad. Alguien la ha lavado el cerebro, amenazado o coaccionado para que diga y haga lo que está a punto de hacer.

Hay cuatro, casi cinco pasos desde el váter hasta la puerta—maldita Erika y su enorme cuarto de baño—y Camilla no llegará a tiempo si intenta alcanzarla antes de que Alicia cierre la puerta y gire la llave. Así que necesita convencerla de que no lo haga.

—Me gustaría que me contaras un poco más sobre dónde has estado, Alicia —dice, intentando sonar sincera—. Ese sitio que mencionaste… el Palacio, ¿verdad? ¿Dónde está? ¿Es como un palacio de verdad?

—Es un edificio enorme donde antes había…

Alicia deja de hablar de repente.

—Lo siento —dice—. No se supone que deba contarlo.

—Está bien, no pasa nada. ¿Y ese tipo? ¿El Profeta? ¿Puedes contarme algo más sobre él?

—No tengo por qué —dice Alicia—. Porque tú ya lo conociste. Él mismo lo dijo.

—¿De verdad? ¿Cómo es?

—Es alto y delgado y tiene ojos amables. Es… guapo.

Dice esa última palabra como una colegiala tímida describiendo a alguien que le gusta, y eso le parte un poco el corazón a Camilla.

—No me suena de nada —dice—. ¿Tiene un nombre real?

Alicia lo piensa un segundo.

—Sí. Se llamaba Fritz.

Camilla siente que se le va la sangre de la cabeza, dejándola mareada.

—Ah. Sí. Ahora lo recuerdo.

Alicia hace ademán de cerrar la puerta.

—Tengo que hacerlo ya, Camilla. Lo siento. Solo haz lo que él pide. Entonces pronto podremos estar todos juntos.

—No, Alicia, por favor espera…

Pero Alicia cierra la puerta, y Camilla se lanza hacia ella, casi resbalando sobre las baldosas. Agarra el pomo medio segundo demasiado tarde. Sacude la puerta, golpeándola con fuerza y gritando:

—¡¿Alicia?! ¡Alicia, por favor, abre la puerta! Esto no está bien. Por favor, déjame salir, ¡ahora mismo!

Contiene la respiración, sintiendo el pulso retumbarle en los oídos. Alicia no contesta. La oye alejarse por el pasillo.

Hacia el dormitorio.

—¡Mark! —grita Camilla, golpeando la puerta con ambas palmas—. ¡Maaark! ¡Despierta!

31

JOHN

—Todavía no puedo creer que Tommy hiciera esto.

John no se da cuenta de que ha hablado en voz alta hasta que Gina le responde:

—Yo tampoco.

Habla en voz baja, casi demasiado como para que John la oiga. Está sentada frente a él, y a su lado está Anton. Junto a John está Lisa, apoyada contra él. Por su respiración, deduce que está dormida.

Es lo mejor por ahora. Necesita descansar. Y no la culpa. El sonido del motor es un murmullo constante, y el vaivén del camión adormece con facilidad.

John, sin embargo, no tiene sueño. No ahora. El dolor en el brazo es demasiado intenso para permitírselo.

El cabestrillo le alivia bastante; al menos le permite dejar el brazo en reposo.

Por la forma en que la hinchazón ha disminuido, está casi convencido de que la fractura se curará sola, siempre que no vuelva a forzarla sin darse cuenta.

Se pasa la mano por la mandíbula. Se afeitó en la casa segura, en la ducha. A Karen siempre le gustaba que estuviera bien afeitado. No es que importe ahora. Karen está muerta. Igual que los demás.

—¿De verdad tenemos alguna posibilidad? —murmura John.

Gina parece pensarlo un momento.

—Eso espero —dice.

—Pero me refiero a que esto… lo que sea contra lo que estemos luchando… no se detiene ante nada con tal de alcanzarnos.

—Lo sé. No podemos limitarnos a escondernos o esperar. Tenemos que actuar. Victor tenía razón.

Esa última frase la dice tan en voz baja que John apenas la capta.

—No quiero sonar pesimista —dice John—, pero míranos. Solo somos cinco.

—No creo que los números importen tanto —responde Gina.

—¿Y qué sugieres que hagamos entonces?

Gina se queda pensativa un buen rato. Finalmente, dice:

—Conocí a Franz Hagen. El hombre al que buscabas hace seis años. No te lo dije antes porque quería compartirlo con todos en la casa.

John arquea las cejas.

—Yo también lo conocí. No tenía muchas ganas de hablar. Espero que tú le sacaras más partido.

—Sí. Me contó muchas cosas sobre lo que está ocurriendo.

—Por favor, cuéntame lo que sepas.

Gina toma aire y empieza a hablar:

—Se están formando grupos por todo el mundo. Las fuerzas del mal los guían, eligen a líderes que, después, dan a luz a esas… criaturas. Básicamente, son manifestaciones físicas del mal que está detrás de todo esto.

Franz quería que lo supiera, por si acaso había una posibilidad de detenerlo. Pero también dijo que, muy probablemente, ya sea demasiado tarde.

En ese caso, nuestra única opción es matar a las criaturas.

John asimila la información. Es una locura, claro. Pero también lo es todo lo que ocurre a su alrededor.

—¿Se les puede matar?

—Él creía que sí. Porque se vuelven mortales una vez que nacen. Pero probablemente poseen una fuerza y habilidades muy superiores a las humanas, así que no será fácil.

—¿Y cuántas hay?

Hay una breve pausa.

—Dijo que en Dinamarca solo hay un grupo. Está en la base aérea de Karup, en Jutlandia. Pero es porque somos una nación pequeña. En Alemania, ya encontró ocho. A escala mundial…

—Cristo —murmura John.

Hay un momento de silencio en el interior del camión.

—Así que no solo debemos preocuparnos por los ciegos —concluye John—. Ni por los que quieren matarnos. Ahora también somos cazadores de monstruos.

—Podrías verlo así, sí. La buena noticia es que Hagen estaba bastante seguro de que si conseguimos matarlos a todos, desaparecerán para siempre. Porque al entrar en el mundo físico, abandonan la dimensión en la que habitan actualmente.

—¿Así que, en cierto modo, se vuelven vulnerables? —John se encoge de hombros—. ¿Por qué harían eso? Suena estúpido.

—Supongo que se creen invencibles. Además, sus siervos hacen todo lo posible por allanarles el camino, destruyendo a todo aquel que no sea parte de su causa.

—O sea, nosotros —murmura John—. Operando a través de Tommy.

—Exactamente.

Permanecen en silencio otro minuto.

De repente, empieza a sonar un teléfono.

John oye a Anton gruñir:

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Tranquilo, cariño —dice Gina—. Vuelve a dormir. Solo es mi teléfono.

—¿Quién te llama? —pregunta Anton, con voz adormilada.

Gina no responde de inmediato. Cuando lo hace, parece que le habla a John:

—Es Mark. Mark Hoffman.

32

MARK

—¡Mark! ¡Maaark! ¡Despierta!

El grito de Camilla pronunciando su nombre desde algún lugar lejano lo arranca de un sueño agradable. Se incorpora, y durante un momento no recuerda dónde está. Luego reconoce el dormitorio de Erika, y todo vuelve a su mente. Danny duerme de lado justo a su lado, pero el lado de la cama de Camilla está vacío.

El piso está completamente en silencio durante un instante, y se pregunta brevemente si lo que ha oído era parte de su sueño.

Entonces Camilla vuelve a gritar:

—¡Estoy en el baño! ¡Mark! ¡Por favor, despierta!

Se lanza fuera de la cama y corre hacia la puerta. Se le ocurre llevarse a Danny, pero lo que sea que esté pasando con Camilla no pinta bien, y cree que el bebé estará más seguro allí. Supone que uno o más ciegos han conseguido entrar en el piso de alguna manera, y probablemente tendrá que enfrentarse a ellos, lo cual no será posible con Danny en brazos. Así que cierra la puerta del dormitorio y corre por el pasillo.

—¡Maaark!

—¡Estoy aquí! —responde, casi resbalando sobre el suelo de madera al llegar a la puerta del baño—. ¿Estás bien, Camilla?

Agarra el pomo e intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave.

—¡Me ha encerrado aquí! —grita Camilla—. ¿Dónde está Danny?

—¿Quién lo ha hecho? —pregunta Mark, mirando a ambos lados. El pasillo está vacío. Por alguna razón, la palabra «ella» le da mala espina. Durante un breve instante, está seguro de que es Erika la que ha vuelto. Pero siente que no es así. Ella se ha ido de verdad. Entonces, ¿quién encerró a Camilla en el baño? Desde luego, no ha sido un ciego…

—¡Van a hacer algo horrible, Mark!

Mark revisa la cerradura, pero no hay llave.

—¡Apártate, Camilla! ¡Voy a echar la puerta abajo!

—¿Dónde está Danny? —pregunta de nuevo—. ¿Lo tienes tú, Mark?

Mark echa un vistazo rápido hacia la puerta del dormitorio. Sigue cerrada.

—Está a salvo. ¡Cuidado!

Mark da un paso atrás, levanta la pierna y patea la puerta con todas sus fuerzas justo debajo de la cerradura. No es una de esas puertas huecas y endebles que tienen en la casa. Esta parece de madera maciza, y no cede de inmediato. Mark la patea otra vez, escuchando cómo algo cruje. Camilla sigue gritando al otro lado, pero puede notar que se ha apartado. En la tercera patada, un trozo del marco se desprende y la puerta se abre de golpe.

Camilla sale de un salto y lo agarra, mirando a su alrededor con ojos desorbitados.

—¡Danny! ¿Dónde está Danny? ¿Dónde está, Mark?

—Está en la cama, está a salvo. ¿Quién ha hecho esto, Camilla?

Camilla no responde. Solo se dirige hacia el dormitorio. Pero apenas da dos pasos antes de detenerse y jadear.

Mark sigue su mirada y ve una figura de pie allí. En la penumbra, no logra distinguir de inmediato el rostro, ni reconoce la silueta de la niña. En parte porque está vestida de forma muy distinta a la última vez que la vio, pero también porque parece más alta y mayor.

—¿Alicia…?

Entonces comprende qué fue lo que hizo que Camilla soltara ese jadeo. No es ver a la niña. Es que está sosteniendo a Danny en

brazos. Está envuelto en la manta del dormitorio, y parece seguir dormido.

«Oh, no. ¿Cómo ha entrado ahí?»

Tuvo una vista clara de la puerta del dormitorio todo el tiempo. No hay manera de que Alicia se haya colado sin que la viera. La única explicación que se le ocurre es que estuviera escondida detrás de la puerta. La cerró tras de sí, sí, pero no miró al hacerlo, estaba demasiado concentrado en llegar al baño. Alicia, vestida completamente de negro, podría haber estado allí quieta, a escasos centímetros, en completo silencio, invisible. Y luego, en cuanto Mark corrió por el pasillo, ella pudo haberse deslizado dentro del dormitorio…

«He metido la pata», piensa Mark con un nudo en el estómago.

No tiene ni idea de qué hace Alicia aquí—ni cómo sigue viva si Camilla la vio saltar al vacío—pero sabe, sin duda, que sus intenciones no son buenas. Si los gritos de Camilla no fueran suficiente prueba, basta con mirar a los ojos de la niña, que permanece inmóvil, junto a la puerta del despacho.

—Hola, Mark —dice Alicia, con una voz más fina de lo que él recordaba. Lo que debería haber sido una sonrisa cruza fugazmente su rostro—. Me alegra ver que aún estás bien.

—Alicia, por favor —empieza Camilla. Da un paso adelante—. Por favor, devuélveme a Danny…

Alicia se aleja un poco, como si fuera a girarse y echar a correr, y Mark extiende el brazo para sujetar a Camilla. Ella forcejea brevemente, pero domina su impulso y se queda quieta, aunque claramente está luchando consigo misma. Hay seis metros entre ellos y la niña, y Mark duda que cualquiera de los dos pueda cerrar esa distancia lo bastante rápido como para impedir que Alicia le haga algo terrible a Danny.

No sabe exactamente qué podría hacerle, pero su mente se llena de ideas horribles. Podría empezar a estrangularlo. Podría romperle el cuello. Podría meterle los dedos en sus diminutos ojos. O simplemente dejarlo caer.

Si se da la vuelta y echa a correr, seguramente llegará a la cocina antes de que puedan alcanzarla, y Mark ni siquiera quiere pensar lo

que puede hacer con el bloque de cuchillos afiladísimos junto al fregadero.

Siente que se le cierra la garganta y los pulmones se esfuerzan por tomar aire. Camilla respira del mismo modo. Sigue intentando acercarse a Alicia, pero Mark la retiene. Quiere que Alicia se quede donde está. Quiere hablar con ella. Es la mejor manera de recuperar a Danny sin que ocurra una desgracia.

—Lo mismo digo, Alicia —dice Mark, con la voz lo más calmada posible—. Me alegra muchísimo que estés viva. Se me partió el alma cuando Camilla me contó lo que te había pasado.

—No te preocupes por mí —le dice Alicia—. Estoy bien ahora. Mejor que nunca. El Profeta hizo que el fantasma de mi madre desapareciera. Ya no tengo miedo.

—Eso es... estupendo —dice Mark, tras vacilar un segundo. Por el modo en que habla Alicia, tiene la impresión de que no está del todo presente, como si su mente estuviera envuelta en una especie de niebla. Sus ojos, de un azul pálido y muy perceptivos, observan atentamente a Mark y a Camilla, reaccionando a cada pequeño gesto, así que no parece estar drogada ni nada por el estilo. Más bien da la impresión de alguien bajo hipnosis, que actúa siguiendo órdenes ajenas creyendo que son propias.

—Por favor, Alicia —dice Camilla, casi llorando—. Por favor, devuélveme a Danny… él no tiene nada que ver con esto. Lo que quieras… lo que quiera Fritz, lo haremos. Lo juro por mi vida. Por favor, solo…

—¿Fritz? —repite Mark, frunciendo el ceño—. ¿Te refieres a…?

—Dámelo, Alicia —suplica Camilla, tendiendo los brazos.

Danny empieza a moverse en brazos de la niña, probablemente al oír la voz de su madre. Comienza a sollozar.

Alicia lo mira un instante, luego vuelve a mirar a los adultos.

—Lo siento, pero tengo que llevármelo conmigo.

Por primera vez, parece visiblemente afectada por la situación.

—Lo recuperaréis cuando…

—¡No! —grita Camilla, intentando zafarse—. ¡No, dámelo, Alicia! ¡Ahora mismo!

Alicia da otro paso atrás. Y Mark se da cuenta de que no caminando hacia el pasillo, sino que se está acercando a la puerta del despacho. Parece que su intención es entrar allí.

«Quizá cree que esa es la salida del piso», piensa Mark, sintiendo un poco de esperanza. Está casi seguro de que esa puerta no tiene llave, lo que significa que Alicia no podrá atrincherarse. Y no hay más puertas allí dentro, así que se estaría encerrando ella sola.

—Alicia, por favor, escúchame —dice—. No quieres hacer esto. Lo sé. Sé que Fritz te ha amenazado, pero no tienes por qué…

—No —le interrumpe Alicia, con un tono repentinamente enfadado —. Él no me ha amenazado. Ha sido muy bueno conmigo. Hizo que el fantasma de mi madre desapareciera.

—Sí, ya dijiste eso, pero…

—Ahora escúchame tú a mí —dice con firmeza, mirando a Mark a los ojos—. Recuperaréis a Danny cuando Gina esté muerta, y no antes. ¿Entendido?

—¿Qué? —pregunta Camilla, negando con la cabeza—. No… no lo entiendo…

Mark está tan sorprendido de oír ese nombre que no sabe qué decir. Pero antes de que pueda responder, la puerta del despacho se abre de repente. Lo hace aparentemente por sí sola, lo cual, por supuesto, es imposible. Alguien debía de estar allí dentro todo el tiempo. La puerta se abre hacia el interior, y Mark no puede ver quién está allí. Danny ha comenzado a llorar de verdad ahora.

Alicia mira hacia un lado, sonríe brevemente a quien haya abierto la puerta. Luego vuelve a mirar a Mark y a Camilla, y su expresión se vuelve de nuevo pétrea.

—Mata a Gina, Mark. Y te devolveré a Danny.

Y sin esperar respuesta, Alicia entra en el despacho.

—¡No! —grita Camilla.

Mark la suelta y ambos corren hacia la puerta. Él llega primero, y una fracción de segundo antes de que la puerta se cierre en su cara, ve a Alicia allí, de espaldas, aún sosteniendo a Danny.

Pero el resto de la escena no tiene ningún sentido.

El despacho de Erika ha desaparecido. Ha sido reemplazado por un lugar enorme. Un garaje o hangar. Está iluminado intensamente

por grandes lámparas en el techo. Al fondo hay docenas de personas, todas vestidas de negro, ocupadas.

Entonces la puerta se cierra de golpe, y Mark choca contra ella, la abre y entra en...

...el despacho.

Parpadea, mira a su alrededor, completamente desorientado.

El despacho está en penumbra, vacío, y luce exactamente como lo recordaba. Alicia no está por ningún lado. No se oye ningún sonido. Hay dos ventanas grandes, pero solo pueden abrirse un poco, y no hay forma de que Alicia haya llegado a ellas en el segundo que le llevó a Mark reabrir la puerta.

—¿Dónde está? —grita Camilla, irrumpiendo en la sala. Enciende la luz y mira a su alrededor con desesperación—. ¿Dónde está Danny? ¿Adónde se ha ido? ¿Dónde está mi bebé?

Mark traga saliva, sintiendo el corazón golpearle con fuerza en el pecho.

—Se ha ido…

33

GINA

Contesta la llamada.

—¿Hola?

Un momento de silencio.

—¿Eres tú, Gina?

Reconoce de inmediato la voz de Mark. También capta al instante que suena diferente de como lo recordaba. Igual que notó con John cuando lo recogieron en mitad de la nada.

«Se ha librado de su fantasma.»

—Soy yo —dice—. ¿Cómo estás, Mark?

—Sigo vivo —responde él—. Eso ya es decir algo, ¿no?

—Supongo.

Mark no parece saber qué decir, así que Gina le ayuda.

—No estaba segura de que volvería a saber de ti.

—Ya… lo sé. He estado ocupado. Soy padre ahora, ¿puedes creerlo?

Gina mira a John. Nota que está escuchando con atención, aunque duda que pueda oír lo que dice Mark por el ruido del camión. Lisa sigue dormida a su lado, y Anton también se ha vuelto a quedar dormido.

—Es una gran noticia —dice Gina—. Enhorabuena.

—Gracias —toma aire, buscando calmarse—. Escucha, Gina, la razón por la que llamo…

—¿Sí?

—Necesito verte. Necesitamos verte. Mi novia y yo. ¿Seguís en aquella casa segura?

—No, me temo que ese lugar ya no existe.

—¿Cómo?

—Voló por los aires.

—Jesús. ¿Estáis bien?

—No todos —responde Gina, apretando los labios mientras la pena vuelve a llenarle el pecho. No la ha abandonado ni un segundo, pero había quedado en segundo plano. Ahora la inunda de nuevo, y apenas puede evitar romper a llorar.

—Dios mío —dice Mark, con voz visiblemente afectada—. ¿Qué ha pasado?

—Alguien colocó una bomba —dice ella, conteniendo el llanto—. Uno de mis hijos murió. El otro está bien. También murieron muchas otras personas.

—Jesús, Gina, yo… lo siento muchísimo…

Gina asiente, baja la cabeza y se seca la primera lágrima al notar cómo empiezan a rodar. Inspira hondo.

—Me alegra que queráis reuniros con nosotros. ¿Dónde estáis? Estamos en la carretera, así que podemos ir a buscaros.

—Pues… estamos en un piso del centro. Southern Boulevard, ¿te suena?

—Claro.

—Es el número 118, sexto piso, apartamento 13.

Gina estira el cuello para mirar por la ventanilla tintada hacia la cabina. Desde allí puede ver la carretera.

—Creo que estamos a solo diez minutos de vosotros. Avisaré a los demás, y llegaremos enseguida.

—Vale —dice Mark, como si quisiera añadir algo. Luego simplemente repite—: Vale. Gracias, Gina. Nos vemos en un rato.

—Nos vemos, Mark.

Gina cuelga y mira a John.

—¿Así que hemos ganado unos miembros más?

—Eso parece —dice Gina—. Le diré a Nick la dirección.

—Un segundo —dice John, levantando una mano.

Gina ya se ha desabrochado el cinturón, pero no se levanta.

—¿Qué pasa, John?

—¿No te parece raro? Que Hoffman contacte de repente…

—Un poco —admite Gina.

—Siempre me pareció un solitario —continúa John—. Alguien a quien los demás le importan un carajo.

—Creo que tienes razón —dice Gina—. Creo que así era, exactamente.

Un par de arrugas le aparecen a John en la frente.

—¿Era?

—Sonaba distinto. Creo que ha resuelto lo de su fantasma.

John asiente lentamente.

—Ya veo. Eso lo explicaría. Bien, vayamos a verle. Cuantos más seamos, mejor.

Gina se levanta y va hacia la ventana. Está entreabierta. Mete un brazo y da unos golpecitos en el hombro de Nick. Él gira la cabeza para mirarla.

—Cambio de planes —le dice, viendo cómo él le lee los labios—. Vamos a encontrarnos con otro inmune…

34

MARK

Mark está de pie junto a la ventana, mirando hacia el horizonte.

Desde que Alicia se llevó a Danny, su mente no ha dejado de dar vueltas. Trabaja sin descanso para encontrar una solución. Es como tener una radio a todo volumen dentro de la cabeza. Y, sin embargo, él está desconectado de ella.

Eso no lo había intentado nunca. Es casi como si estuviera detrás de su propia mente, observándola perder el control desde un asiento de calma. Al principio, se sintió algo culpable por no entrar en pánico. Después de todo, su hijo había sido secuestrado.

Pero luego se dio cuenta de que es mejor así. Si puede mantener la cabeza fría, podrá pensar y actuar mejor, y eso aumentará las probabilidades de recuperar a Danny. Además, Camilla lo necesita ahora más que nunca. Ella, que suele ser la que mantiene la calma, se ha desmoronado como nunca antes la había visto.

—¿Los ves?

Dice la voz de Camilla a su espalda. Aguda, crispada. Lleva rato alternando entre llantos, ira y periodos de apatía.

—No, todavía no —responde Mark, mirando hacia el aparcamiento.

—¿Cuándo llegarán? —pregunta Camilla con exigencia. Mark oye sus pasos, va de un lado a otro—. Dijiste que estaban a diez minutos, ¿no? Pues ya han pasado casi veinte desde que llamaste.

—Seguro que están en camino.

—¿Cómo lo sabes? Podría haberles pasado algo.

—Camilla —dice Mark, dándose la vuelta.

—Creo que deberías llamarla otra vez. Asegurarte de que no se han perdido o algo.

—Por favor, intenta calmarte. Lo solucionaremos. Recuperaremos a Danny.

Camilla inspira profundamente, con un temblor, y suelta el aire. Su rostro se contrae antes de romper a llorar de nuevo.

—¿Y si no nos lo devuelve? ¿Y si ya lo ha matado?

Mark va hacia ella y la abraza con fuerza.

—Si de verdad quisiera matarlo, no habría mandado a Alicia a buscarlo.

Camilla solloza en su hombro.

—Supongo… supongo que tienes razón… Es que tengo tanto miedo, Mark… estoy aterrada.

—Lo sé. Yo también tengo miedo. Pero recuperaremos a Danny. Te lo prometo.

Camilla aspira por la nariz con fuerza.

—¿Y cómo lo harás?

—Aún no lo sé. Necesito más tiempo para pensar.

—Pero… llegarán en cualquier momento.

—Lo sé. Y cuando estén aquí, se lo explicaremos todo y pensaremos juntos cómo actuar.

Camilla lo mira.

—¿Qué quieres decir? No puede saberlo de antemano. Si lo sabe… huirá.

Mark frunce el ceño.

—¿Estás… estás hablando de matar a Gina?

—Por supuesto, Mark —responde Camilla—. ¿Qué otra opción tenemos? No tenemos ni idea de dónde lo están reteniendo.

—Mira, Camilla —le toma los hombros—. Ni siquiera podemos plantearnos eso. No es una opción. Gina es completamente inocente, y…

—¡Danny también lo es! —grita Camilla—. ¡Y es solo un bebé!

—Pero no tenemos ninguna garantía de que Fritz vaya a cumplir su promesa —argumenta Mark—. ¿Y si matamos a Gina y aún así no

nos devuelve a Danny?

—No tenemos… otra… opción —gruñe Camilla, apretando los dientes y con los labios temblorosos—. ¡Mark, no lo entiendes! Nos tiene cogidos por donde duele. ¡Tenemos que hacerlo!

Mark niega con la cabeza.

—Lo siento, Camilla.

Ella lo mira, y su expresión cambia rápidamente, pasando por la rabia, la confusión, la tristeza. Luego lo agarra por los hombros y lo mira a los ojos. Habla rápido y en voz baja.

—Mark, por el amor de Dios… es tu hijo. Tu sangre. ¿Quién es esa mujer para ti? Una desconocida. La has visto una vez. No sabes absolutamente nada de ella.

Mark le toma las manos. Están frías como el hielo y sudorosas al mismo tiempo.

—Sé que acaba de perder a su hijo —dice con suavidad—. Y si la mato, su otro hijo se quedará huérfano.

Camilla lo observa con desafío, como si fuera a gritarle en la cara. Pero, en lugar de eso, rompe a llorar de nuevo. Se suelta de sus manos, se da la vuelta y se cubre la cara.

—Oh, Dios… oh, Dios… no puedo con esto… no puedo, es demasiado…

Mark pone una mano en su hombro, pero ella se aparta violentamente. Lo mira con los ojos encendidos.

—No me toques nunca más. Ya no sé quién eres.

—Camilla, por favor…

—No, es la verdad. Sea lo que sea que te haya pasado, mató al viejo Mark, y ese es el que necesito ahora. El que Danny necesita: ¡su verdadero padre! El hombre al que amaba. Él no habría dudado ni un segundo, porque no era un maldito cobarde.

Escupe esas últimas palabras, y Mark cierra los ojos un instante.

Tiene razón. No puede negarlo. El viejo Mark ya estaría comprobando el cargador del arma, pensando únicamente en cómo dispararle a Gina sin que se lo viera venir.

Pero no va a hacerlo. Lo sabe con absoluta certeza. Desde lo más hondo de su ser, siente con claridad que no estaría bien. Porque hacerlo sería servir a la oscuridad. Matar a Gina no sería solo acatar

las órdenes de Fritz; sería añadir aún más maldad a un mundo que ya está siendo devorado por ella. Y Mark ya ha contribuido con demasiada violencia y destrucción. Se acabó. El fin ya no justifica los medios.

—Tenemos que hacer esto de otra forma, Camilla. No podemos confiar en Fritz, y…

Ella se da la vuelta y sale de la habitación.

Mark suspira y se gira de nuevo hacia la ventana. Entonces ve lo que parece un camión militar entrando en el aparcamiento. El vehículo se detiene, y por la parte trasera baja una mujer rubia. Incluso desde esa altura, Mark reconoce su sudadera amarilla.

—¡Camilla! —grita, girándose—. Oh, no te oí…

Está de pie en el umbral de la puerta, mirándole con odio, sin decir nada.

—Ya están aquí —dice Mark, acercándose a ella—. Vamos a recibirlos. Deberíamos…

Se detiene a unos pasos de ella al ver el arma en su mano.

—¿Qué estás haciendo?

Camilla respira con rapidez.

—Si tú no lo haces —susurra—, tendré que hacerlo yo.

Mark niega con la cabeza.

—No, Camilla. Por favor, dame el arma.

Extiende la mano y se acerca.

Para su absoluta sorpresa, Camilla levanta el arma y se la apunta a la cara.

—Lo siento, Mark. De verdad. Elegir entre Danny y Gina era relativamente fácil. Pero tú lo has complicado todo. Me has forzado a escoger entre Danny y tú. Y no puedo elegirte a ti, Mark. Te quiero, pero no puedo abandonarle a él.

—Nadie va a abandonar a nuestro hijo —dice Mark, con las manos alzadas—. Lo encontraremos. Haremos todo lo que podamos.

—Todo excepto lo único que lo traerá de vuelta —susurra Camilla. Su voz suena extrañamente apagada ahora.

—Camilla —dice Mark con firmeza—. No vas a dispararme. Voy a acercarme y voy a quitarte el arma.

Camilla no responde. Sus ojos están nublados. Sus labios se mueven sin sonido.

Mark se acerca. Lo suficiente como para alcanzarla. Alza la mano y, al colocarla suavemente sobre el cañón del arma, ve cómo su dedo índice se curva en torno al gatillo.

Pero no aprieta.

En lugar de eso, baja el brazo y deja que Mark le quite el arma. Él se la guarda en la parte trasera del cinturón.

Camilla se queda ahí, de pie, mirándole como si no lo viera. Sus labios siguen moviéndose.

«Está en estado de shock», piensa Mark, sintiendo que el corazón se le encoge.

—Todo está bien, Camilla —dice en voz baja, rodeándola con un abrazo fuerte—. Estoy aquí. Lo resolveremos. Nadie tiene que morir. Y recuperaremos a nuestro hijo.

Ella no le devuelve el abrazo. Pero ahora está lo bastante cerca como para que Mark pueda oír que en realidad está hablando. Es un susurro muy tenue.

Mark siente que se le hiela la sangre al oír cómo Camilla repite una y otra vez:

—Tengo que matar a Gina… Tengo que matarla…

***

¿Quieres descubrir cómo comenzó todo?
Consigue ahora la precuela gratuita.
Solo disponible en **nick-clausen.com/dioses**
Ocontinúa con el siguiente libro en **nick-clausen.com/cielo8**